



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auton (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Apala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Añuere, Arlandis, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Bora, Borrogo, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Bischo, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camas, Canales, Castejo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Casurro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Gueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echevarría, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gavyagos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Güelvenza, Guerrero, Incenga, Hartzbusch, Iriarte, Zapata, Jauer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Ordoñez, Ortiz de Pinedo, Olóaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vesa (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Mayo de 1880.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar. — El hombre terciario, por D. José Montalvo. — Estudios sociales: El suicidio, por D. Vicente Romero y Giron. — Gladstone, por D. Emilio Asquerino. — Del cuerpo humano como máquina y de las relaciones entre el pensamiento y la fuerza material, por D. José Echevarría. — La casa de las siete cabezas, episodio de la historia de Málaga, por D. José Anchorena. — Estudios sobre biología social: El municipio, por don Tomás Rodríguez Pinilla. — D. Fernando Velarde, por D. Prudencio Salido. — Discurso del Sr. Castelar, leído en la recepción pública de la Academia Española. — La batalla de Alcázar-Quivir, por D. Marcos Zapata. — Sociedad Colombina Oubénéz. — Dolores, novela, por don Manuel Fernández y González. — Crónica, por D. Miguel Moya. — Anuncios.

REVISTA POLITICA.

Los funestos decretos sobre la cuestion religiosa, en mal hora concebidos y en peor hora dados, dividieron el partido republicano, como se ve en las discordias del Senado para la eleccion de Presidente, y exacerbaron los ánimos, como ha podido notar el ministro de Instrucción pública en su viaje, pues han estallado en su presencia hondos disencamientos capaces de alterar, no la joven República francesa, sino Gobiernos de más duracion y de mayor arraigo. Los radicales han dirigido muchos vivas al ministro reformador y han armado manifestaciones entusiastas; pero, en cambio, los conservadores han confundido la enemiga que engendra en ellos la ley de enseñanza y los decretos últimos de tal ley derivados, con la enemiga que engendran en ellos las instituciones democráticas, y han dado mueras repetidos á la República. Lamentemos que, despues del largo período de crisis por que acabamos de atravesar; cuando tanto se necesitaba una paz relativa para reponer los ánimos lastimados por las últimas discordias, como se han repuesto los intereses heridos por los últimos desastres, inoportunos planes de enseñanza, en mal hora venidos y aún no logrados, exacerbén pasiones, que debian de alguna suerte adormecerse ahora, si Francia ha de tener el orden por que suspira, y la República la solidez y la duracion que necesita.

Una de las mayores tachas, que tiene la política religiosa del Gobierno francés, dimana en mi sentir de la falsa creencia, que atribuye al Estado mayor fuerza de la que el Estado ha tenido en ningún tiempo sobre los espiritus. Las ideas se persiguen con ideas. El pensamiento se vence más bien contradiciéndolo que exterminándolo. Contra lo incoercible, contra lo impalpable, contra una verdad ó un error no hay fuerzas materiales que valgan. El jesuitismo se forjó en una época de guerras religiosas para auxiliar y socorrer al Papa como un ejército permanente de su autoridad absoluta; y en cuanto han pasado las circunstancias que lo pro-

dujeron, el jesuitismo se ha ido disolviendo por sí mismo, sin necesidad de medidas violentas y de leyes coercitivas. Paraos' ante una consideracion sencillísima. Desde fines del siglo pasado, en que la expulsion de los jesuitas se consumó, ¿dónde han ejercido mayor influjo: en los pueblos que los expulsaron violentamente ó en los pueblos que les dieron plena libertad? Francia, España, Portugal, los expulsaron; Prusia los admitió en su seno. ¿Han ejercido mayor influjo en Prusia que en Francia, Portugal y España?

Yo creo en la justicia distributiva que preside y presidirá eternamente la historia. Yo creo que los jesuitas, motores ó cómplices en nuestra escandalosa expulsion de los moriscos, pagaron, siendo á su vez expulsados, cuando las ideas cambiáran, el horrible crimen, cometido contra sus semejantes en aquella triste ocasion de nuestras perturbaciones religiosas. Pues no quiero que la libertad esgrima la ley del talion, siempre bárbara, ni contra sus mayores enemigos. No quiero yo, que me he visto errante por la tierra, privado de mi patria, lejos de mis lares y de mi hogar, aceptar ante Dios y ante la conciencia, complicidad de ningún género con la expulsion de corporaciones, familias, clases, siquiera esas clases, esas familias, esas corporaciones se compongan de nuestros mayores enemigos. Detesto, pues, las últimas leyes de instrucción propuestas en Francia y condeno los decretos que han seguido á la reprobacion de esas leyes por el Senado francés. Y cuanto yo preveía y anunciaba, por desgracia ha sucedido: una agitacion estéril, producida por una reforma completamente frustrada.

Desengañémonos; las religiones nacen, crecen, mueren independientemente del Estado, que ni puede avivarlas, ni puede en manera alguna destruirlas. En virtud de este apotegma yo sostengo, y he sostenido siempre, y sostendré mientras viva, que la mejor solucion para las cuestiones religiosas se encuentra en el Código fundamental de los Estados-Unidos, que separa la Iglesia del Estado. Podrá irse á esa separacion lenta y gradualmente, pero hay que aceptarla como una de las fórmulas sacramentales de la política moderna, y como verdadero ideal de los futuros progresos. Toda grande institucion religiosa se ha formado por el concurso de las fuerzas sociales y de los mayores hechos históricos. Si quereis de esto una demostracion práctica, paraos' á contemplar la formacion del Pontificado. Trascendentales sucesos, independientes de la voluntad de las generaciones, y mucho más de la voluntad individual, determinan catástrofes sociales, que tienen algo, por lo

grandes y por lo gigantescas, de las catástrofes geológicas. Así, ahora mismo, se ha desencadenado sobre Inglaterra un soplo de libertad, parecido á un huracan que acaba de derribar por tierra la política imperial, soñada por un poeta, el cual no cree definitivamente concluida la edad de las conquistas guerreras y de los poemas épicos. Un gran orador, que nos habia muchas veces amenazado con retirarse á la vida privada, se ha ido de pueblo en pueblo predicando la cruzada por la libertad, y ha logrado que el ministerio de las adquisiciones territoriales y de las glorias bélicas se haya desplomado con estrépito á su propia pesadumbre y al anatema inapelable de un gran pueblo. Invenibles enemigos ha hallado en su camino Mr. Gladstone, el hombre de las ideas radicales y de los sentimientos humanitarios.

La monarquía inglesa, á pesar de su carácter constitucional, no puede admitir de buen grado á un repúblico que abre las compuertas de la democracia; el clero anglicano, á su vez, no puede olvidar la abolicion de la Iglesia de Irlanda, y las pretensiones de los presbiterianos de Escocia, tantas veces fomentadas y sostenidas por los partidos radicales; la aristocracia no desconoce á donde llevan las consecuencias de las premisas asentadas por el radicalismo británico; teme Turquía caer á los golpes de la nueva política; recela Austria que la despojen de la Bosnia y de la Herzegovina, acaparadas en el reparto de Berlin; deplora Prusia las dobles simpatías de los liberales por los eslavos y por los franceses; y todos los gobiernos conservadores en Europa presienten que pueda llegar un nuevo contagio de liberalismo, comunicable de pueblo á pueblo en la solidaridad europea; pero Gladstone, seguro de sí mismo, desafia todas estas contrariedades y mantiene el ideal de una política avanzada, más necesaria que en ninguna otra parte, en esa Inglaterra, donde aun tienen tanta fuerza las grandes injusticias sociales y tan poco espacio en el derecho la democracia moderna.

La composicion del Ministerio nuevo necesariamente responde á la naturaleza del triunfo conseguido. Temióse en un principio que todo ministerio liberal se encontrara como á merced de los patriotas irlandeses y tuviera que combatir dentro de sí mismo con este peligroso elemento, que podría paralizar la accion del Gobierno como paraliza las deliberaciones y resoluciones del Parlamento. Tal obstáculo se ha salvado con facilidad por el número que compone la mayoría liberal del Parlamento; pero dentro de ella existen dos factores un poco discordes, el elemento puro wigh, perte-

neciente al liberalismo tradicional de Inglaterra y el elemento radicalísimo lleno de aspiraciones á cambiar el estado social, tras cuyo cambio vendría una transformación política, bastante radical, para subvertir las seculares instituciones británicas y derribar la Cámara de los lores, interpuesta entre el trono y el pueblo. Desde luego, en el gobierno se encuentra un orador tan avanzado como Brigh, célebre por sus ataques elocuentísimos á la aristocracia inglesa, y un estadista como Argyll, célebre también por sus tendencias templadas y aun aristocráticas, al par que muy liberales. Y si al frente de todo el ministerio se vé á un pensador tan avanzado como el gran tribuno que lo preside, también se ven á su alrededor hombres como Hartington y como Granville, notables, muy notables por la moderación de su temperamento y de sus ideas.

En cualquiera de nuestros pueblos meridionales constituiría esta formación del Gabinete un discentimiento irremediable, tras el cual vendría una crisis profundísima; pero en Inglaterra las conciliaciones se hallan de tal suerte en los hábitos de la nación, y la medida y la serie y la gradación en la inteligencia que podría venir el ministerio más radical y con aquel respeto á las prácticas legales y aquellas complacencias con la realidad, no podría indudablemente aplicar su sistema, sino después de haberlo pasado por tantas y tan raras modificaciones, que lo aproximarán á la realidad á que debía reemplazar y sustituir para que los frómites bruscos no traigan la conmoción que suelen traer las revoluciones profundas á nuestros pueblos latinos. Así es que el ministerio Gladstone será un ministerio de reformas, y como ministerio de reformas no emprenderá ninguna que no haya madurado en la conciencia pública y no haya de durar por largo tiempo en la viviente realidad.

No sucede lo mismo en Italia, por ejemplo. Fórmase en ella ministerio sacado de un solo partido; y este ministerio se divide al poco tiempo en tantas fracciones como hombres públicos de primer orden tiene en su seno. La salvación del partido radical italiano consistía en hallarse unido y lo vemos disuelto. Nicotera tiene una fracción, y Depretis otra, y Cairoli otra, y Crispi otra, y Zanardelli otra, y Bertani otra, por tales discentimientos divididas y por tales abismos separadas, que no hay medio de unirlos y disciplinarlos. Y estas fracciones, no solo combaten al ministerio por su cuenta y riesgo, sino que se unen á las fracciones conservadoras, á las enemigas naturales del ministerio, para perseguirlo y derribarlo. Así un Gobierno, amenazado siempre, en su existencia, no recaba el necesario desahogo para la acción, porque debe ocuparse exclusivamente en conservar y defender su amenazada vida. Cairoli ha sufrido al golpe de una coalición anudada por Nicotera y Crispi, que no podrían formar Gobierno ni juntos ni separados, y á cuya coalición se han adherido los conservadores, logrando conmovier al Gobierno, por haber demandado una cuarta autorización para cobrar un trimestre más provisionalmente los impuestos.

Bien vengas mal si vienes solo. Mas para mayor desventura dentro del Gobierno mismo no reina la inteligencia que debiera reinar en estas horas de cruel desgracia, pues mientras Cairoli busca el apoyo de la fracción más avanzada, de la fracción presidida por Bertani, Depretis busca el apoyo de la fracción más conservadora, de la fracción presidida por Nicotera. Y la tábula de las liebres disputando sobre si los perros, sus perseguidores, eran galgos ó eran podencos se repite con el radical ministerio italiano, combatido á estas horas por turba multa compuesta de galgos y podencos. El Congreso radical se ha disuelto, y al presentarse de nuevo el partido á sus electores, trabajo le habrá costado decirles por qué, habiendo tenido el poder tanto tiempo y habiendo pasado por el poder todas sus fracciones, Depretis, Mancini, Crispi, Nicotera, Cairoli, no ha destruido el caos de la administración italiana, ni aliviado el cáncer de la Hacienda, ni abolido tantas ruedas inútiles como embarazan la marcha del Gobierno y gravan las cargas del presupuesto, ni alcanzado la supresión del oneroso tributo de molienda, ni sabido dar una ley electoral que abriese la puerta de los comicios á una democracia tan liberal y tan sesuda como la democracia italiana.

Y de esto tendrán la culpa, pensadas las cosas en conciencia y dichas en plata, no los conservadores y demás enemigos naturales del Gobierno, sino sus amigos mismos, incapaces de toda disciplina, que han devorado cuatro ó cinco ministerios radicales, y no han sabido sostener á ninguno de sus jefes ni darles aquella fuerza y aquel prestigio indispensables para dirigir á los pueblos. No me cansaré de repetirselo á los partidos radicales, por lo mismo que á ellos pertenezco y estoy resuelto á vivir y morir en su seno, por convencimiento primero de que debo servir al progreso humano y por fidelidad después á mis antecedentes y á mi historia; como no adquieran sin renuncia á sus principios capitales, toda la organización, toda la disciplina, todo el respeto á la autoridad natural de los jefes, toda la mesura, todo el tacto que muestran los partidos conservadores, su mando será célebre por efímero, y quedará en la historia como una de tantas ilusiones acariciadas en la fantasía y yertas así que tocan á la nieve de la realidad y á la prosa de la vida.

Prescindiendo del pretexto, del motivo, del impulso, y declaro incomprendible en un partido el der-

ribar á jefe como Caroli, cuando no se tiene á mano, por el pronto, ningun otro con quien sustituirlo. Nadie puede recoger esa herencia, ni Mancini condenado por sus grandes facultades de orador á la soledad en que suele habitar el génio, ni Depretis herido del mismo golpe que Cairoli, ni Nicotera, poco acepto á los radicales por sus soluciones, sobrado conservadoras, ni Zanardelli, asaz avanzado, ni Crispi. — ¿Qué hacer? El rey Humberto ha procedido como debe proceder un monarca constitucional. Conociendo que no puede irse sin desacreditarse el partido radical y perderse para la Corona y para el pueblo, cuando ni ha abolido la molienda, ni ha ampliado el sufragio, se resolvió entregar la disolución al ministerio Cairoli y aguardar la sentencia de los comicios. Su fallo ha sido complejo. Los radicales se hallarán en mayor número que los conservadores, y formarán, por ende, reunidos la mayoría del Parlamento. Pero en los radicales habrá dos fracciones; la ministerial y la disidente.

La disidente ha disminuido y la ministerial ha aumentado, justo castigo la disminución al ciego encono de la una, y justo premio el aumento á la sensatez de la otra. Pero temo mucho que la Cámara torne de nuevo á encontrarse en la antigua situación. Pues si ha disminuido la fracción radical disidente, ha aumentado, en cambio, también el partido liberal-conservador; y nada más fácil que una coalición de descontentos para derribar un ministerio. Lo patriótico, lo digno, lo saludable será dejar al ministerio dirigir, y á la Cámara legislar, á fin de que acaben con el impuesto de la molienda y abran los comicios al pueblo.

No de ahora, de hace mucho tiempo, las cuestiones religiosas embargan mi atención profundamente en su parentesco con las cuestiones políticas. En estas revistas, no me toca examinar el fundamento de los dogmas ni entender de su carácter científico y teológico, pues equivaldría verdaderamente á invadir esfera; del entendimiento ajenas á mi cometido y distantes de mi encargo. Tocame tan sólo ver la religión bajo su aspecto social, y controvertir si las relaciones de las Iglesias con los Estados y de los Estados con las Iglesias, se ajustan á las normas verdaderas del derecho. No he vacilado un punto en mis convicciones ante todas las incidencias de la cuestión político-religiosa. Condené en su día que el Papa se arrogara prerrogativas propias del Concilio para declarar un dogma como el dogma de la Concepción; y condené más tarde que el Concilio se olvidara de la universalidad del catolicismo hasta conceder al Papa el dictado de infalible que sólo cuadra á Dios, ó reconociendo cuanto exige el dogma, á la Iglesia.

Para mí, el clero todo se asumía en el Papa, desde tamaña declaración; y el Papa convertido en semi-dios, estaba expuesto á caer en los vértigos de soberbia que aquejaron á los Césares antiguos, cuando unieron á su autoridad imperial la casi divina del Pontificado Máximo. ¿No os acordais de lo que pasó en Roma? La completa materialización del culto.

El Catolicismo vino á satisfacer las grandes necesidades espiritualistas y á exaltar el alma y la conciencia. Todo cuanto tendiera, de cualquier suerte que fuese, á revestir á los Papas católicos del carácter que tuvieron los Emperadores antiguos, lo desnaturalizaba y lo perdía en su sublime ministerio. Por esta causa lamentamos que el absolutismo eclesiástico, fundado por el Concilio de Trento contra las tradiciones de los Concilios de Basilea y de Constanza, se extremara como se extremó en el último Concilio Vaticano. Pero, reconocido esto y confesado esto, precisaba dejar al movimiento de los espíritus y al influjo de las ideas la cura de tantos males, en la seguridad de que solo por obra de su virtud moral podía corregirse. La libertad es el medio natural de resolver todas las cuestiones, y muy especialmente las cuestiones que atañen á la conciencia y encarnan en la religión. A impulsos de estos motivos critiqué acerbamente que el Canciller alemán tratase de establecer una Iglesia del Estado en contra de la Iglesia universal católica, y critico ahora que el Gobierno francés caiga en la política arqueológica de perseguir á los jesuitas cuando esas sociedades y sus ideas no pueden combatirse, sino por las naturales contradicciones del pensamiento y en las purísimas alturas del espíritu. Creí yo siempre entonces que, dentro de la Iglesia misma, podría determinarse un movimiento ortodoxo, dogmático, disciplinario, canónico contra la infalibilidad, contra el poder absoluto de los Papas, contra el probabilismo escéptico de los jesuitas, con el fin de unir el espíritu católico y el espíritu democrático de nuestros gloriosos tiempos. El Padre Santo nos dió una grande esperanza con sus sermones elocuentísimos, cuando empezó á predicar el Evangelio unido á la libertad y á la democracia; pero el Padre Santo frustró todas estas esperanzas al salir del seno de la Iglesia y romper la disciplina secular del Catolicismo.

Ahora aparece el dominicano Padre Didon sosteniendo tendencias iguales á las que sostenía el Padre Jacinto al principio de su predicación. No me cansaré de decirselo, no me cansaré, ya que me consta cuantas veces han sido saludables mis consejos escritos en estas modestísimas Revistas á los hombres públicos de cualquier clase comprometidos en circunstancias análogas á las circunstancias en que hoy se halla y por que hoy atraviesa el Padre Didon. Para mí, el modelo eterno, el ideal perfecto de los sacerdotes que intenten

producir una verdadera revolución religiosa, se encuentra, ya lo he dicho otras veces, en Jerónimo Savonarola, porque sabía unir el Evangelio con la libertad y las instituciones democráticas con los cánones eclesiásticos. Y á esta idea de la unión estrecha entre el Evangelio y la libertad fué fidelísimo hasta la hora misma de su muerte. Igual fidelidad pedimos al Padre Didon. Está el espiritualismo tan profundamente arraigado en nuestra naturaleza, que para devolverle su poder sobre las almas, sólo se necesita de una elocuencia sencilla y de una virtud serena. Están la democracia y la libertad tan unidas con la religión cristiana que para querer esta unión sólo se necesita señalarla. Una predicación moral y religiosa en este sentido hará diariamente á los católicos más liberales y á los liberales más católicos. No hay ningun liberal que no quiera gozarse en la contemplación de los ideales eternos, y no hay ningun católico que no ame la libertad. Unirlos equivale á dar paz á las conciencias y paz á la sociedad. No puede haber libertad segura si la guardan hombres destituidos de ideal; y no puede haber ideal luminoso, si huye de la religión.

EMILIO CASTELAR.

EL HOMBRE TERCIARIO.

«Las pruebas de la existencia del hombre y de un animal cualquiera, en una época dada, son de tres clases. El hombre puede haber dejado algun producto de su industria en el terreno que contenga el hueso del animal, ó haber impreso sobre éste las huellas de su acción, ó haber dejado en la misma capa sus propios huesos.»

HAMY.—*Paleontologie humaine.*

La cuestión del hombre terciario, que es de suma trascendencia en sí, se relaciona, además, con problemas teológicos fundamentales y con asuntos científicos que preocupan hondamente á los pensadores de esta época. La antigüedad de nuestra especie, ó de las especies que forman el género humano, hablando con mayor propiedad, se ha pretendido reducir á tan corto número de años, que apenas representan un espacio de tiempo insignificante en la inmensa duración del planeta que habitamos.—Ya el hombre cuaternario, de cuya existencia nadie que se precie de científico puede dudar, ha dado un solemne mentís á semejante aseveración; pero la del terciario, de que hay pruebas tan importantes, indica que hace tantos millares de siglos que vivimos en la tierra, que ya no es pertinente que se pretenda armonizar estos descubrimientos científicos con ciertas pretensiones teológicas.

Los partidarios de las ideas transformistas iniciadas por Lamark, desarrolladas por Darwin y con vehemencia defendidas por Hækel, quizás comienzan á encontrar ahora la solución del problema relativo al origen símico del hombre, si logran demostrar, como lo pretende Mortillet y Hovelacque, que el ser inteligente, á que nos referimos, y que existió en la mencionada época, no es otro que el precursor del hombre, el famoso antropopiteco, que hasta hoy tan en vano se ha buscado.

El hombre terciario ocupa actualmente en la ciencia el lugar que hace veinte años ocupaba el cuaternario, ha dicho el eminente Mr. Broca. Y con efecto, la analogía no puede ser más exacta, aunque el primero no encuentra para triunfar definitivamente los grandes obstáculos con que tropezó el segundo, y que, con singular perseverancia, logró vencer el célebre Boucher de Perthes.

Para todos los naturalistas, con la soberbia figura de Cuvier á la cabeza, era el hombre la última obra de la creación, tan sólo contemporáneo de la fauna actual, sin que hubiera conocido muchos de los grandes mamíferos que poblaban el mundo en las anteriores edades geológicas. No había contemplado el enorme mammut, ni había luchado con el oso de las cavernas, ni había visto bañarse en los pantanos al gran hipopótamo anfibio. Ya ninguna de esas fieras existía cuando el par primitivo del paraíso bíblico apareció por vez primera sobre la faz de la tierra. Esta doctrina era profesada en todas partes, y el gran naturalista francés, antes nombrado, podía repetir, con triunfante orgullo, *no hay hombre fósil*. Entonces, un modesto investigador, cuyo nombre era apenas conocido, impresionado quizás por el origen que Linneo atribuía á las llamadas *pedras del rayo*, consideradas por él como las primeras obras de la industria humana y queriendo probablemente desvanecer las fundadísimas dudas que preocupaban su entendimiento, emprendió una serie de investigaciones, que dieron por resultado el encuentro, en una tarde del año de 1828, de un sílice tallado en el *diluvium* del Abbeville. Desde entonces, y sobre todo desde 1836 á 1841, se ocupó incesantemente en recoger nuevos datos, acumulando grandes cantidades de esas piedras, ya talladas, ya pulidas, procedentes del terreno cuaternario y obras evidentes del hombre, pudiendo al fin afirmar que el llamado rey de la creación, era mucho más antiguo de lo que se suponía, habiendo sido compañero de brutos gigantes ya desaparecidos. Para Boucher de Perthes no era posible ya poner en tela de juicio que nuestros antepasados vivieron en tan remotos tiempos,

pues á falta de sus huesos, los productos de su industria bastaban para comprobarlo. Todo esto que es hoy tan conocido y tan evidente, que de puro sabido á veces lo olvidamos, fué recibido con desdenosa incredulidad, rechazándose también, con sistemática insistencia, cuantas afirmaciones y deducciones formulaba, con indisputable legitimidad, ese perseverante explorador. Un diluvio de objeciones llegaron de todas partes, diciendo unos que los supuestos sílices tallados eran productos volcánicos, atribuyéndolos otros á la acción de un frío intensísimo, que rompía hasta las piedras, y aseverando muchos que por evento fortuito se encontraban en aquellos terrenos. Pero el descubridor de un nuevo mundo humano, que yacía oculto en las profundidades de la tierra, permaneció impasible ante el espectáculo de la duda y de la burla, que se le ofrecía como premio á su desinterés y á sus afanes, y con la piqueta en la mano continuó sus provechosas exploraciones, evidenciando, cada día más y más, que no era víctima de ninguna alucinación, ni de aparente engaño, sino que en realidad encontraba, con singular frecuencia, pruebas concluyentes de que nuestros abuelos habían presenciado los últimos cataclismos geológicos de este planeta.

Sábios ingleses como Ch. Lyell, Prestwich y Flower atravesaron el Canal de la Mancha á fin de examinar en el mismo terreno los grandes descubrimientos de Boucher de Perthes, y en presencia de aquellos sílices tallados y de la capa geológica en que estaban, no pudieron menos de confirmar la opinión del geólogo francés, afirmando que era un hecho la existencia del hombre en la época cuaternaria. En Francia, sin embargo, prevalecían las denegaciones, y su primer cuerpo científico rechazaba la exactitud del descubrimiento.

Hasta entonces no fué posible presentar sino las muestras de nuestra industria primitiva, pero en el día memorable de 23 de Mayo de 1863 se encontró en Moulin Quignon, en los terrenos de *diluvium*, un maxilar inferior humano, descubrimiento que en 23 de Abril del mismo año comunicaba Mr. de Quatrefages á el *Instituto*, calificándolo «como uno de los más importantes que pudieran hacer las ciencias naturales.» Este mismo sabio naturalista, los científicos ingleses de que se ha hecho mención y otros franceses, se trasladaron á Abbeville y constituidos en congreso examinaron todas las circunstancias que concurrían en ese trascendental suceso, decidiéndose por gran mayoría en favor de la autenticidad del fósil y de la consiguiente remotísima antigüedad de nuestra especie. Nuevos restos análogos pronto se reunieron al célebre maxilar, que con los de las cavernas osíferas de la época paleolítica, tales como los cráneos de Neanderthal, de Enguis y el maxilar de la Nautette, pusieron punto final al asunto y ya no fué posible que se elevara, con fundamento, la más insignificante duda acerca de las primitivas afirmaciones de Boucher de Perthes. El hombre fósil, el hombre cuaternario, el contemporáneo del león de la caverna, del ciervo gigantesco y del rinoceronte peludo, era un hecho incontrovertible, una adquisición científica de primera clase y de extraordinarias consecuencias. — Habíamos vivido en tiempos remotísimos, cuya duración apenas ni podíamos determinar, en lucha formidable con las fieras terribles que nos disputaban nuestro alimento y que exponían diariamente nuestra vida á los peligros más serios, sirviéndonos, para tan desigual combate, de armas imperfectas, fabricadas con el duro perlar, iguales á las que hoy emplean los salvajes de Australia.

Ya habéis escuchado, con inmerecida benevolencia, la historia abreviada del hombre cuaternario, y con tan sucinto recuerdo apreciareis cumplidamente todas las dificultades de que triunfó, las dudas tenaces que venció y las profundas creencias que perturbó, siendo posible hoy conocer sus usos y costumbres, apreciar las obras de su industria, admirar su arte rudimentario, enumerar los manjares de sus festines, clasificar su raza y señalar la dureza de su carácter, cual lo ha hecho, con tanto ingenio como verdad, Mr. Broca, en su notabilísimo estudio acerca de los *Trogloditas de la Vézère*.

Pues bien, lo mismo ha sucedido y sucede con el terciario, y aunque son de fecha reciente los descubrimientos que indican su existencia, sin que haya despertado las mismas apasionadas negaciones, ni producido idéntico alivio desdeñen, ni lastimado creencias vírgenes, porque ya todo eso el otro lo hubo de realizar, tropieza, sin embargo, con obstáculos que impiden que sea definitivamente aceptado, para que figure, como hecho positivo, al lado de su inmediato sucesor. Pero la ciencia que no vacila en su gloriosa marcha, ha reunido, reúne y reunirá pruebas á fin de que se acerque el día en que, acallándose todas las voces discordantes de ahora, pueda afirmarse sin vacilación, que en los períodos mioceno y plioceno de esa inmensísima época, vivió un sér inteligente, que labraba las piedras para luchar con los animales que le rodeaban.

A priori no hay fundamento para dudar de esto, sobre todo si se recuerda la temperatura suave de Europa en todo el período mioceno y gran parte del plioceno. En el último tercio de este comenzó el intenso enfriamiento, que trajo sobre esa parte del mundo los enormes ventisqueros que arrastraban consigo esos grandes pedruzcos que son tan comunes en Suiza y que, continuando

el principio de la cuaternaria, produjeron una de las revoluciones geológicas más importantes que conocemos. — Y como está suficientemente demostrado que hemos existido á fines de esos tiempos llamados glaciales, cuando la vida debía ser mucho más difícil que en épocas anteriores, no tenemos por consiguiente, ninguna razón capital que de antemano demuestre lo que se pretende negar.

En cambio, *a posteriori*, la ciencia nos suministra el número de datos necesarios para creer que entonces hubo un sér, que por los testimonios que ha dejado, debe considerarse como el hombre en el estado salvaje, algo parecido á un tasman ó á un australiano, cuyas costumbres debían asemejarse á la de los habitantes de algunas islas de la Oceanía (1) Veamos los fundamentos en que descansa la opinión que sustentamos.

En Abril de 1863, Mr. Desnoyers descubrió en los arenales de Saint-Prest, á 10 metros de la capa vegetal, en terrenos del plioceno superior, cierto número de huesos del *rinoceronte mayor*, entre los cuales una tibia presentaba diversas talladuras de distinta forma y profundidad, que no podían explicarse sino por la acción de hachas de sílice manejadas por una mano experta. (2) Suponiendo que podía ser víctima de una ilusión, procuró examinar las colecciones de huesos de animales de esa época del museo particular que tenía en Chartres Mr. Boisville, del de la Escuela de Minas de París y de otro de la misma ciudad, sin olvidar la magnífica colección del duque de Luynes, acompañándose de Mr. Lartet, persona de reconocida competencia en esas materias.

Con asombro, cada vez mayor, se convencieron ambos naturalistas de que el hecho, al parecer aislado, de Saint-Prest, se repetía con suma frecuencia en las osamentas que estudiaban, en las que se advertían multitud de talladuras, rectilíneas, transversales, sinuosas y elípticas, que habían sido seguramente producidas por sílices cortantes, con puntas más ó menos agudas.

Este descubrimiento despertó dudas análogas, á las que tanto estorbaron á Boucher de Perthes, y aunque autoridades de la valía de Lartet, Mortillet, C. Vogt, Ramorin y Le Hon, adoptaron las conclusiones de M. Desnoyers, el eminente Lyell, cuyo parecer tiene suma importancia en todo lo que á esto se refiere, manifestó la opinión de que las mencionadas talladuras podían depender de otra causa. Es evidente que respecto de algunas pudiera invocarse la acción de los torrentes ó la de algún gigantesco roedor, como el trogantero, pero hay otras que únicamente pueden ser atribuidas á la intervención del hombre, en vista de que, por sus caracteres se asemejaban por completo á las que producen los instrumentos de sílice. (3) Mr. Lubbock, que ha dicho que «si el hombre constituye una familia separada de los mamíferos según lo atestiguan las primeras autoridades científicas y todas las analogías paleontológicas, debe haber tenido representante en el período mioceno,» fué en esta ocasión sumamente reservado, y si bien dijo que algunas talladuras le parecían de origen humano, no se atrevió á decidir el asunto.

Pero no ha sido tan sólo en el plioceno donde se han encontrado esos huesos de animales, que, en virtud de las sobredichas marcas, indican su coexistencia con el hombre, sino que también Mr. de Launay ha observado en el húmero y en las costillas de un *halitherium*, proveniente del mioceno de Ponce, iguales talladuras, bien características, situadas al nivel de la inserción de algunos músculos, y producidas seguramente por un instrumento de piedra. (4)

El profesor Capellini ha descubierto igualmente en el plioceno de Toscana un esqueleto de *balanotus* con esas mismas marcas en la parte inferior y cara externa de las costillas y apófisis espinal de las vértebras, que por su forma y por el sitio que ocupan, demuestran de una manera irrecusable, la acción de un sér inteligente que manejaba un instrumento cortante. A este parecer se adherieron personajes doctos de Italia y de otras naciones de Europa, que examinaron esos fósiles sin ideas preconcebidas. (5)

En los restos de cetáceos que el caballero Lawley envió al Museo de Florencia, se han examinado, en un fragmento de húmero y en tres costillas, talladuras aun más claras, lo mismo que las que ofrecía el *balanotus* del valle de Fine, que reconocieron como tales los profesores Ancona y Giglioli y los doctores Cavanne y Mayor. A las dudas que manifestó Mr. Evans, sobre este particular, en el Congreso antropológico que se reunió en Buda Pesth, en Setiembre de 1876, replicó aquel entendido italiano, que no era posible suponer que fueran hechas por un animal, pues no conocía ninguno que con sus dientes ó uñas fuera capaz de producirlas, y que además, era de tenerse en cuenta la semejanza que guardaban con muchas que existen en esqueletos de la época cuaternaria y de las cuales nadie duda que haya sido el hombre su autor.

Mr. de Quatrefages, cuya honradez científica es por todos reconocida, presta al naturalista mencio-

(1) Hamy.—*Paleontologie humaine*.
(2) Desnoyers.—*In Compte rendu de l'Académie des sciences*.
(3) Hamy.—*Loc. cit.*
(4) Hamy.—*Loc. cit.*
(5) Capellini.—*Les traces de l'homme pliocène en Toscane, in Revue d'Antropologie* 1877.

nado su valiosa cooperación, cuando dice que «es imposible dejar de admitir que esos golpes han sido ejecutados en huesos frescos» y al atribuirlos al hombre asevera que la existencia de este en el «*plioceno de Toscana es á sus ojos un hecho adquirido para la ciencia.*» (1)

No bastaba á los incrédulos y á los reservados esos indicios de que el hombre había vivido en compañía de los animales que presentaban huellas tan evidentes de su acción, puesto que pedían que se mostrasen las armas de que se sirviera para producir las talladuras, objeto de la discusión, á lo cual contestó victoriosamente el abate Bourgeois, presentando los famosos sílices tallados de Thenay. — Ya no se trataba del plioceno, sino del mioceno, es decir, de fecha mucho más remota. Presentes estaban las armas que le servían en el combate de la vida para pelear y para vencer, á veces, al mastodonte, al dicrocero, al rinoceronte mayor, al gran oso y los voraces felinos, que poblaban entonces la tierra.

Después de haber presentado sus piedras el sabio abate á la «Sociedad geológica de Francia», las ofreció á la consideración del «Congreso de arqueología prehistórica» de París en 1867, no consiguiendo que en ninguno de esos dos centros científicos se les diera la importancia que en realidad tenían. De nuevo las llevó al «Congreso de ciencias antropológicas» que se reunió en Bruselas en 1872. La colección era muy numerosa y sometidas á minucioso exámen ante un jurado, compuesto de personas de reconocida competencia, por mayoría decidió que aquellas piedras habían sido, en efecto, labradas por el hombre. (2) Aunque el mismo excesivo ardor desplegado por ese sacerdote católico en reunir numerosísimas pruebas en favor de la opinión que sustentaba, despertó dudas en más de un geólogo y antropologista distinguido, Mr. de Mortillet, que fué uno de los primeros partidarios que encontró, ha colocado en el *Museo de Saint-Germain*, sílices terciarios al lado de otros cuaternarios, para poner así en evidencia la indisputable semejanza que entre unos y otros existe.

En el informe que acerca de la paleontología presentó el nombrado Mr. de Mortillet en el último «Congreso de ciencias antropológicas de París», después de afirmar que los sílices de Thenay descubiertos por el abate Bourgeois, son pruebas muy valiosas en favor del hombre terciario, agrega que «ese descubrimiento, que parecía aislado, acababa de ser corroborado por Mr. Ramés, quien ha remitido otras piezas que provienen de yacimientos análogos, aunque menos antiguos, de las cercanías de Aurillac, observación enteramente nueva que sirve para confirmar el notable descubrimiento del abate Bourgeois, y que establece, de un modo cierto, que durante el terciario medio existía en Francia un sér que conocía el fuego y sabía tallar el sílice.» (3)

También el Sr. Riveiro, científico portugués, ha encontrado en el terciario de su país piedras análogas en número de noventa y cinco, de las cuales veintidos ofrecen marcas bien claras de un labrado intencional. (4)

Tanto los sílices de Bourgeois, como los de Ramés y Riveiro, aparecieron en la última Exposición de antropología de París, verificada con motivo de su grandioso certámen industrial, despertando todos la atención de los hombres de ciencia, y aseverando uno muy docto, que en vista de esos objetos allí reunidos, ya no es posible negar la existencia del hombre terciario.

En el plioceno de Saint-Prest, donde Mr. Desnoyers tuvo la buena suerte de descubrir los huesos de los animales á que antes hemos hecho referencia, se han recogido igualmente sílices tallados, que presentan cierta perfección respecto á los anteriores, predominando en ellos la forma puntiaguda parecida á una flecha. «Tal era el arma gruesa, dice Mr. Hamy, con que el hombre de Saint-Prest atacaba á grandes animales, antagonistas suyos en la lucha por la existencia.»

Mr. Charles Martin (5) opina que la existencia del hombre en la época glacial se demuestra por un dato que es, á su juicio, concluyente: la presencia de carbon de madera en el fondo de un *osar* de Suecia, cuya constitución geológica de arriba á abajo, es como sigue: 1.º suelo actual; 2.º una capa de arena; 3.º otra de conchas marítimas y una multitud de pedruzcos erráticos, de esos que arrastraban consigo los enormes ventisqueros que se deslizaban por la tierra en aquellos tiempos. «Es evidente, dice el mencionado autor, que ese carbon era el resto de un fuego alumbrado en un hogar con un objeto determinado por un sér inteligente. Los hombres vivían, pues, en la Suecia de hoy antes de la larga serie de fenómenos que acabamos de describir, es decir, antes del período de la inmersión gradual que ha sido contemporáneo, ó quizás anterior á la época de la extensión de los ventisqueros. Esos hombres estaban entonces en tierra firme; más tarde el suelo en que vivían desapareció bajo las aguas del Báltico, que depositó allí una gruesa capa de arena, sobre la cual se formó un banco de conchas, viniendo á su vez los hielos flotantes, trayendo los pedruzcos que cayeron en el fondo del mar, después que aquellos se hu-

(1) Quatrefages.—*L'espece humaine*.
(2) *Revue d'Antropologie*. 1872.
(3) *Revue d'Antropologie*. 1878.
(4) *Revue d'Antropologie*. 1879.
(5) *Bulletin de la Société d'Antropologie de Paris*. 1861.

bieron fundido. Más tarde el levantamiento se produjo gradualmente, y es incalculable el tiempo que ha sido necesario para que se realizara cuanto llevamos dicho. Puede así referirse la vida del hombre en Suecia á una antigüedad que nos espanta cuando se la compara á nuestros cortísimos períodos históricos, aunque no tiene nada de extraordinario para los geólogos que están acostumbrados á contar por centenares de siglos.»

Por último, en uno de esos lugares llamado Jarwall el sabio Mr. Nilson ha visto flechas, lanzas, cuchillos y otros objetos de sílice, que corroboran las ideas de Mr. Martin antes expuestas.

Y no son estas opiniones ni ligeras, ni exageradas, ni producto del vivo deseo de prolongar excesivamente la cronología de nuestros antepasados, sino el resultado de observaciones serias, de inducciones abonadas y deducciones legítimas.—Cuentan, además, en su apoyo, con el parecer de hombres eminentes de honradez conocida, moderados en sus apreciaciones y que jamás se dejan deslumbrar por las apariencias brillantes de una teoría. Mr. de Quatrefages exclama así en su notable libro titulado *La Especie humana*. «Los últimos descubrimientos de Mr. Bourgeois han disipado mis dudas, pues una hacha pequeña y un raspador, entre otras piedras, presentan retoques finos y regales que indican, en mi opinión, haber sido labradas por el hombre.» Y más adelante agrega: «De suerte que según los jueces más exigentes, el hombre ha presenciado uno de los grandes cambios acaecidos en la superficie del globo; ha vivido en una de las épocas geológicas á que se le creía, hasta hace poco, completamente extraño, y ha sido el contemporáneo de especies mammalógicas que no han podido, ni aún siquiera, ver la aurora de la época actual.»

M. Hamy, en su conocida y estudiada *Paleontología humana*, se expresa en estos términos: «Del conjunto de hechos que hemos expuestos resulta que después de la primera época glacial, cuya existencia aparece fuera de duda, multitud de hombres, que conocemos únicamente por instrumentos groseros y por los rastros que han dejado en los animales de que se alimentaban, han poblado una gran parte de Europa, desde Italia hasta las tierras Escandinavas. Se ha visto al mismo tiempo que esos hombres pliocenos han presentado caracteres etnográficos comunes que permiten creer que hayan pertenecido á una sola raza y hayan tenido idéntico desarrollo. Bastante atrevidos para atacar los animales enormes que le disputaban la tierra, esos indígenas aparecen en las tinieblas de las primeras edades bajo un aspecto favorable hasta cierto punto, habiendo sido superiores á cuantos les han precedido. Es cierto que los hombres miocenos descuartizaban al haliterio, pero la analogía nos obliga á comparar las talladuras que ha dejado en el esqueleto de este animal con las que produce el australiano armado de su hacha de piedra en los huesos de los cetáceos que se varan en sus costas. En la edad que acabamos de estudiar, las acciones humanas se manifiestan de una manera poderosa: aquel salvaje armado de flechas agudas persigue al elefante, al rinoceronte, al hipopótamo, al buey y al ciervo; le rompe á uno el cráneo, hiende á lo largo y á lo ancho los huesos del otro y golpea, raspa y talla, representando como verdadero cazador un nuevo grado en la evolución de la humanidad.

También se han hallado en el terreno terciario fósiles humanos, que si no han conseguido que se les preste igual importancia que á las pruebas anteriormente expuestas, son un factor que debe tenerse en cuenta al tratarse de este asunto.—En el plioceno de *Colle del Vento* en Italia, se han podido reunir en número bastante, pero del minucioso exámen á que fueron sometidos, no fué posible inferir que pertenecieran en realidad á esa capa geológica, inclinándose muchas personas competentes á suponer que fueran de un hombre inhumado allí en época posterior.

El célebre geólogo M. Whintney, descubrió en California, á ciento cincuenta y tres pies de profundidad, un cráneo humano, en un terreno reconocido como plioceno, y aunque desde entonces ofreció publicar un libro relativo á su hallazgo, todavía no lo ha hecho, sin embargo de que así se lo ofreció á M. Desor en una expresiva carta. Aquel distinguido americano ha celebrado, hace poco, en la Universidad de Cambridge, (1) en los Estados Unidos, una notable conferencia acerca de ese particular, refiriéndose á la formación de aquellos terrenos y á los motivos que tiene para creer en la presencia del hombre durante ese período del mundo.

Presentó á los profesores de ese establecimiento científico los varios huesos que había recogido, además del ya mencionado cráneo, con la cubierta de arena que les formaba como una especie de molde y que desprendió á la vista de ellos. Pero no basta una conferencia para dilucidar, como es debido, un asunto de tanta trascendencia; es preciso la publicación de algo serio, en que esos materiales se aprecien y discutan ampliamente, como lo demandan las exigencias científicas contemporáneas.

¿Por qué negarlo, cuando buscamos la verdad con evidente desinterés? Hasta ahora no hay suficientes datos para afirmar que haya fósiles humanos de la época en cuestión, testimonio que sería para todos concluyente, si bien, aunque su ausen-

cia fuera completa, no se demostraría por eso lo contrario, porque á falta de tales restos del hombre, contamos con los productos de su industria y con la muestra de la acción de los instrumentos que usaba; y tan es así que el Sr. Ameghino (1) al enumerar las pruebas de la existencia del hombre fósil, refiriéndose al prehistórico del Plata, menciona otras muchas de distinta naturaleza que, sin embargo, considera como de igual importancia. Casi todas esas se pueden invocar en favor de la opinión que sustentamos, pues le sucede hoy al hombre terciario lo mismo que le pasaba al cuaternario. Antes que Boucher de Perthes hubiera tropezado con los fósiles del *diluvium*. Para ser lógicos fuerza es que procedamos lo mismo, tratándose de un particular que guarda con aquel tan estrecha analogía.

Ya hemos visto el número incalculable de siglos que ha durado la vida del hombre en la tierra, y sin embargo de eso se ha supuesto terminantemente que era la última obra de la creación y, por consiguiente, el rey de la naturaleza. Afirmación vana que la ciencia se ha encargado de destruir. Además, á nadie podemos llamar hoy, con fundamento, la última obra, porque la creación no ha terminado, sino que, por lo contrario, prosigue siempre con aquella lentitud que le es propia. El delta del Mississippi, producto de los sedimentos de ese río, aumenta cada año, y el Egipto, formado por los arrastres del Nilo, se eleva cada siglo cinco pulgadas. La lucha por la vida y la selección sexual realizan, día por día, su misteriosa obra de mejora y perfeccionamiento, y así como unas especies se han extinguido y otras están en vísperas de extinguirse, muchas se preparan actualmente para aparecer en el porvenir. El inmenso laboratorio de la naturaleza fabrica sin cesar, y las modernas investigaciones científicas, reuniendo nuevos hechos á la herencia del pasado, nos autorizan á presentir leyes positivas en asuntos que todavía son controvertibles.

El hiparion es aceptado como el precursor del caballo; entre los paquidermos son conocidos los tipos intermediarios y multitud de formas sirven como de transición á otras más acabadas y completas. Así el parecer de Mortillet y Hovelacque acerca de la naturaleza del ser inteligente que vivió en la época terciaria, no está de un todo destituida de fundamentos respetables, llegando hasta despertar dudas muy serias entre los más resueltos adversarios de la escuela darwiniana.—No es posible aventurar lo que en estas materias nos reserva el porvenir, pero sí juzgamos por el presente, han de ser grandes las novedades, y acaso sepamos entonces, respecto de nuestro origen, lo que hoy por desgracia ignoramos. Nuestra extraordinaria antigüedad, sin embargo, nos permite formular diversas hipótesis muy plausibles, aunque la dirección experimental y positivista que caracteriza esta época, nos invalida para presentarlas con el carácter de leyes definitivas que no tienen. De cualquier modo, se presta á profundas consideraciones la circunstancia de haber desaparecido por completo la fauna de los mamíferos de aquella época y de ser el hombre su único representante en estos tiempos. ¿Habrá logrado salvarse gracias á su inteligencia, como pretende Quatrefages? Lo ignoramos, y tan solo cumple á nuestro propósito no asegurar nada que no esté ya comprobado, siendo cautos y moderados en nuestras afirmaciones.

Démonos mutuamente la enhorabuena, porque nos es posible discutir con sosiego y sin peligro, estos áridos problemas en un país en que hace poco existía la intolerancia religiosa, y celebremos con regocijo la preciosa adquisición que hemos hecho de la más importante, de la más fructífera, de la más trascendente de todas las libertades, de la libertad intelectual.

JOSÉ R. MONTALVO.

Habana.—1880.

ESTUDIOS SOCIALES.

EL SUICIDIO.

VII

Tan difícil y aventurado como es señalar las notas distintivas de la pública moralidad, tan inseguros y contradictorios se nos ofrecen los datos que la estadística del suicidio recoge á este propósito; á lo que se agrega el obstáculo antes indicado (párrafo V), de la indiferencia con que los sociólogos de la escuela moderna suelen mirar los fenómenos morales, que ni se pesan, ni se miden, ni se descubren mediante reactivos, ni se individualizan en el fondo de una retorta, ó en el objetivo de un microscopio.

Además, el criterio según el cual se aprecian los grados de la moralidad pública, es muy diverso también. Quiénes consideran los fenómenos morales como hechos de por sí subsistentes, que en sí mismos llevan la causa y el fin de su existencia (criterio inmanente), y quiénes defienden que la razón de ser de todo principio ó regla moral ha de buscarse en un principio superior religioso. Y no es raro, sino fenómeno muy común en los países sometidos al yugo de una religión intolerante y exclusiva, la católica por ejemplo, observar que una moral convencional y de exterior artificio,

ocupa el puesto de aquella otra que se funda tan solo en la pureza de los motivos y en la estima del bien por el bien mismo. Llenar estrictamente las exigencias del culto externo; ser asiduo concurrente á los oficios religiosos; pertenecer á una ó más cofradías; cumplir, en fin, con la posible frecuencia el precepto pascual, sin olvidarse de adquirir la bula de la Santa Cruzada, con cuyo medio se pueden dar ciertas satisfacciones al estómago, sin riesgo de caer en el pecado, hé aquí un conjunto de signos ciertos y decisivos por donde se mide la moralidad individual en primer término, y se forma, en segundo, la moralidad pública.

Podrá suceder que tanto y tanto devoto que á tales prácticas se entrega, sea en realidad un sepulcro blanqueado; no es raro tropezar con repetidos ejemplos de maldad, que se amparan de las prácticas religiosas para encubrir á la vista del público las pasiones y vicios que las consumen; ni hemos de olvidar tampoco, que las estadísticas judiciales presentan con asombrosa constancia la reiteración de abusos deshonestos contra la juventud, de parte de aquellos que se dicen maestros de moral y de religión. De modo, que á la dificultad natural de definir claramente lo que se entiende por moralidad pública, y discernir con prevision los elementos que la constituyen, se agrega este otro óbice de lo que he llamado moral convencional, ocasión inevitable de errados juicios y de equivocadas opiniones.

Mirando las cosas desde otro punto de vista, no ha de olvidarse que la moral no se caracteriza ni se muestra de una manera y conformidad colectivas, ni se presenta en forma de instituciones tan distintas y orgánicas como el derecho, la ciencia ó la religión, por ejemplo; sino que en ella predomina, ante todo, el elemento individual, de suerte que la moral pública pudiéramos decir la constituida por la suma de condiciones individuales y particulares; en una palabra, que el elemento individual, como que absorbe y oculta el elemento social, y hace problemático el organismo. Por esto es tan difícil apreciar la moralidad pública: fuera de algunos, los menos siempre, que hacen profesión de desvergüenza ó de incontinencia, los más, bajo una fisonomía apacible y serena, bajo una compostura irreprochable, ocultan los más odiosos vicios y las más perversas inclinaciones.

Pero en cuanto sea lícito juzgar por algunos signos exteriores, la estadística arroja sobre este punto cifras desconsoladoras. Pasan, quizá con sobrada razón, por más apegadas á los principios de la moral, y pónense como ejemplo de virtudes cívicas y domésticas los pueblos del Norte: escandinavos y alemanes. Y, sin embargo, esos mismos pueblos resultan los más inclinados al suicidio. ¿Será que su moral es tan convencional y ficticia como la otra? ¿Será que el suicidio se les ofrece como un recurso para terminar una lucha insostenible entre los estímulos del vicio, los halagos de la pasión y los mandatos en la conciencia?

Dos clases de fenómenos pueden, con las reservas necesarias según lo expuesto, tomarse en cuenta para establecer, en lo posible, la relación del suicidio con la moralidad: el nacimiento de hijos ilegítimos y la delincuencia.

En cuanto al nacimiento de hijos ilegítimos, parece cierto que, con excepción de Italia y Suecia, los demás países, en los cuales se nota mayor incremento de suicidios, apenas si sufren alteración sensible en la cifra de los hijos ilegítimos; y en algunos disminuye esta última, como acontece en la Inglaterra propiamente dicha y en el principado de Gales. Ni la comparación de las cifras medias entre suicidios y nacimientos ilegítimos, arroja más luz para llegar á conclusiones exactas, ni probables siquiera. Observa Mayr á este propósito, estudiando con especialidad el fenómeno en la Babiera, y comparando sus resultados con los de Francia, que la persistencia y fijeza de la legislación civil, contiene de una manera palmaria el aumento de la ilegitimidad. Mas para dar á este curioso dato toda la importancia que pueda tener, sería preciso entrar en un exámen crítico y comparado de las respectivas leyes civiles, y entonces tendríamos, que la legislación civil francesa es muy superior en su contenido á la legislación civil de Babiera, en la época á que las observaciones de Mayr se refieren, y habríamos de concluir que la bondad intrínseca de las leyes es un reactivo poderoso contra la inmoralidad.

En cuanto á los delitos, fuera tarea sumamente sencilla la nuestra, si los progresos de la legislación criminal hubieran avanzado más en el camino de la unificación, es decir, si la clasificación de los delitos, la penalidad, el orden y procedimiento judiciales fuesen más análogos en los distintos países civilizados.

Las cifras recogidas por algunos estadistas, presentan muy curiosos pormenores.

Beltrani Scalia, en su reciente y notabilísima obra: *La Reforma Penitenciaria en Italia*, examina el período de diez años, 1866-1875, y á la vez que acusa movimiento ascendente de criminalidad, determina crecimiento proporcionado, de suicidios, en lo cual viene á convenir con Lombroso en su estimable trabajo; *El hombre delincuente*. Cuyos datos confirma de un modo más preciso Ficker (citado por Morselli) con relación al Austria y tomando por base las condenas capitales, que, en su sentir, por recaer sobre delitos gravísimos, expresan más concretamente el estado moral de un pueblo. En el período de cin-

(1) *Revue d'Antropologie*.—1879.

(1) *Revue d'Antropologie*.—1879.

cuenta y cinco años, 1822-1877, las condenas á pena capital ascienden proporcionalmente desde 28,5 en el primer año, hasta 119,5 en el último; y á la vez los suicidas presentan un aumento, significado también en cifras proporcionales desde 100 á 621, es decir, que la proporción en ambos casos y en los dos órdenes de fenómenos de que se trata, se ha sextuplicado sobre poco más ó ménos, notándose en cada un año, casi sin escepcion, el aumento paralelo.

Quizá este mismo fenómeno se produce en España en los momentos actuales, si hemos de juzgar por algunas cifras que afortunadamente poseemos. D. Manuel Torres Campos, bibliotecario del Ateneo y de la Academia de Jurisprudencia publicó el año anterior en la *Revista de Tribunales* un trabajo curioso y exactísimo referente al aumento progresivo de las condenas capitales, trabajo que no há muchos días completó en un artículo inserto en el diario político *El Demócrata*. Pues según los datos aproximados que ha podido recoger de cuatro años á esta parte, y juzgando por los oficiales que desde Setiembre de 1879 hasta la fecha se continúan en el Boletín demográfico de la dirección general de Sanidad, el suicidio va en aumento como las condenas capitales. De donde se pudiera concluir además, permitásemos la digresión, contra la pena capital, uno de cuyos resultados ejemplares consiste en el aumento de los suicidios.

Pues los datos referentes á la criminalidad específica en distintos países contradicen la regla que pudiera deducirse de la comparación del número de suicidios con el de las condenas capitales. España da hoy una de las cifras mayores de delincuencia entre todos los países de Europa y, sin embargo, hemos visto antes de ahora que en cuanto al suicidio ocupa uno de los últimos lugares. Otro tanto sucede con la Italia, aunque las desproporciones no son tan salientes como en España. En cambio Dinamarca é Inglaterra, que proporcionalmente registran menor criminalidad, figuran, sobre todo la primera, en los grados más altos del suicidio. Y por último, la analogía proporcional entre delitos y suicidios parece ser constante en Prusia, Austria, Irlanda y Suecia.

Morselli avanza algo más en su estudio, pues concretándose á Italia, descubre que la delincuencia sustituye al suicidio, casi de un modo invariable, á medida que se avanza hácia el Mediodía, así como establece con cifras constantes y ampliando sus observaciones que, por relación al culto, aumenta la delincuencia en los países católicos respecto de los protestantes.

Observa también Lumbroso (*Pensamientos y Meleoros*) que se dá igualmente correspondencia por relación al tiempo en que se ejecutan, entre los delitos que, de cualquier modo, atentan á la integridad personal y los suicidios, pues unos y otros invariablemente crecen desde la primavera al estío, y decrecen desde el otoño al invierno.

¿Nos llevan todas estas cifras y comparaciones á una conclusión cierta, ó que, por lo ménos, se aproxime algo á la exactitud? Sinceramente he de confesar que no la encuentro. Porque áun aceptando semejanzas y analogías y descartando diferencias, ¿hay algún dato concluyente que nos permita atribuir el suicidio y el delito á las únicas causas morales? Las condiciones de carácter, las costumbres y antecedentes del suicida, ¿corresponden, por ventura, á los del criminal? Para mí, no solo es dudoso, sino que creo que en la mayoría de los casos hay notoria disparidad. Son muchos los suicidios cuya causa inmediata se encuentra en el impulso de nobles, aunque exageradas pasiones, en motivos de honra mejor ó peor apreciados, en debilidad de carácter que no acusan perversidad, y á las veces en razones de pudor, causas todas ellas que no influyen mucho en la comisión de delitos, ó cuando más se refieren á número y especies muy reducidas en los anales de la criminalidad.

Después de todo, si fuera cierta la ley establecida por Morselli, de que allí donde predominan los delitos contra la propiedad son también más frecuentes los suicidios, y que éstos disminuyen en donde los delitos contra las personas crecen, habremos de conceder, en este sentido, más influencia que al estado moral á causas y condiciones económicas de carácter general.

Me parecen muy discretas las apreciaciones del autor citado en este punto. «Nuestro siglo, dice, merced al desarrollo de la industria, del mejoramiento de los medios de comunicación, lleva hasta el paroxismo la sed del oro que se lanza á aventuras especulaciones, contribuye á la mala fé general y dá margen al *negocio* (creación de nuestros tiempos), de donde surgen, como necesaria y dolorosa consecuencia, las enormes y espantables crisis económicas, las luchas entre el capital y el trabajo, las huelgas, las desilusiones, la inmoralidad y la depravación. Todo esto es causa eficaz de suicidio, de locura y de esa forma morbosa, terrible singularidad de nuestro siglo, que se llama la parálisis progresiva. Con los estímulos del egoísmo y las bazas de la ambición desfallece el carácter, la actividad psíquica toma las condiciones y alcanza el grado de verdadera fiebre epidémica, y la excitación permanente de la sensibilidad oculta el empobrecimiento de la reflexión y de la moral. Al lado, pues, de las víctimas de la propia ambición, se ponen las del egoísmo de los demás, y la miseria y los suicidios de la clase proletaria aumentan con el crecimiento de la población y de la concurrencia en el trabajo.»

Entiende el sábio estadista, que el bienestar

económico en un año, ó de un país, puede conocerse desde luego estudiando la variación media de los casos de locura, de suicidio y de delincuencia, aunque es bien cierto que, siendo el suicidio un hecho complejo por demás, preparado con no poco tiempo y avivado por estímulos continuos y eficaces, resulta que la acción de las crisis económicas no se revelan al propio tiempo de su aparición, sino que depositan, por decirlo así, la semilla del mal, que luego despues fructifica. Pasadas las guerras de Crimea, en toda la Europa; la de 1859, en Austria, y la de 1870, en Francia y Alemania, es cuando se nota recrudescimiento del suicidio. Nadie puede desconocer los hechos actuales de España; há cuatro años que la guerra civil terminó, y desde ese período estamos en crisis económica, y sus efectos en cuanto al suicidio han comenzado á notarse sensiblemente desde 1879 en adelante.

No dice la estadística nada concreto respecto á la influencia que sobre el suicidio puedan tener las condiciones políticas de un país y la constitución del Estado, porque el hecho es frecuente, así en los países regidos por la forma democrática y republicana, como en aquellos otros que yacen bajo la monarquía y el despotismo.

La misma inseguridad se nota en lo relativo á densidad de la población. Son muy de apreciar los esfuerzos de ingenio que los estadistas hacen para detraer, mediante comparaciones y analogías resultados concretos, que les permitan formular una ley con visos de exactitud; pero todos sus buenos deseos y todas las sutilezas á que se entregan son inútiles. Si queremos penetrarnos de esta verdad, basta tomar á la ventura entre los 45 Estados de que se han reunido datos, seis cifras que marquen el número de orden en cuanto á la densidad de población y el número de orden en cuanto á los suicidios, y reproducir luego la misma operación tomando como punto de partida el número de orden en la escala del suicidio, para compararlo con el de la densidad de población.

PRIMER ESTADO.

Número de orden en densidad de población.	Número de orden en suicidios.	ESTADOS.
1.....	32.....	Bélgica.
9.....	5.....	Baja Austria.
18.....	20.....	Prusia.
27.....	24.....	Stiria.
36.....	41.....	Dalmacia.
45.....	38.....	Finlandia.

SEGUNDO ESTADO.

Número de orden en suicidios.	Número de orden en densidad de población.	ESTADOS.
1.....	7.....	Alta Sajonia.
9.....	10.....	Silesia austriaca.
18.....	8.....	Alsacia Lorena.
27.....	19.....	Galitzia.
36.....	6.....	Países Bajos.
45.....	32.....	Portugal.

Como se vé, la disparidad es tan notoria, que ha de parecer temerario empeño si se pretende deducir una regla invariable como ha podido hacerse con perfecta exactitud al examinar diversos órdenes de fenómenos.

Otra cosa muy distinta es la comparación entre la vida urbana y rural, de cuyo exámen podemos deducir la siguiente regla: *En toda la Europa, es la proporción de suicidios mucho mayor en los grandes centros de población que en los lugares del campo*; aunque á decir verdad, y tomando las cifras en globo, se notan grandes diferencias, lo cual puede depender de la dificultad en establecer cuáles sean los límites que separan la población urbana de la rural.

Pero si tomamos los datos de las grandes ciudades en cualquiera de los Estados de Europa, la regla es constante y adquiere todos los visos de cierta. Morselli lo comprueba aglomerando las cifras correspondientes á cuarenta y tres capitales de Italia, y si se exceptúan Palermo, Lucca y Arezzo, en todas las cuarenta restantes, la frecuencia del suicidio en ellas excede con mucho á la cifra que arroja el resto de toda la provincia. Las mismas observaciones se repiten en Francia, Suecia, Inglaterra y Prusia.

Mas no se limitan á esta vaga generalidad las noticias recogidas. Si prescindimos de la comparación entre ciudades y campos, y paramos mientes en las diversas regiones, que comprendiendo población urbana y rural á la vez, se diferencian por la densidad total de población, los datos, especialmente los recogidos en Prusia, como más completos y exactos, nos permiten llegar á esta otra afirmación: *la intensidad del suicidio aumenta ó disminuye en las ciudades y en los campos en paralelismo con la población media resultante en las diversas regiones.*

Todavía se han llevado algo más allá las observaciones. Notorio como es que los grandes centros que las ciudades más populosas, Londres, París, Berlín, Viena, dan mayor contingente al suicidio, se observa además que la influencia de estos focos de infección se deja sentir en razón directa de la distancia. Parece como esta atmósfera moral irradia y á medida que las emanaciones recorren mayor distancia, pierden como los rayos luminosos y el calor intensidad y fuerza. El fenómeno se observa, sobre todo, en París, cuya población acusa el

mayor número de suicidios entre todas las demás grandes capitales de los Estados civilizados.

VICENTE ROMERO Y GIRON.

GLADSTONE.

La subida al poder de este eminente hombre de Estado, que hace concebir tantas esperanzas al partido liberal, ha sido un acontecimiento inesperado que sorprendió extraordinariamente á Europa: Austria y Prusia no han vuelto todavía de su asombro.

Gran resonancia han tenido en el mundo sus elocuentes discursos, y los que pronunció en los últimos tiempos contra el ministerio conservador, y en los agitados momentos de la lucha electoral que produjo la derrota de lord Beaconsfield.

Conocidas son las opiniones políticas del ilustre estadista, que al frente de la oposición en el Parlamento, como en la esfera del Gobierno, ha defendido: hace casi medio siglo que empezó á ejercer determinada influencia en el estado de la prensa, y más de treinta años han trascurrido, durante cuya época ha publicado numerosos artículos en diferentes revistas inglesas, sobre cuestiones de arte, literatura, historia, filosofía, teología, organización eclesiástica, política interior y extranjera.

Su vasto espíritu ha abrazado las más diversas materias, y en su estremada variedad resaltan las dotes relevantes de su activa y poderosa inteligencia, la gravedad religiosa de su pensamiento profundo y la argumentación sólida, al par que brillante, del dialéctico y del literato: son de admirar tan espléndidas cualidades y tendencias trascendentales del filósofo y del erudito con los ricos dones de hombre de Estado, que con tan inmensa superioridad domina la gestión política y económica de la Gran Bretaña. Mezcla tan heterogénea de facultades tan amplias, el vigor del talento en una edad que pasa más allá de los setenta años, y que la pródiga naturaleza parece que se empeña en rejuvenecer, porque el calor del alma, la pasión de la elocuencia le rejuvenecen sin duda, es un prodigio de virilidad que ha realizado Gladstone, siguiendo acaso la saludable máxima moral que consignó en un discurso pronunciado por él mismo en Manchester el 23 de Abril de 1862, delante de la asociación de los *Mechanics Institutes* de los Condados de Lancaster y de Chester. Entonces dijo estas notables frases: «Una vida activa debe encontrar una suerte de refresco en medio del trabajo, ó más bien, en el trabajo mismo. Pero para que esto sea posible, es preciso que el hombre lleve en la tarea que emprende alguna cosa de la frescura de los sentimientos del niño. Hay desgraciadamente pocos hombres que conserven hasta la edad madura esta frescura de los primeros años de la vida. Es esta luz particular del cielo que Wordsworth describe en su inmortal *Oda sobre los recuerdos de la infancia*, esta luz que esclarece nuestra cuna, que guía la juventud en su camino; pero que á la larga el hombre vé estinguirse y confundirse con la claridad del día. La luz ilumina todavía algunos privilegiados, son aquellos que hacen enérgicos esfuerzos para preservarse de las influencias nocivas del mundo, y que salen vencedores de esta lucha.»

Este principio, y el que establece más adelante de todo esfuerzo sério y enérgico que se hace en vista de su propio mejoramiento, de la aplicación á la vida diaria de este principio de orden que produce á la vez la exactitud y la fuerza de la voluntad, y que acrece tan prodigiosamente el poder que se encuentra aquí, no es solamente un ejercicio intelectual, sino un ejercicio moral. La luz de estas ideas debe haber iluminado la vida de Gladstone, para conservar el privilegio de su juventud eterna.

Este orador elocuentísimo ha publicado desde el año 1875 al de 1878, varios estudios políticos consagrados á analizar las prerogativas de la corona y las del ministerio, en la Constitución inglesa, la organización del Poder ejecutivo en un país libre.

Esta cuestión había suscitado vivas polémicas en la prensa y en la Cámara de los Comunes, desde la aparición de la *Vida del Príncipe-esposo*, que vió la luz pública bajo los auspicios de la reina, así como las Memorias confidenciales del baron Stokmar, el consejero más íntimo de la reina y del príncipe. Mr. Martin reveló en estas obras la acción política ejercida eficazmente por el príncipe Alberto, y Mr. Dunckley que pertenece á la escuela radical, escribió un folleto en 1878 con el título *La corona y el Gabinete*, y este escritor distinguido, bajo el seudónimo de *Verax*, representó la publicación de la vida del príncipe como «un mensaje de la corona dirigido á la nación por encima de la cabeza de los ministros responsables.»

El órgano tradicional de los torys, *Quarterly Review*, contestó á los ataques de *Verax* en un artículo que tituló *La corona y la constitución*, reivindicando la influencia personal de la monarquía sobre los negocios del país, que debía ejercer una iniciativa seria en la legislación y en la política, reservándose la dirección también personal: la política exterior, y de este modo, apoyándose en la Cámara de los pares, opondría un dique inquebrantable al oleaje de la democracia, que según el juicio del publicista conservador, amenaza invadir las instituciones de la gran Albion.

Sir Stafford Northcote, había calificado de *maniquí* al soberano de Inglaterra, y Stockmar de

mandarin que se limitaba á hacer signo con la cabeza de aprobar ó desechar los proyectos al grado de sus ministros.

Beaconsfield, al frente del Gobierno, infundía desconfianzas justificadas por sus novelas, en las que se propuso poner en ridículo el Gobierno inglés; como le comprende y le practica el partido liberal, desde la revolución de 1688, denominando al rey el dux de la Constitución veneciana, al Gabinete el consejo de los Diez, al Parlamento el gran Consejo de los nobles. Dijo que la Inglaterra había sufrido la Constitución veneciana desde el advenimiento de la casa de Hannover; que la Cámara de los Comunes es la representación del pequeño número; el soberano es el soberano de todos: el verdadero *leader* del pueblo es el individuo colocado sobre el trono. Así se expresó Mr. Disraeli en el libro VII, capítulo 4.º de *Coningsby*.

La permanencia en el poder del antiguo Disraeli, hoy Beaconsfield, era un peligro para las instituciones libres de Inglaterra, que podía ver resucitada la teoría del gobierno personal, que después del reinado de Jorge III había sido desechada, á pesar de que Jorge IV, en 1829, continuó la lucha de su predecesor, resistiendo la emancipación católica reclamada por la opinión y sostenida por el ministerio Tory, de que eran jefes el duque de Wellington y Sir Roberto Peel. Jorge IV amenazó que abandonaría á Inglaterra y volvería á Hannover. Sus órdenes imperiosas cedieron ante la firme resistencia de sus consejeros responsables.

Gladstone hace notar que este día marcó el fin de la antigua forma de la monarquía inglesa.

Guillermo IV hizo otra tentativa para constituir otro Gabinete, atendiendo á sus preferencias personales, sin consultar el voto del Parlamento. Este esfuerzo, para acrecer la acción de la voluntad real, dice Gladstone, que tuvo por resultado, no de fortificar, sino de debilitar el trono.

Guillermo IV, de pues del *acta* de reforma en el mes de Noviembre de 1834, fué batido, y produjo una poderosa reacción á favor del partido liberal, que prolongó notablemente su predominio en la gobernación del Estado.

Reyes medianos y grandes ministros han favorecido el establecimiento del régimen parlamentario, destruyendo el poder de los tres Jorges, el del III sobre todo, que hizo atravesar á Inglaterra un período sombrío, y terminó por la locura del rey.

Lord Eskine sostuvo en la Cámara de los Lores el principio de que el rey, como primer magistrado, no puede tener sino una conciencia confiada á súbditos responsables, y cuando él da los sellos á sus ministros, su conciencia, en lo que corresponde al Estado, les acompaña.

Sir Samuel Romilly defendió en la Cámara de los Comunes la doctrina constitucional de que no puede haber ningún ejercicio de la prerogativa en la cual el rey esté sin consejeros, sin una responsabilidad que cubra la suya. Dos ideas correlativas predominan en el gobierno parlamentario de Inglaterra: la responsabilidad ministerial y la irresponsabilidad real. Gladstone ha dicho que en el organismo constitucional el soberano y sus ministros forman una unidad.

Gran servicio ha prestado á su país combatiendo y alcanzando la victoria en los comicios, merced á su actividad prodigiosa, y á su palabra rica de ser verdadera elocuencia, sobre el ministerio conservador que mostraba tendencias tan peligrosas contra la pureza del régimen parlamentario, cuya política aventurera ha costado inmensos sacrificios pecuniarios, elevando á una cantidad fabulosa la deuda pública, y pasando el presupuesto de gastos de nueve mil millones anuales.

Además, Beaconsfield había ostentado sus preferencias marcadas por la alianza austro-prusiana, y Gladstone, en un discurso reciente, declaró sus simpatías por los pueblos libres, citando á Francia en primer término, á Bélgica, Italia, Portugal, y fué notable su olvido de la España, regida por el pontífice máximo del partido conservador. Sin duda, el jefe del Gobierno liberal inglés, no considera que merece el digno título de pueblo libre nuestra patria, que ha prodigado sus tesoros y derramado á torrentes su sangre generosa por conquistar el triunfo de las ideas de progreso, que han immortalizado tantos mártires gloriosos, desde los héroes que sucumbieron en Villalar, bárbaramente inmolados por un tirano emperador alemán, hasta los Torrijos, Manzanares y millares de víctimas sacrificadas en las guerras civiles, por defender con entusiasmo el dogma santo de la libertad, que invocan los doctrinarios conservadores, para falsear y destruir el espíritu vital del sistema representativo.

Es claro que el nuevo Gabinete ha de obrar con la prudencia y lentitud que caracteriza á sus hombres de Estado, pero el nombramiento de subsecretario de Negocios Extranjeros del célebre orador radical Carlos Dylke, joven rico de fé democrática, ha de influir poderosamente en la tendencia acentuada de las relaciones exteriores, favorable á Grecia sobre todo inmediatamente, y á Francia, donde la elección de Dylke para ese puesto importante ha sido acogida con señaladas muestras de simpatía por los órganos del partido republicano.

Gladstone hizo justicia á la pureza de la vida, integridad de carácter, talento, cualidades y á la parte activa que había tenido en las empresas de interés general, el príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria, en cuya educación ejerció una es-

pecie de tutela el rey Leopoldo de Bélgica, tío del príncipe. A la feliz dirección de su vida contribuyó además directamente el baron Stockamar, que fué secretario é intendente de la casa del príncipe Leopoldo, casado en su juventud con la princesa Carlota de Inglaterra, que murió prematuramente. El baron permaneció en Inglaterra de 1816 á 1831, y fué el representante del príncipe en las negociaciones que prepararon el advenimiento de Leopoldo al trono de Bélgica. El baron fué también el agente más idóneo que empleó el rey de Bélgica, para tratar de que se realizase el plan atrevido que concibió, de ir allanando el camino difícil con un arte perfecto, para vencer todos los obstáculos y concertar la unión del príncipe Alberto con la futura reina de Inglaterra.

El éxito feliz coronó esta empresa dirigida con tan previsor acierto.

an Gladstone manifiesta en un artículo que publicó en Junio de 1875 en *L'contemporary Review*, que los casamientos felices son en Inglaterra más bien la regla que la excepción; pero que entre los mismos casamientos felices, aquel enlace ha sido excepcional, tanto la unión de los pensamientos, de los corazones y de las acciones, realizaban el ideal y confundían dos seres en uno sólo. Eran las dos facetas de una misma medalla, las dos mitades de un mismo todo. El príncipe, añade, apreció exactamente todo lo que el trono exigía de la reina, y por consecuencia, todo lo que la reina esperaba de él, que comprendió que su deber era vivir para ella, y aceptó con una maravillosa inteligencia y una adhesión sin límites la parte que le correspondía en esta espléndida existencia.

Hace valer mas adelante su superioridad intelectual, cuando en 1850 el duque de Wellington insistió vivamente, para que el príncipe aceptase las funciones de comandante en jefe del ejército, y este testimonio de adhesión entusiasta, dada por el duque á la reina, lo marca Gladstone como indicación cierta de que sus facultades declinaban con los años, y califica esta medida de indefendible para todos los que conocen el espíritu del Gobierno parlamentario. La proposición del duque, le parece, que pecaba por vicio radical é incurable, porque no podía llenar la primera de las condiciones requeridas para tal empleo. El no podía ser revocable. El príncipe penetró hasta el fondo de la cuestión, y no aceptó el cargo que le brindaba la mano amiga del duque, previendo el serio peligro á que se le exponía.

Así se comprende y practica el régimen constitucional en Inglaterra, donde la monarquía en los tiempos modernos ha sufrido una transformación casi completa, y este progreso ha alcanzado su madurez en aquel país, porque en el juicio del hombre de Estado, que me sirve de guía en estas observaciones, la transformación, sobre todo, encunanto á su sustancia, consiste en una feliz sustitución de la influencia al poder, influencia social ejercida por la autoridad del ejemplo en el espíritu y en las costumbres públicas, influencia en las deliberaciones del Consejo por las cualidades personales de inteligencia esclarecida por los rayos de la virtud, y desarrollada en el cumplimiento de los deberes de la monarquía, que ha elevado al ideal más perfecto la reina Victoria, amaestrada por las lecciones de la experiencia, dotada de un elevado carácter moral, fortalecido por el vigor intelectual, espíritu superior del príncipe su esposo, que la consagró su noble existencia, sin apartarse jamás de la noción del deber, que había concebido desde sus primeros años.

La corte de la reina elevó el nivel social y moral de las clases superiores del país, aunque ahora al parecer, este movimiento ascensional ha decaído. Reina en la vida de la corte, dice Gladstone, una atmósfera que enerva, y es preciso poseer una constitución enérgica, ó adquirir fuerzas en otras fuentes, si se quiere conservar en su plenitud la salud del espíritu y del alma.

Por regla general, la monarquía inglesa no toma parte sino de una manera indirecta en las luchas de los partidos; queda en medio de las tempestades políticas como abrigada en un puerto que la protege; tiene mil medios de conocer las tendencias generales de las ideas por el Parlamento y por la prensa, y no puede tomar consejos sobre las cuestiones políticas, sino en el silencio más absoluto de las personas que están en la oposición, y las dudas y reflexiones que hacen nacer toda deliberación imparcial en el espíritu del soberano, no deben ser llevadas á conocimiento del público.

Bajo el antiguo régimen, la Cámara de los Lores tenía el poder virtual de nombrar un número considerable de la Cámara de los Comunes; hoy ésta es elegida por el voto libre y popular.

Una de las prerogativas de la corona que ha sufrido menoscabo, es la que se refiere á la petición de créditos; después del *acta* de reforma se ha manifestado en la Cámara de los Comunes la tendencia marcada á imponer á la Administración proyectos nuevos sobre los gastos públicos; y la Cámara de los Lores ha votado diversos *bills* de creaciones de empleos ó de sueldos: enviándolos á la Cámara de los Comunes con disposiciones impresas en cierto sentido, como un voto expresado por la Cámara de los Lores, mostrando que estas indicaciones no hacían parte del *bill*, y no tenían más valor que el de un expediente de convención.

El Monarca y los ministros tienen hoy que contar más con el poder popular, que en otros tiempos, cuando había en la Cámara de los Comunes cierto partido de los *amigos del rey*, y algunos

miembros elegidos por la influencia de los pares y por medio de éstos el rey podía obrar á favor, ó contra sus consejeros, según convenia á sus miras; pero después de la reforma, la subordinación en último resorte de la voluntad real á la voluntad nacional, expresada por los órganos constitucionales, es incontestable.

Las prerogativas de la corona que están recientemente representadas por la acción ministerial ante el Parlamento, son distintas, y no pueden confundirse con los derechos personales del monarca, respecto de sus ministros.

Se distinguen igualmente los poderes estatuarios de la corona, y los poderes inmemoriales y esenciales que no tienen consagración escrita, que constituyen la prerogativa real y propia de la corona, que forman también la gran tradición oral de la Constitución inglesa, poderes análogos por su carácter, no escrito, á lo que se nombra el privilegio del Parlamento, pero diferentes de éste último, en que están perfectamente definidos.

El derecho de la corona sobre sus tierras ha sufrido también algún detrimento, porque el Estado ha ejercido liberalmente los derechos de un usufructuario sobre las propiedades colocadas bajo su registro, por el uso poco á poco establecido por el Soberano á su advenimiento al poder de abandonar al Estado el interés que puede sacar de estas propiedades, por medio de una renta que se llama la Lista civil; pero este arreglo no destruye el derecho legal que tendría el heredero del trono de volver á gozar de las tierras después de la espiración del contrato. Sin embargo, por las exigencias de los miembros de la oposición, y por concesiones del Gobierno, se han establecido arreglos que tocan á la reversibilidad del contrato.

El ejército permanente en Inglaterra es extraconstitucional, y el voto anual de créditos destinados á su sostenimiento, aún para los servicios civiles, y la precaución de acordar por el voto anual de *meeting act* los poderes necesarios para hacer respetar la disciplina indispensable á la existencia de un ejército, le colocan bajo la dependencia completa del Parlamento.

Es un hecho notable que el poder personal del rey comenzó á debilitarse desde el día en que fué reconocido oficialmente el cargo de primer ministro, jefe del Gabinete. Fué un reproche que se dirigió contra Sir Roberto Walpole, de haberse atribuido las funciones de primer ministro.

La presencia del rey en el Consejo de ministros para Gladstone, ó que se le reserva la decisión oficial de las cuestiones, lo que implica un Gobierno personal, ó se abate la dignidad real, porque se le hace participar en discusiones vivas y ardientes, con un carácter de igualdad, que se han resuelto algunas veces por un voto, en que ha sido derrotado el soberano, y se preparan además medidas y decisiones que, una vez publicadas, excitan la crítica y la oposición en la prensa y en la tribuna del Parlamento.

Censura á lord Palmerston por haber transmitido los despachos sometidos á la aprobación de la reina, por las manos de lord John Russel, porque en ese caso el primer ministro es el solo servidor confidencial, y los ministros no son más que jefes de servicio.

Ninguna modificación en las formas del servicio divino puede verificarse en Inglaterra, sin la intervención legislativa. Después del Breve del Papa en 1874 se verificó un gran movimiento de secesión de miembros sabios y distinguidos de clero anglicano; el príncipe-esposo creyó que el mal de dicho clero era originado por haber aceptado doctrinas y prácticas romanas, en virtud de la sola autoridad eclesiástica, contraria al voto de los fieles; pero lord Beaconsfield, según el parecer de los arzobispos, logró que votara el Parlamento una base de legislación contraria al pensamiento del príncipe, que se extendía además á que los legos deben tener en la Iglesia una parte de autoridad igual á la del clero, y que ninguna interpretación de los artículos debe tener lugar sin su concurso.

Las peticiones de tres párrocos bastan para modificar el servicio divino, esta práctica constante, á menos que el obispo no defienda su reclamación, si está de acuerdo con el sentido liberal de un estatuto de 1661. Este principio fué sostenido por Beaconsfield y aprobado, de manera que esta ley pueda ser una letra muerta en la diócesis A, y aplicada en absoluto en la diócesis B.

La reforma de la Iglesia anglicana, será realizada por el nuevo Parlamento.

Gladstone rinde tributo á la memoria del príncipe Alberto, que dió con la reina el ejemplo de una noble y pura existencia que buscaba sus goces en el cumplimiento incesante del deber. La impureza no podía reinar en una atmósfera tan pura. Su muerte ha abatido el nivel de las costumbres públicas en las más altas regiones de la sociedad, sobre todo en la moralidad conyugal, y añade, que este cambio desastroso para el porvenir, tiene por causa la desaparición de la corte, que durante su vida ofreció á los ojos de la aristocracia y de la nación un espectáculo majestuoso, de atracción, é instructivo, sobre el que debe meditar todo hombre y todo cristiano en la soledad, el recogimiento y la paz de su corazón. Nobles, elevadas, religiosas y sublimes palabras que revelan el gran carácter moral del eminente hombre de Estado que dirige la gobernación de Inglaterra. En el interior hará las innovaciones que reclama la opinión pública en consonancia con su espíritu recto y cora-

zon entusiasta por el progreso humano. Su ideal más vivo es la estension del derecho electoral á los condados, á las poblaciones rurales.

En el exterior consagrará su activa inteligencia á la resurreccion de Grecia dilatada en nuevas fronteras. Francia obtiene sus preferentes simpatías, y aspira á borrar la impresion funesta que causó en la nacion vecina el *statu quo* de Inglaterra en la lucha que desmembró á la República. Se abre una nueva era en la política inglesa, favorable para la libertad y para la democracia del mundo.

EUSEBIO ASQUERINO.

DEL CUERPO HUMANO COMO MÁQUINA

Y DE LAS RELACIONES ENTRE EL PENSAMIENTO Y LA FUERZA MATERIAL.

II

Debemos ahora, para desvanecer toda duda y para prevenir algun error en que pudiera incurrirse, aclarar un punto importantísimo.

Aunque el sistema nervioso sea el que transmite la orden para el trabajo, no es la vibracion que por el nervio circula la que constituye el movimiento final ó sea la fuerza motriz. La misma diferencia existe entre el fósforo que se arroja á un almacen de pólvora, y la explosion inmensa de éste, entre el pequeño esfuerzo necesario para levantar una compuerta y el empuje enorme del agua que al caer hace girar la rueda hidráulica, entre la débil corriente eléctrica que determina una accion química y esta misma accion, y por último, entre el áscua arrojada al hogar de una locomotora y la masa entera hecha fuego que existe entre la corriente nerviosa que llega al músculo y el calor desarrollado en él, calor que constituye la verdadera fuerza motriz.

De suerte, que la *fuerza total* en el hombre no viene del cerebro, ni de los centros nerviosos, sino que se halla latente en los músculos; no es el *pensamiento* el que directamente se convierte en *fuerza*; no hay transformacion inmediata de las ideas en *contracciones musculares*. O expresándonos, con más exatitud el movimiento que comunica el cerebro es muy inferior en intensidad al que desarrolla el músculo, en el cual se engendra, por procedimientos físico-químicos, casi toda la fuerza utilizable. El cerebro ó los centros equivalentes, mandan una pequeña vibracion como causa determinante de un movimiento mil veces más enérgico, y los nervios son verdaderos comunicadores entre dicha causa determinante y la accion propia del músculo.

Y, ¿cómo un pequeño movimiento determina otro mayor? ¿Cómo el efecto puede ser superior á la causa? ¿No supone esto una verdadera creacion fuerza? Las causas determinantes no contienen en sí los efectos que determinan: sólo cambian la forma de fuerzas y de movimientos preexistentes.

Presentemos un ejemplo que aclare estas ideas, quizás demasiado abstractas.

Supongamos dos masas esféricas corriendo una al encuentro de la otra con velocidades enormes, y supongamos asimismo que las líneas que describen son tales, que ambas masas han de pasar rozándose, y no más que rozándose, pero sin que el choque se realice. Si en estas condiciones, y un momento antes de que lleguen ambas esferas á estar en contacto, mediante un *pequeñísimo esfuerzo*, separamos una de ellas de su camino y las masas chocan, el fenómeno cambia por completo de apariencia: los movimientos de avance desaparecen y se convierten en vibraciones internas de ambos cuerpos, que percibimos bajo la forma de calor. Ni aquel movimiento visible se anuló, ni este calor brotó de la nada; ha cambiado la forma externa del movimiento; pero su cantidad es la que era, y la causa determinante, el pequeño movimiento trasversal de una de las masas sólo ha conseguido efectuar una aparente transformacion.

¿Y qué otra cosa sucede cuando el guarda-agujas de un ferro-carril se equivoca, y lanza un tren á la vía que otro tren recorre en sentido inverso? ¿Qué pequeña fuerza ha bastado para mover la palanca del cambio y provocar la catástrofe?

Pues esto mismo puede decirse de la vibracion que los nervios transmiten al músculo; su único efecto es precipitar, si podemos expresarnos de este modo, el *tren-oxígeno* sobre el *tren-carbono*, y determinar el choque, verdadera causa del calor engendrado y de la fuerza muscular, ó hablando en términos más precisos, determinar la oxidacion de la sangre.

Hemos empleado en el párrafo anterior estas dos frases *tren-oxígeno* y *tren-carbono*, que tal vez haya considerado el lector como imágenes violentas y disparatadas, y sin embargo, expresion exacta son de la realidad.

Ni los átomos del oxígeno, ni los átomos del carbono, ni átomos ni moléculas de ningun cuerpo, permanecen en reposo, sino que vibran ó palpitan, no ya con las mezquinas velocidades de nuestras vías-férreas, sino con velocidades planetarias. Así resulta de las teorías de Kromg y Clausius, que la velocidad interna de los átomos de oxígeno, desde 461 metros por segundo, la del azoe 492 y la del hidrógeno 1.488 metros. Las acciones químicas son aquellas que perturban el equilibrio dinámico de estos pequeños mundos, y precipitan unos átomos sobre otros y crean nuevos sistemas.

Por esto decíamos con verdad, que el único efecto de la corriente nerviosa era hacer que se mezclaran y chocasen los átomos de la sangre y del oxígeno, pero que de antemano, en las vibraciones internas de esas sustancias químicas, en esas velocidades de uno y dos kilómetros por segundo, que no se notan, porque están encerradas siempre en el mismo espacio, existe la fuerza que el hombre utiliza en todos sus movimientos.

Mi fuerza se oculta en los espacios archi-microscópicos de la sangre y del aire que llenan mis músculos: cada átomo se agita allí, como prisionero en su calabozo, con velocidades de 400, de 500, de 1.000, de 2.000 metros por segundo: la vibracion que corre por mis nervios abre aquellos calabozos, perturba aquel aparente equilibrio, precipita átomos sobre átomos, y hace brotar á la superficie en forma de calor primero, y despues de fuerza muscular, la fuerza y la vibracion antes ocultas.

Queda, pues, explicado, y explicado brevemente, todo el mecanismo de la máquina humana; pero solo de la máquina, no del sér misterioso que siente y piensa y quiere.

Si; la forma anatómica del tejido muscular, las sustancias que en él acumula la sangre, las velocidades de sus átomos, las acciones químicas que allí se desarrollan, el número de *calorías* que se engendran, los kilogrametros ó caballos de vapor á que equivalen las tensiones que los tendones ejercen, los ángulos que las palancas huesosas describen, la velocidad á su vez del fluido nervioso, ó como algunos dicen, de la voluntad: todo esto se sabe, y se calcula, y se mide, y el método experimental y el alto análisis arrancan cada dia nuevos secretos de entre los misteriosos pliegues de un tejido ó de aquel mundo infinito que acurrado se esconde en el fondo de una microscópica celdilla; pero con todo esto, queda en pié el problema filosófico y la dificultad por haberla trasportado de la superficie del cuerpo al fondo del organismo, no deja de ser lo que era ni ha perdido su carácter trascendente.

Entre la voluntad y la contraccion del músculo sólo existe ya un pequeño movimiento vibratorio que corre por el nervio y que transmite la orden que nació... ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué?

¿Dónde, cómo y por qué brotó esa débil vibracion, que al parecer arranca del cerebro ó de algun otro centro autónomo?

Aquí el problema se roza ya con altas cuestiones metafísicas, y sobre este resbaladizo terreno riñen espiritualistas y materialistas la última tremenda batalla entre la esperanza y el desengaño.

La mayor parte de los materialistas ingleses, italianos y alemanes, sostienen que esos movimientos determinantes de toda accion muscular proceden del mundo exterior y son movimientos puramente *reflejos*. Expliquemos el sentido de esta palabra.

Dos clases de fibras nerviosas se distinguen en todo el sistema; fibras que transmiten las sensaciones, que podemos llamar *fibras sensibles*; otras que transmiten la accion y á que daremos el nombre de *fibras motorias*.

Las primeras, trasportan toda impresion externa que viene á herir nuestro organismo, y más en general toda sensacion externa ó interna, á los centros nerviosos y principalmente al cerebro. Las segundas, transmiten desde este ó desde aquellos á los músculos la corriente que ha de provocar el desarrollo de calor ó de fuerza y la reaccion sobre el mundo exterior. Córtese el tronco de los nervios sensibles correspondientes á un músculo, y el músculo pierde toda sensibilidad, queda como muerto para toda impresion de afuera, y la comunicacion con el sensorio comun se interrumpe para siempre; pero, en cambio, conserva la facultad de moverse y de obedecer á todas las acciones que exijan desarrollo de fuerza. Por el contrario, toda solucion de continuidad en un tronco de nervios motores correspondiente á un músculo queda muerto, inerte y como separado del organismo para toda impulsión interna que ordene su movimiento.

El sistema nervioso es una doble red telegráfica: ciertos alambres transmiten *noticias* de la circunferencia al centro, son los conductores de la *sensacion*; otros mandan *órdenes* del centro á la circunferencia; son los conductores de la *voluntad*. Y dicho esto, pocas palabras bastan para exponer las teorías de los materialistas modernos, fundadas exclusivamente en la sensacion.

Segun la escuela, ni el cerebro ni ningun centro nervioso es espontáneamente activo. El punto en que un nervio sensible se une á otro nervio motor; la celdilla en que termina el filamento del primero y comienza el eje del segundo, pertenece esta celdilla al cerebro, á la médula, al gran simpático ó á cualquier centro nervioso, ese sitio, repetimos, de union y empalme del hilo telegráfico que trae la noticia con el que ha de mandar la orden, es como el espejo en que una imagen se refleja, es como la banda elástica en que la bola de billar choca, es el punto, en suma, en que por pura accion mecánica el movimiento que llegó cambia de marcha y de forma y retrocede y pasa de sensible á activo.

Es decir, que, segun Hecren, Griessinger, Chiff y tantos otros, *toda accion muscular es el reflejo de una sensacion*, y todo movimiento del interior al exterior procede de otro movimiento que del mundo exterior penetró en nuestro sér.

Todos los fenómenos materiales y morales del

sér humano, la sensacion, la voluntad, la memoria, la imaginacion, el dolor, el placer, las pasiones, todo, desde el más sublime sentimiento ó desde la más alta idea hasta el acto más insignificante y pasajero, al caer en el implacable crisol de la moderna escuela, desprende sus esencias misteriosas, sus bellos vapores irisados y queda reducido á tosca y grosera escoria.

Movimientos que llegan del mundo exterior por lo que hemos llamado nervios sensibles, ó sean *fibras centripetas*, como dicen los fisiólogos, y que dentro del organismo se combinan, se funden, se dividen, se enlazan á otras vibraciones anteriores de la misma índole y del mismo origen; movimientos que, al fin, por término de tanta evolucion, *se reflejan* en uno ó más que los nervios motores, ó sean las *fibras centrifugas*, que así se llaman tambien; llevan á los músculos y en ellos determinan la oxidacion de la sangre y los efectos tantas veces explicados; y por término de esta agitacion puramente mecánica, un movimiento visible del organismo hácia el exterior; tal es el hombre, y no más, para los apóstoles de la doctrina que acabamos de exponer. Un centro pasajero de movimientos, que llegan, chocan, levantan un poco de espuma espiritual, si se nos permite esta frase, y al fin vuelven al océano de donde vinieron: olas que avanzan de alta mar, que se deshacen en blancos copos contra un peñasco que por casualidad encuentran en la playa, y que, reflejadas en él, vuelven á perderse en los senos infinitos del eterno piélago.

No es nuestro objeto examinar esta teoría, que á pesar de su innegable mérito fisiológico, es cuando se aplica á más altas cuestiones y cuando pretende explicarlo todo, tan pretenciosa como impotente; mas séanos permitido formular, para concluir, una sola pregunta: ¿Cómo por la teoría de las sensaciones se explica la conciencia, hecho indudable, indiscutible, evidente?

Si el sér humano es un conjunto de movimientos, téngase en cuenta que en el movimiento sólo hay trayectorias, velocidades, forma, espacio y tiempo; que por muchos movimientos y muchas velocidades y muchas trayectorias que se acumulen; por mucho que se aumente la cantidad, mientras no varíe la calidad, jamás hallaremos ni sombra, ni remedo, ni nada que remotamente se asemeje á este maravilloso fenómeno de la conciencia.

Aquí deberíamos terminar nuestro trabajo; pero el interés del asunto nos estimula á escribir algunas líneas más.

No todas las escuelas materialistas toman por base única y directa la sensacion: aceptan algunas cierta actividad interna, cierta espontaneidad, algo que brota independientemente de los sentidos; pero suponen que esta actividad es debida al juego de las fuerzas materiales del organismo. Como esta teoría se envuelve en misteriosas nieblas, como no precisa el carácter de tales fuerzas, es más difícil de combatir que la escuela puramente sensualista, y sin embargo, tal hipótesis en sí lleva ó su impotencia ó su muerte.

Porque, en efecto, si la materia no es más que espacio macizo; si para engendrar el sér consciente sólo pone en juego aquellas potencias que emplea en el mundo inorgánico para crear el movimiento y sus varias formas, nunca podrá dar de sí otra cosa, segun hemos visto, que movimientos vibraciones, agitacion de puntos en el tiempo y en el espacio; pero de una curva, sea cual fuere su ecuacion, jamás brotará una conciencia. Hé aquí á tal escuela convicta de impotente.

¿Mas se supone, y esto dicen las escuelas materialistas dotadas de algun instinto de vida, que la materia encierra en sí un fondo inagotable de extraños recursos, una riqueza infinita de medios que ignoramos, *Fuerzas latentes*, *Potencias misteriosas* que van apareciendo á medida que las necesidades de la gran evolucion del cosmo lo exigen?

Pues entonces, como así nada se explica, puede, en efecto, explicarse todo. Pero aquí está la muerte de tal doctrina.

Porque fijemos bien el pensamiento.

La materia lo es todo: sea.

Desarrollando algunas de sus fuerzas ocultas, las que para entendernos podemos llamar de primer orden, da origen al mundo inorgánico, es decir, al *movimiento*.

Desarrollando nuevas fuerzas latentes, que no tuvo necesidad antes de presentar en línea, acudiendo á fuerzas de orden más elevado, de segundo orden, podemos decir, engendra la vida *vegetal*.

Buscando aún nuevas potencias hasta aquí no empleadas, que podemos llamar fuerzas de tercer orden, crea la *vida animal*.

Agotando su fondo y sus medios, haciendo jugar sus ultimas reservas, aplicando fuerzas más elevadas que todas las anteriores fuerzas de cuarto orden, por decirlo así, *crea la conciencia*.

¿Es esta la explicacion?

Pues resulta claro como la luz meridiana, que las *potencias* que engendran al sér que piensa, no son las que engendraban el movimiento: que estas son impotentes para aquello; que la materia grosera del mundo físico no es la que explica el mundo moral: que ha sido necesario suponer *algo* nuevo para justificar la existencia del nuevo y extraño sér que se llama hombre.

Si aquellas fuerzas de primer orden eran la materia, estas fuerzas de cuarto orden no lo son.

Si la materia lo es todo, ya no es la grosera sustancia de los materialistas, la sustancia del relleno, de la vibración y del espacio, sino la *unidad* que a la vez abarca movimiento y conciencia, es decir, fuerzas necesarias para explicar el mundo físico y fuerzas necesarias para explicar el mundo moral.

La escuela materialista, lo repetimos, para no caer en el sensualismo, necesita suponer que contiene:

La materia: *primero*, fuerzas de primer orden que explican el movimiento.

Segundo, fuerzas de orden superior que explican la conciencia.

Pero la escuela espiritualista admite dentro de la unidad:

Primero: la materia, que explica el movimiento.

Segundo: el espíritu, que explica la conciencia.

¿Qué diferencia hay que no sea puramente verbal, preguntaremos, entre una y otra teoría, si la primera no se aparta de la senda que la lógica le señala?

La *materia* de aquellos es la *unidad* de estos: las fuerzas de *primer orden* ó *inorgánicas* de los primeros, son la *materia*, propiamente dicha, de los segundos; las *fuerzas de orden superior* de los materialistas, son el *espíritu* en la doctrina del espiritualismo.

La diferencia es, por lo tanto, nula, y siempre resultará que la mecánica y la química son impotentes para explicar la conciencia. Perdonémosle esta ligera digresión, necesaria para demostrar, sin remontarnos á elucubraciones de alta filosofía, ajenas á nuestro objeto, que un abismo separa todo acto de conciencia de toda acción puramente mecánica. Y sin embargo, en el hombre este insondable abismo á cada instante se salva, porque á cada instante la *idea* se convierte en *movimiento*, y el *pensar* se transforma en fuerza.

¿Y cómo una idea, una livolucion, engendran un acto material? ¿Cómo de la esfera de los fenómenos espirituales se pasa á la esfera de la mecánica? ¿Cómo algo que no es ni fuerza material, ni movimiento se transforma en movimiento y en fuerza? La metafísica pretenderá explicarlo; mas no osaremos tanto en este artículo, y encerrándonos en los límites de nuestro objeto, sólo diremos cuál es, bajo el punto de vista mecánico y matemático, la última palabra que hoy pronuncia la ciencia sobre tan elevado y trascendental problema.

Observemos ante todo, que ni la fuerza de los músculos procede del cerebro ni por lo tanto es transformación de un acto espiritual.

Dicha fuerza es el resultado de lo que podemos llamar choque químico del oxígeno con las sustancias oxidables de la sangre, y el cerebro no hace otra cosa que *determinar* este choque. Pero si la dificultad es menor cuantitativamente, bajo el punto de vista metafísico, íntegra queda, porque, al fin, del cerebro procede la corriente nerviosa que determina la acción química en el músculo, y por débil que dicha corriente sea, al fin es un movimiento material.

Teníamos que explicar antes, cómo el pensamiento se transformaba en esfuerzo muscular: tenemos que explicar ahora cómo se transforma en corriente nerviosa.

¿Y no pudiera suceder en la sustancia gris del cerebro, en la celdilla microscópica de donde el nervio motor parte, lo que sucede en el músculo?

Como este calor y la fuerza se engendran por una causa determinante mucho menor, ¿no pudiera en el cerebro engendrarse la corriente nerviosa por otro movimiento material más pequeño todavía, obrando como causa determinante de segundo orden?

¿Y esta á su vez no pudiera depender de otra nueva causa determinante más y más pequeña?

¿Y quién pone límite á esta serie de causas determinantes cada vez menores, y en que la parte física vá, por decirlo así, desvaneciéndose como se desvanecen los términos de una progresión geométrica decreciente?

Y si el hombre sustituye á lo infinito lo indefinido, ¿la razón realiza lo infinitamente pequeño, como realiza lo infinitamente grande?

En suma, podemos afirmar que una *causa determinante y física tan pequeña como se quiera* (según la fórmula matemática) *basta para producir la mayor acción muscular posible.*

Tal es el último y supremo esfuerzo de la ciencia moderna para desmaterializar, por decirlo así, las acciones mecánicas del cuerpo humano y para explicar la transformación del pensamiento en su fuerza.

JOSÉ ECHEGARAY.

LA CASA DE LAS SIETE CABEZAS.

EPISODIO DE LA HISTORIA DE MÁLAGA.

Frontero á la catedral se alzaba en la plaza del Obispo hace pocos años todavía, un caseron vetusto, de esos que van desapareciendo uno tras otro de nuestras ciudades, para dejar sitio á las apretadas viviendas de hoy. Sombrio, destalado, ostentando toco blason de piedra desgastado por los años y la intemperie, sus apariencias todas mostraban que debió ser la morada de algun magnate de aquellos que en los siglos XVI y XVII perturbaron de continuo la sociedad malagueña con sus rivalidades y sangrientos lances.

Aquellos antiguos edificios, como si no tuvieran bastante

carácter é individualidad, estaban marcados á veces por algun signo en memoria de una hazaña, de un delito, ó de una justicia. Eran la tradición, y al desaparecer se llevan el recuerdo del pasado entre el polvo de sus ruinas.

Este que nos ocupa atraía la atención del que lo miraba hácia siete cabezas de piedra, labradas con rudeza, que adornaban su fachada dándole un aspecto severo.

Prometían una historia terrible.

Gobernaba á Málaga por los años de 1639 D. Pedro de Olavarria, sujeto grave, linajudo é importante, de condicion violentísima y poseído por una vanidad que rayaba en culto hácia su persona y cargo. Representaba al rey, á la sacra católica real majestad de Don Felipe IV, y no dudaba de que algo, y no poco, de aquella majestad real, católica y sacra residía en su persona.

Como todos los caracteres violentos, cuando una razón clara no los refrena, el soberbio corregidor sufría un dominio que lo esclavizaba, el de su mujer, que astuta y dominante, había sabido cautivar su corazón y avasallar su espíritu, hasta el punto de que no veía más que por sus ojos, ni pensaba de otra suerte que como ella quería que pensase. Entre sus manos se trocaba en blanda cera el terrible corregidor.

La corregidora había frecuentado la corte del Buen Retiro, en la que su esposo gozaba de buenos valimientos, y no asistió en balde á aquellas fiestas que tanto colorido dieron á la época, ni participó cual mero testigo en aquellas aventuras galantes que siempre eran juegos de la honra, cuando no el trueque del honor por la merced.

Corrompida, sensual, seca de corazón y no hecha á la resistencia, las malas pasiones llenaban su pecho, pero sabia mantenerlas ocultas, y á veces ponerlas todas en servicio de sus impurezas.

Para el mísero esposo era vaso de virtudes.

Ya por aquella época el teatro alcanzaba en Málaga gran boga, á pesar de la humildad de sus comienzos, de su vida azarosa y de la porfiada guerra que le hacían espíritus menguados que pregonaban era escuela de malas costumbres antes que honesto esparcimiento. Lucidos ingenios malagueños cuyas producciones saboreaba el público, á la vez que las de los vates cortesanos, aumentaban la afición, y la concurrencia al Corral de la Caridad donde se representaban las comedias crecía, comenzando á ser el teatro lo que es hoy como centro de sociedad y de trato. Allí se reunían la nobleza y el pueblo con las divisiones propias del tiempo, y no eran, ciertamente, los hidalgos jóvenes los menos afanosos por oír las producciones de Lope y de Calderon.

La representación real era inevitable, no alzándose nunca la cortina hasta que el corregidor aparecía en su palco.

Compartíala D. Pedro con su esposa, que asistía á todas las funciones porque le recordaban algo las fiestas del Buen Retiro. Sus miradas vagaban de uno en otro caballero, echando siempre de ménos aquella libertad y desenvoltura de la corte, aquella facilidad para tramitar aventuras que en sus circunstancias de entonces hubieran sido peligrosas.

Entre la brillante juventud de la nobleza comenzaba á figurar D. Alvaro de Torres y Sandoval, mancebo apuesto, de buen linaje, y más discreto y comedido que los de su clase y de su edad.

Pronto lo distinguió la corregidora entre todos los hidalgos y se prendó de su seriedad y porte distinguido. La juventud misma de D. Alvaro, casi en la adolescencia todavía, cautivaba su espíritu y encendían sus deseos, que disimulaba cuidadosamente, como maestra consumada en tales artes.

No paró mientes el mancebo en la corregidora, ni jamás pensó que abrigara en su pecho aquellos sentimientos. Procuraba ella hacer que leyera en sus ojos lo que pasaba en su corazón, pero él permanecía indiferente agujoneando sin saberlo unos deseos, que pronto se tornaron frenéticos y al cabo lo arrollaron todo, honor, matrimonio, rango, y dando temerario paso, manifestó á D. Alvaro el fuego que la devoraba.

Cuál fuera la sorpresa del hidalgo al oírle expresar en términos ardientes la impura pasión que sentía, puede comprenderse fácilmente. Luchando entre el asombro, la repugnancia y la ira, echóle en rostro su proceder liviano y le mostró el desprecio que le inspiraba, sin hacer cuenta el sencillo mozo de que en pechos como el de aquella mujer, cuando el amor es despreciado suele trocarse en odio mortal.

Así sucedió; herida en sus dos fibras más sensibles, el amor y el orgullo, juró la pérdida del que antes amara locamente, entregándose á ese furor reconcentrado, que es tanto más terrible en naturalezas semejantes cuanto más se le oomprime.

La actitud despreciativa en que siempre veía á D. Alvaro, irritaba más y más su rencor. Meditaba constantemente la manera de conducir y llevar á cabo su venganza, pero todo medio le parecía inseguro, todo proyecto ineficaz, todo daño corto.

Había elegido el instrumento para realizarla, á su marido, cuyo escaso talento, vanidad monstruosa y carácter durísimo conocía admirablemente; pero vacilaba entre uno ú otro plan de venganza.

La casualidad le ofreció á la mano el que buscaba.

Cierta noche que se representaba una comedia nueva y era grande la concurrencia, el corregidor se presentó con su esposa en el palco, y, como era de rito, todos los asistentes se descubrieron en señal de acatamiento á la representación real. Sólo uno permaneció cubierto é indiferente, D. Alvaro de Torres. Pronto la mirada de la corregidora buscó al hidalgo. Verle cubierto y en actitud que su rencor juzgó de escarnio hácia ella y acudir á su mente un proyecto horrible, fué obra de un momento. Vió cumplida su venganza.

Serena, en posesión completa de sí misma, la que había sabido no precipitarse en la ejecución de sus planes, la que había acechado por tanto tiempo una ocasión, no dejó pasar aquella que así se le proporcionaba. Inclínose hácia su esposo como para hacerle alguna indicación ó pregunta, y le mostró al hidalgo cubierto y en ademán que, intencionada ó

inocentemente, aparentaba ser despreciativo. Ya se sabe lo que era el corregidor, y hasta qué punto rayaban su vanidad y su violencia. Miró á donde le indicaba, y súbito arranque de cólera le acometió, viéndole al momento su esposa en el estado que deseaba, en el paroxismo de la ira.

Pronto bajó un alguacil á ordenar al hidalgo que se presentara en el aposento ó palco del corregidor; pero aun aquellos breves momentos los empleó la vileza de aquella mujer en lanzar al oído de su esposo, cual envenenados dardos, algunos sarcasmos que exacerbaban más y más su ciega ira.

Presentóse D. Alvaro en el palco, atropellándose en su mente mil dudas acerca del motivo de aquel llamamiento. Duro, desabrido, insultante el corregidor, echó en cara entre amenazas al sorprendido hidalgo la falta que había cometido. Este rechazó la imputación con dignidad y las amenazas con altivez, pues ni su condicion ni su carácter le permitían soportarlas.

Acaloróse el diálogo, de las razones pasaron á los dictorios, y las miradas del hidalgo, puestas casualmente en el rostro de la corregidora, le mostraron en la diabólica sonrisa que vió dibujada en sus labios la causa de todo aquello. Una palabra irreflexiva, inspirada por la consideración súbita de lo que era aquel hombre en manos de tan liviana mujer, salió de los labios de D. Alvaro, hiriendo en lo más vivo de su honor á D. Pedro. A su voz acudieron los corchetes, y entre ellos marchó el arrebatado mancebo á la cárcel de los hidalgos.

A la mañana siguiente un rumor siniestro comenzó á correr por calles, plazuelas y conventos. Decíase que aquella madrugada había recibido muerte horrible é infamante entre las paredes de un calabozo D. Alvaro de Torres.

Añádase que el corregidor había llevado su crueldad hasta privarle de los auxilios de la religión y que había muerto valientemente, protestando de su inocencia.

Nadie quería creerlo, pues se le había visto la víspera tranquilo y contento, y se sabia que era incapaz de cometer tan gran delito, como suponía aquel suplicio.

Pronto, sin embargo, cesaron aquella sorpresa y aquella duda. El hecho era cierto, evidente: D. Alvaro había sido agarrado, en cumplimiento de una sentencia del corregidor, como reo de lesa majestad. Entónces recordaron algunos que había sido llamado por D. Pedro á su aposento; otros que lo habían visto sostener con éste acalorado diálogo, y las gentes de la puerta que salió del teatro entre corchetes.

De lo que á nadie fué dado alcanzar la menor noticia fué de la escena entre el corregidor y su esposa al regresar del teatro; pero los antecedentes del asunto nos llevan como de la mano al conocimiento lógico de lo que debió acontecer entre ambos consortes. Aquella malvada excitó á la vez todas las pasiones, todos los afectos, todas las flaquezas de D. Pedro hasta conducirle á la demencia, que no de otra suerte pudo condenar al desgraciado D. Alvaro á perecer miserablemente á las seis horas de haberle preso.

La familia de los Torres se hallaba enlazada con casi todos los linajes nobles de la ciudad y contaba muchos deudos y amigos. Entre el pueblo gozaban de gran estimación por los servicios que le habían prestado en épocas calamitosas. Todos á una voz, grandes y pequeños, pedían indignados terrible y pronto castigo del horrendo crimen. Torres, Laras y Sandoval se concertaban para ejecutarlo, tan pronto y tan terrible como habían sido la sentencia y su ejecución; pero á todos se impuso doña Sancha de Lara, tía del desgraciado D. Alvaro, al que amaba con afecto maternal. Ella se encargaba del castigo del corregidor y de cuantos habían participado en aquel crimen. Conocían su varonil energía, su actividad y su talento, y sin vacilar le otorgaron la dirección de aquella venganza, sabiendo que la fiaban á manos seguras. Aceptada por todos la dirección de doña Sancha, buscó ésta dineros, de que á la sazón carecía, preparó en breves momentos los medios de caminar rápidamente hasta Madrid, empresa muy árdua en aquellos tiempos, y á las pocas horas de la muerte de su sobrino, volaba hácia la corte en alas de la venganza.

La etiqueta famosa de la casa de Austria, que hacía imposible toda comunicación entre el rey y sus vasallos, y más que la etiqueta, la muralla que privados y palacios levantaban en su derredor, cuidando vigilantes de hacerla impenetrable para mantener en secuestro al soberano, dificultaban, casi hasta imposibilitarlo, el proyecto de doña Sancha. Su ánimo entero no desmayó, ni le faltó el ingenio ni el favor para abrirse una tras otra tantas puertas y llegar hasta el monarca.

Es la voz del corazón elocuente sobre todas, y suele comunicar á quien la oye el sentimiento que expresa. Parece como que el espíritu del que habla se pasa al espíritu del que oye.

Manifestábase á veces la sangre de Carlos V en su tercer descendiente por súbito fervor, que pronto hacían descender aquellos cortesanos que lo envilecían. Felipe IV oyó la cuita de doña Sancha, y pronto noble indignación le inflamó, prometiéndole tal justicia como no se había visto desde los tiempos de Don Pedro I de Castilla. Pidióle incontinenti doña Sancha el inmediato nombramiento de un juez inflexible, si lo había en España. Cuando salió de la cámara real ya había recibido un consejero comisionado real y secreta para procesar y condenar á D. Pedro, como aquél lo había hecho con D. Alvaro, y antes que reposara en su estancia la noble matrona, partía el juez, al cual había comunicado su ardor, su indignación y su sed de justicia inexorable.

Hubiera partido gustosa doña Sancha para que no se detuviera un punto la sustanciación de la causa, ni á nadie traspasara lo que ocurría, perosabia lo que era la corte y se decidió á quedar como vigilante atalaya, y dispuesta á deshacer cualquier trama que se opusiera á sus planes.

Quando el juez real llegó á Málaga, llegaron con él las instrucciones de doña Sancha á sus parientes, los cuales le facilitaron cuantos medios hubo menester aquél en medio

del secreto de sus diligencias para comprobar el crimen de D. Pedro de Olavarría.

Inquieto este ante la tranquilidad sospechosa en que veía á los parientes de D. Alvaro, y conociendo que aquel estado no era propio de su índole fiera y de su costumbre de fiarlo todo á sus manos, comenzó á recelar que algo tramaban, y que ese algo debía ser cosa récia. Escribió á sus amigos de la corte, y aún mandó personas de su confianza que rastrearán lo que ocurría, tantearán á los ministros en caso necesario y obrarán con actividad con arreglo á las circunstancias. Comprendía por instinto que amenazaba su cabeza una gran tormenta, y se preparaba á resistirla.

Con reserva impenetrable, y con una rapidez que hoy mismo nos asombraría, instruyó el juez real el proceso de don Pedro de Olavarría, al que condenó á la misma muerte que había dado á D. Alvaro, á garrote; pero en lugar público y con solemnidad ejemplar, remitiéndose la sentencia al rey, que la aprobó en todas sus partes, y nombró en su reemplazo al marqués de Poza.

Fresca aún la tinta con que la firmara, arrancada casi de sus manos por la diligente doña Sancha, un mensajero fiel llevó á Málaga en tan breve tiempo como fué posible la aprobación real.

Cuando los amigos y agentes de D. Pedro supieron lo que pasaba, la corte toda, el valido y los favoritos de segunda fila dieron sobre el ánimo del débil monarca, más inclinado á la flaqueza que al rigor, y lograron apagar aquel noble fuego que antes lo inflamara. El misero espíritu de Felipe IV se agitaba en una atmósfera de frivolidades, impropia para inspirarle actos de vigor real que interrumpieran aquel grato vivir, y accedió á revocar la sentencia para escapar á aquella presión y gozar tranquilo de sus placeres.

Creyeron los agentes de D. Pedro que habían vencido, y que una vez más el favoritismo y la venalidad habían sujetado á la justicia, y enviaron luego un mensajero á Málaga portador de la buena nueva para D. Pedro, que ya era sabedor de su suerte.

Era tarde. El de doña Sancha había puesto buena distancia entre la sentencia y el perdón.

Si grande fué el estupor que causó entre la nobleza y el pueblo de Málaga la noticia del suplicio de D. Alvaro de Torres, no fué menor el que produjo pocos meses después el ver los aprestos del cadalso en la Plaza Mayor, y el saber que el reo que iba á ser ajusticiado era nada menos que D. Pedro de Olavarría.

La justicia se cumplió expiando D. Pedro en vil garrote su crimen, y con él lo expiaron también otros cinco, el escribano, el alguacil, el alcaide de la cárcel, el verdugo y su ayudante. Pero el mayor criminal, aquella infame mujer, no entregó su cabeza á la ley, que, siempre ciega, sólo vió el crimen en el misero corregidor.

No existen pruebas materiales de que con D. Pedro de Olavarría fuesen también ajusticiados los otros cinco, pero las cabezas que mandó poner doña Sancha en la fachada de su casa, son testimonio en apoyo de la tradición. Su mismo testamento, instituyendo misas por el alma del corregidor, que tan gran pesar me dió, decía, sin mencionar á los otros, parece contradecir la tradición en este punto, pero teniendo en cuenta las ideas de la época que no cambiaban ni ante la tumba, y además que aquellos perecían por su propia responsabilidad y participación indirecta en el asesinato de su sobrino, sin gestión ninguna por su parte para que fuesen castigados, se comprende que no los nombrara en su testamento. La tradición se mantiene desde aquella época y nada la contradice.

La casa de Doña Sancha de Lara se ha llamado siempre la casa de las siete cabezas, y siempre se ha relacionado este nombre y estas efigies con las de las justicias que mandó hacer Don Felipe IV, por la muerte de D. Alvaro de Torres.

José ANCHORENA.

ESTUDIOS SOBRE BIOLOGIA SOCIAL.

EL MUNICIPIO.

I

¿Es el municipio verdadero órgano, víscera esencial y necesaria del cuerpo social? «Los hombres hacen y deshacen reinos y repúblicas: el municipio parece que ha salido directamente de las manos de Dios.» Esto, que Tocqueville ha dicho tratando de la comuna anglo-americana, y que ha repetido Herculano al historiar el *concejo* y *ayuntamiento* de la península ibérica, encierra una gran verdad. Foco de acción, añade aquél, comparable á uno de los centros nerviosos que imprimen movimiento al cuerpo humano, el municipio preside á un orden especial de funciones esenciales y vitalísimas del cuerpo social.

Comenzando en unas partes por simple *ranchería* ó *aduar*: formando allá *tribu*, acá *burgo* ó *aldea*, para llegar á ser, andando los tiempos y mejorando las condiciones, la *ciudad*; luego el municipio, entre nosotros el *concejo* y *ayuntamiento*, la comunidad, es de todas partes y de siempre. Donde quiera que hubo hombres, tras de la familia vino el municipio. Centros de evolución necesarios, la familia y el municipio se forman naturalmente y se desarrollan por sí mismos. Es esto tan cierto, que aun en el período más embrionario de esa decantada raza, que se dice refractaria á la unidad, de esa raza á cuya idiosincrasia salvaje han conferido los Thierry y los Laurent el honroso privilegio de convertirla en arca santa del individualismo en moda; esa misma raza, decimos, en su edad más agreste, rindió culto á la familia, y bosquejó el municipio en el *burgo* y hasta en la *ciudad*. «*Vicos locant, non in nostrum morem, connexis et coherentibus ceditiis*» dice Tácito; y en otro lugar añade: «*Mos est civitatibus ultro at viritim conferre principibus, vel armentorum, vel frugum...*» Y más adelante: «*Definitur et numerus: centeni ex singulis pagis sunt.*» Enhorabuena que esos *burgos*, no de otro modo que los *aduares* árabes, estén formados todavía de elementos groseros; pero así y todo, ¿quién duda que ellos fueron el embrión de la ciudad greco-fenicia y del municipio romano? ¿Quién duda que así comenzó el concejo de la Edad Media, para ser la comuna ó ayuntamiento de nuestra edad?

En medio de la anti-social y anti-humanitaria doctrina de las castas, la India ha logrado sobrevivir á aquella deletérea influencia, y á las depredaciones y asolamientos de sus invasores y dominadores, merced á aquella institución, tan antigua como la misma India. El burgo, la aldea, el municipio indico, ha permanecido allí en medio de las ruinas que á su alrededor amontonaban los siglos; y el carro devastador y sangriento de los conquistadores pasó cien veces por aquel hermoso cuanto desgraciado país, dejando en pie la institución: gracias á lo cual la India subsiste. ¡Tan natural es, y tan vital y tan fuerte ese centro de acción y de vida social!

En épocas de paz y de tranquilo desarrollo, pero todavía más en períodos de perturbación y de guerra y de general quebranto, en que el hombre, convertido en enemigo del hombre, amenaza concluir, no sólo con los vencidos, sino con la tierra que le sustenta, la familia y el burgo, el hogar y el municipio, son los salvadores de la humanidad; únicos asilos de la desgracia, refugios de la virtud paciente, y de los dolores sin nombre que va sembrando la embriaguez del vencedor, la familia y el municipio son el arca santa donde se guarecen los *Lares* y *Penates*, las ideas de sociabilidad y los sentimientos de amor. Allí se oculta al fugitivo, se cura al herido, se reparte con el hambriento el pedazo de pan que pudo sustraerse á la devastación y al incendio. Allí anidan los recuerdos, las tradiciones, la historia; allí se cobija y se guarda el santo fuego del amor al país, y á cuanto está identificado con él: allí está la patria.

II

La historia del municipio sería la historia del grado de libertad y de prosperidad que han disfrutado los pueblos. La embriología, los desarrollos, los progresos, el crecimiento y la vitalidad de aquel órgano social nos darían á conocer exactamente, en sus más características síntomas y en sus más íntimas manifestaciones, la vida del cuerpo social. Y no es que exista siempre la libertad en todo cuerpo de nación donde exista el burgo, ó el comun de vecinos: el municipio existiendo *aborigine*, puede estacionarse en cualquiera de los períodos embrionarios. Puede también haberse desarrollado, pero haber sido cohibido y aun atrofiado por un poder centralizador y absorbente. La comuna ó burgo, dice Tocqueville, se compone de elementos rudos que con frecuencia se oponen á la acción del legislador.

Entre todas las libertades, añade aquel escritor, la municipal se funda y se conserva con dificultad: es la más susceptible, y es también la que más se presta á las invasiones del poder. Entregada á sí misma la institución municipal no podría luchar ventajosamente contra un Gobierno fuerte y emprendedor. Para defenderse con buen éxito es preciso que haya adquirido todo su desarrollo y que se haya encarnado en las ideas, en los sentimientos y en los hábitos nacionales. Así es, que mientras la libertad municipal no haya entrado en las costumbres es fácil destruirla; y sólo puede entrar en las costumbres después de haber subsistido mucho tiempo en las leyes.

Si estas atinadísimas observaciones no estuvieran sacadas de la misma historia, ellas solas bastarían para explicar la del municipio. Ellas dicen, en efecto, por qué se estacionó en su estado embrionario el de la India, del cual es un fiel trasunto el de los pueblos slavos, lleno de fecundante savia, pero contenido en su desarrollo por los poderes opresores, más aún que por la rudeza de sus elementos constitutivos. Ellas explican el admirable desarrollo y la pujanza portentosa de la *ciudad* fenicia y griega y del *municipio* romano. Ellas, en fin, nos dan la clave de las vicisitudes porque pasó en la Edad Media la *comunidad*, para llegar á ser en unas partes, el concejo ó ayuntamiento, elemento poderosísimo de las monarquías ibéricas desde el siglo XI hasta el XVI, y en otras partes el fuerte municipio, convertido en repúblicas anseáticas ó italianas. Y si quisiéramos saber, cómo y por qué murieron estas últimas, cómo y por qué aquellos otros quedaron reducidos á mera sombra, las propias observaciones de Tocqueville nos lo explicarían en gran parte.

No es nuestro intento hacer historia: mas para determinar la importancia del Municipio como parte integrante del organismo social, no está fuera de propósito consignar este hecho que la historia demuestra: sólo han crecido, prosperado y cumplido altos destinos en el mundo aquellas naciones donde el Municipio ha tenido vida robusta, vida propia; donde la institución ha tenido vigor para resistir y sobreponerse á toda clase de obstáculos y contrariedades. Allí donde no ha logrado desenvolverse, detenido en sus primeros momentos de evolución por fuerzas opresoras y

absorbentes, ha sucedido lo que en la India asiática y lo que sucedió al descomponerse y extinguirse el imperio romano; el municipio se ocultó tras las apacibles tareas de la agricultura y del pastoreo, en lo más agreste y recóndito de cada país, empequeñeciendo cada vez más, con sus elementos de vida, sus aspiraciones y su esfera de acción. Los respectivos países fueron sucesivamente presa de los mil y mil coronados bandoleros que pasearon el carro de su ambición desenfrenada por entre ruinas y charcos de sangre humana. La verdadera nación desaparecía, ó dejaba de ser; pero el elemento alveolar se conservaba al calor del materno seno. ¡Cuántas de las modernas naciones europeas surgieron, andando los tiempos, de aquellas crisálidas entumecidas por espacio de siglos! Restos del potente municipio romano fué ayer cuando volvían á la vida los pueblos de los Principados danubianos. Y hoy mismo, al amparo de la Rusia, desarrolla sus gérmenes de poderosa nación la Rumanía.

III

Porque no es cierto—y esto hemos de decirlo solamente de pasada—que la marcha de la humanidad sea un progreso continuo y no interrumpido, como pretende el determinismo semi-fatalista de los Thierry y los Laurent. Los pueblos, como los individuos, tienen caídas, y no siempre se levantan de ellas, desenvuelven ó inutilizan sus cualidades y sus dotes, cumplen su misión ó faltan á ella, según se les educa y según las circunstancias que les rodean. Cuando, merced al estremecimiento universal que produjo la caída del imperio y á la sacudida violenta que causó la avalancha del Norte, desplegó su fuerza latente el elemento municipal en Europa, ¿quién duda que, si hubiera sido auxiliado por condiciones interiores y exteriores, los días que alcanzamos se habrían anticipado siglos hace? ¿Quién duda que no habría presenciado el mundo catástrofes tan horribles como las que ha sufrido; y que las generaciones actuales estarían ya en posesión de lo que ahora sólo ven en lontananza y como casi utópico *desideratum*?

Pero el alveolo social, al desenvolverse, tuvo que luchar, no tan sólo con la rudeza de unos elementos y la corrupción de los otros, sino con la división y hostilidad de razas, de costumbres, de culturas, y lo que es más, tuvo que luchar con esa tendencia anti-social que se cree peculiar de la raza germánica, y que tanto se viene decantando con el título sacramental de *individualismo*. Y ya que la gran palabra nos sale al paso, examinémosla sin pasión, y veamos si es todo verdad lo que encierra, ó si hay en esa especie de apotegma algo y aun algo de artificioso y de banal.

Cuando las voces *individualismo* y *germanismo* se confunden en una para denotar lo que unas veces se llama *elemento*, y otras *principio individualista*; principio que, efectivamente, informa el presente momento histórico de nuestro estado social, se cometen, á nuestro modo de ver, dos capitales errores: uno, el de no distinguir lo que es un *principio*, ó una *idea*, verdadera ó falsa, de lo que es un *sentimiento*, más ó menos generalizado en un pueblo ó en una raza. Otro error es el de atribuir exclusivamente á la raza germánica el general y predominante sentimiento de fiera independencia, de altivez personal, que odia la sujeción, que raya en la indisciplina, que busca el aislamiento por amor á la libertad.

No, el sentimiento no es la idea. El sentimiento, por generalizado que estuviere, por más que llegara á constituir el carácter peculiar de una raza ó de un pueblo, no alcanzaría á más que á informar la vida, las costumbres, el modo de ser, y si se quiere, la legislación y las instituciones de aquel pueblo ó de aquella raza. Pero la idea, el principio, ya es otra cosa: entra en el dominio de la ciencia, en lo que constituye el elemento racional ó intelectual de la sociedad, y puede encarnar, por consiguiente, en las instituciones, en la organización social, en el modo de ser de muchos pueblos y de distintas razas.

Y así ha sucedido, en efecto, con el principio del individualismo, que no tiene de germánico más que lo que tiene de protestante. El individualismo, como principio, es más antiguo que la Reforma; pero tomó incremento y autoridad y fuerza incontrastable con la protesta de Lutero. Todos cuantos escritores, ya en el terreno de la filosofía, ya en el de la religión, ó ya en el de la política, habian tratado de poner correctivo al principio absoluto de autoridad, invocando la razón, todos han contribuido á levantar el principio del individualismo, y á darle nombre y prestigio. Todo absolutismo provoca necesariamente, más pronto ó más tarde, una protesta en nombre de su contrario, el cual, logrado el triunfo, se hace á su vez absoluto y exclusivo. La protesta y la empeñada lucha del principio individualista contra el principio de autoridad, han sido de larga fecha y de no corta duración. Cuenta aquel entre sus campeones nombres ilustres, filósofos como Bacon y como Vives, teólogos como Abelardo, jurisconsultos como Hotman y Languet, críticos como Rabelais y Montaigne, formidable serie de astros, que han iluminado el mundo moderno, y que no se interrumpe, porque antes de Voltaire brilló Montesquieu, y después de ellos Benjamin Constant, que han dejado esplendorosa pleyade de sucesores. Pero con eso y con todo, hay que confesar que el triunfo y el arraigo del individualismo, como principio, le ha dado la Reforma.

Las páginas de la historia y los progresos realizados de que dá testimonio la creciente cultura y prosperidad de la Europa, demuestran con irresistible evidencia que uno y otro principio, *el de autoridad y el individualista*, han producido á su vez beneficios inmensos y realizado maravillosas empresas, lo cual quiere decir, que uno y otro entrañan respectivamente un gran fondo de verdad y tienen una importancia de primer orden para la sociedad. Pero, como de otra parte, nada es más fácil de demostrar, también con la historia en la mano, y con hechos á la vista, que uno y otro principio, en su exclusiva y semi absoluta dominación, han producido males sin cuento en el mundo: opresión, explotaciones horribles, desórdenes enormes, iniquidades sin nombre... la razón, de acuerdo con la experiencia, nos llevan á deducir lógicamente: *Primero*; que el exclusivismo ó siquiera el predominio de uno de los dos principios es siempre funesto. *Segundo*; que no está en ninguno de ellos aisladamente y en absoluto la clave, el resorte, la piedra angular de la constitución natural del hombre. Y *tercero*; que no hay necesidad de imaginar un tercer principio, ni aun el de la *fraternidad*, como ha hecho L. Blanc, para encontrar aquella clave: el problema se resuelve sencillamente con armonizar y concordar dentro de la condición *una y múltiple* del hombre los dos principios, los dos elementos—individual y social,—que así como constituyen y explican el hombre, informan y constituyen la nación ó el Estado. Dejando ahora para lugar más oportuno la ampliación de estas deducciones y pruebas, demostremos el segundo error, el de atribuir exclusivamente á la raza germánica el sentimiento individualista.

IV

Si se examinan con atención los rasgos característicos, las cualidades que más sobresalen en los pueblos de raza germánica, se verá que les distinguen de los pueblos latinos la tenacidad, la constancia, algo de confianza en sí mismos, pero de ninguna manera el amor á la independencia y ménos aún el sentimiento de dignidad personal, sentimiento refractario á toda sujeción y á todo yugo. Léjos de esto, por la fiel pintura que nos hizo Tácito y por lo que desde entonces viene comprobando la historia, se vé que el germano se supedita, se liga, se somete con facilidad á otro hombre, con igual facilidad que al yugo de la ley. Un escritor moderno, Schloozers, califica esa cualidad de *sumisión canina*. La pasión del juego, decía Tácito, les domina hasta tal punto que juegan, cuanto otra cosa no tienen, *su persona y su libertad*. Si pierden, *aceptan la esclavitud, y se dejan atar y se dejan vender*. Esto es característico. Pero, ¿quién puede decir, que eso revele «el sentimiento noble de independencia individual, ese placer de sentirse hombres, ese apego á ser libres, ese orgullo de comprender toda su dignidad personal,» que tan poética como generosamente les han atribuido Thierry, Mr. Guizot y todos cuantos gustan repetir las frases en moda y comulgan en las palabras del maestro? También es característico aquello de someterse, no á un jefe autorizado, sino á un *bravo*, y como si dijéramos á un capitán de bandoleros, que les proveía de caballo y armas, para vivir sobre el país, merodeando y embriagándose después: «*nam epulce, et quamquam incompti, largi tamen apparatus pro stipendio cedunt*,» dice Tácito: «*materia munificentiae per bella et raptus*.» Y Mr. Guizot dice bien: «Jamás se vió en las antiguas repúblicas un hombre que se diera, que se ligara espontáneamente á otro hombre: todos se hallaban allí consagrados á la *comunidad*.»

Consulte cada cual su conciencia y su razón, prescindiendo de afecciones, de parentesco, de opiniones y prejuicios, y no le costará gran esfuerzo el comprender, aunque le cueste trabajo el declarar, que no es en aquel rasgo característico del germano donde se puede ver ni la dignidad, ni la independencia personal: no, tales rasgos revelarán todo, ménos sentimientos nobles de altivez y de orgullo de ser libres, de poseerse á sí mismos, de ser dueños de sí mismos, ni moral, ni materialmente. ¿Cómo miraba Tácito aquellos hábitos y propensiones, aquellos rasgos característicos de los germanos? Ni más ni ménos que como nosotros hemos mirado los rasgos, propensiones y hábitos parecidos de los indios de América y de la Oceanía: con desden, mezclado de compasión. Y no se engañaba tanto. ¿Qué produjo la invasión y el triunfo de los germanos en Europa? La anarquía social y el bandolerismo erigido en sistema de Gobierno, con todas sus horribles y desastrosas consecuencias: que no otra cosa fué el *feudalismo*, tan poetizado por Thierry y tan caprichosamente pintado por Laurent.

Verdadera pasión por la independencia personal tenía el *árabe*; amor á la libertad individual, llevado hasta el grado de fiereza, tenían el *eúskaro* y el *celtibero*, y á nadie se le ha ocurrido atribuir á los árabes ni á los vascones ni á los celtas el carácter individualista que reviste la sociedad moderna. ¿Pues á título de qué ha de ser el *germanismo* causa única y origen exclusivo de ese fenómeno? No; el sentimiento de fiera independencia, de dignidad personal, de apasionado amor á la libertad, no sólo no es exclusivo del germano, sino que no es suyo. De allí ha podido venir y vino en efecto, el *feudalismo*, la *barbarie* y la *anarquía feudal*; pero el carácter individualista, en el sentido noble y trascendental de esta idea, que reviste la civi-

lización moderna, no viene de allí, digan lo que quieran en contra de esto los Thierry, los Guizot y los Laurent.

Ese fenómeno es complejo y sus causas son varias y muy distintas de las que las corrientes de la época han convertido en doctrina axiomática. Sin duda que es una de aquellas causas la *barbarie*; pero no en el sentido que le atribuyen los escritores citados. Su influjo estuvo muy distante de ser moral; fué material, rudo y grosero. El influjo enaltecedor del individualismo, el que, para usar las frases de Guizot, deriva todo su poder de la parte superior del hombre y de su naturaleza moral... ese influjo fué peculiar de la idea cristiana en primer término; y en segundo término, de los progresos de la ciencia, de la filosofía y de la cultura intelectual á cuyos progresos contribuyeron tanto los árabes.

En efecto, «el placer de sentirse hombres, el orgullo noble de comprender el hombre toda su dignidad, el sentirse dueño de sí é inviolable en su conciencia,» digan lo que quieran los Guizot y los Laurent, no es obra de aquella ruda *barbarie*, que jugaba su libertad y su persona á los dados, y que se hacía matar, no por una idea, no por una causa, sino por un hombre. Aquel placer, aquel orgullo, aquel noble sentimiento, sólo pueden nacer de un elevado origen: son arranques del espíritu, arrobamientos del alma, capaces de labrar hasta el hombre más rudo, y de irle poco á poco transformando, de bárbaro y semi-bestia, en verdadero hombre, en ser autónomo, en persona jurídica: obra lenta y dificultosa, por la rudeza de unos elementos y la podredumbre de los otros, en aquellos tiempos; pero obra, al fin, de la idea cristiana y de los recuerdos históricos y del trabajo filosófico.

Y la prueba irrefragable de esta verdad, nos la dan aquellos mismos escritores, al atribuir á la reforma el predominio del elemento individualista en la civilización moderna. Es así en efecto: sólo que la Reforma influyó en dos conceptos: influyó por su carácter racionalista, é influyó también por su carácter cristiano, puesto que tendía á vigorizar el sentimiento y la idea de elevación y de dignidad personal, el sentimiento de la igualdad ante Dios, y por consiguiente, la idea de emancipación y de inviolabilidad de la conciencia.

Volvamos ahora al municipio, y veremos que no ha sido inoportuna esta digresión.

V

Municipalismo é individualismo parecen términos antitéticos. ¿Han sido una protesta, ó por lo ménos un correctivo, uno respecto del otro, esos dos elementos? ¿Hay lucha entre ellos? Así lo parece en la historia moderna. Por eso niegan muchos que el municipio sea órgano social necesario; seculares á *outrance* del individualismo, pretenden que la edad antigua le desconoció. Conviene ver lo que hay de verdad en el fondo de esas cuestiones. Así sabremos qué es el municipio, qué ha sido y qué debe ser.

Quizá en ningún país se ha definido mejor que en España el municipio, con sólo darle el nombre de *ayuntamiento ó comun de vecinos*. Asociación de todos los que viven constantemente dentro de una demarcación de territorio, para todo lo que es de interés común: participación igual en los beneficios y en las cargas de la colectividad; sumisión á las mismas leyes, goce de los mismos derechos y cumplimiento de iguales deberes: mutualidad de servicios y alternativa de cargos; esto, todo esto debiera ser un municipio: «*divini et humani juris communicatio*»—que decía un jurisculto romano. Pero, ¿lo ha sido alguna vez? ¿Lo es hoy en alguna parte?

Los antiguos conocieron la *ciudad* y conocieron el *municipio*: es verdad. Pero aparte de la esclavitud conocieron además *las mayores y las menores gentes*: «*DII MAJORUM GENTIUM: DII MINORUM GENTIUM*.» Conocieron y sufrieron el pesado yugo de los héroes, de las familias heroicas, *ἀριστοί* en Grecia, *quirites* en Roma. ¿No era aquel un individualismo harto pronunciado? ¿No era tan absorbente y tan despótico, en su fiero y altivo individualismo, como el de los señores feudales, el predominio de los *Heráclidas* y el de los *Quirites*? ¿Qué sufrieron los *servi glebae*, los *solariegos* y los *vasallos* de la Edad Media, que antes no hubieran sufrido los *servidores*, las *gentes menores*, la *muchedumbre*, los *plebeyos*? Las ciudades antiguas las formaron los héroes; *ἀριστοί*, *optimates*, *quirites*, *patricios*: verdad es que abrieron asilos á los extranjeros, á las muchedumbres, á la plebe; pero no para compartir con ellos el derecho divino ni humano: *los auspicios*, y *las fórmulas jurídicas* y el *privilegio del matrimonio* mantuvieron á aquellos señores feudales en la exclusiva posesión del poder. Quiso la plebe participar de éste, gozar del *connivium patrum*, del derecho de ciudad: aspiró á la comunidad del derecho; y se empeñaron en todas partes para ello luchas terribles, que duraron más ó ménos tiempo, según las circunstancias de lugares, de cosas y personas. ¿Acaso fué otra la lucha de nuestros plebeyos durante la Edad Media? ¿Tenían otro objeto las *hermandades*, los *gremios*, las *germantas*? Seguramente que no. Mudan los nombres y algunas circunstancias de lugar y de tiempos, y tendreis reproducidos los mismos dramas y hasta las mismas escenas.

¿Qué fué el movimiento comunal iniciado en el siglo XI y continuado en los dos siguientes? Aquel movimiento fué especial, fué la lucha armada contra el feudalismo, fué la lucha eterna del pueblo,

para conquistar la igualdad ante el derecho, el «*divini et humani juris communicatio*,» la comunidad, el concejo, el verdadero municipio, la comuna de la Nueva Inglaterra, de que nos habla con tanto encomio Tocqueville.

El municipio romano, aun cuando estenuado y desfiguradísimo, subsistió, es cierto, á la caída del Imperio, y sobrenadaron de tal modo sus vestigios que se encuentran por todas partes: en el Breviario de Theodosio, en el mismo Fuero Juzgo, en las medallas, en infinitos otros monumentos. En la época más calamitosa, los régulos de la Mauritania se consideraban honradísimos con el título de *duumviros* de la Ciudad de Gadex.

«El municipalismo, dice A. Herculano, ese principio vivificador, esa piedra angular del Estado, que no obstante haber sido removida en su base, y mutilada, y convertida en instrumento de opresión por el despotismo imperial, resistió á la disolución política y social del Imperio, no tan sólo sobrevivió á la invasión, sino que adquirió, en cierto modo, nueva importancia bajo la dominación de los bárbaros.»

Ese hecho es incuestionable. Pero aquel mismo municipio romano de los buenos tiempos, ¿era acaso la verdadera *Comun de vecinos*? No: amén de la esclavitud, existían allí los *capite censi*, los que después se denominaron *privati*, plebeyos, que no eran ciudadanos, que no gozaban del *optimo jure*, que no eran electores ni elegibles, que no tenían derechos políticos, que carecían de lo que los romanos llamaban *suffragium et honores*. Después, en tiempos del Imperio, el municipio le constituían los *decuriones*. Sin duda que los *decuriones* no eran ya aquellos antiguos *quirites*, aquellos graves patricios que sentados en sus sillars curules en el foro romano, se dejaban matar por no sentir que los bárbaros soldados de Breno les mesaran las barbas: pero significaban todavía el privilegio, un individualismo, que si no era ya el de los héroes—*ἀριστοί*, *quirites*—es decir, el de los señores feudales, era igual al de los burgueses, sucesores de aquellos *caballeros* que quisieron suplantar á la aristocracia patricia en Roma.

Véase, pues, cómo los tiempos nuevos son fiel remedo de los antiguos, y cómo estos entrañan los germenos que se desenvuelven en el porvenir. Véase cómo lo que hoy se llama *individualismo*, ese sentimiento exaltado del propio mérito, del propio valer, de dignidad personal por el poderío ó el elevado origen, sentimiento que conduce al privilegio, al monopolio de la soberanía y del mando, no es peculiar de los Bárbaros que salieron de las nieblas y bosques del Norte, es de todos tiempos y lugares. Ese mismo sentimiento explica las proezas y los actos vandálicos, la independencia y el predominio de los antiguos héroes: como también el *derecho quiritaro* de los *optimates*, de los patricios; y ese mismo sentimiento explica más adelante las pretensiones de los *caballeros*.

¿Quiere esto decir, que los tiempos y los acontecimientos se reproduzcan sin variación alguna, y que la humanidad gire fatalmente dentro del círculo trazado por el insigne autor de la *Ciencia Nueva*? No por cierto: los tiempos y los sucesos han variado: las sociedades modernas, y por consiguiente el Estado y sus demás órganos ó centros de vida social han salido de los moldes en que se vaciaban las sociedades antiguas: ó mejor dicho, esos moldes se han ensanchado grandísimamente. ¿Pero es eso debido á los bárbaros? No; porque los hubo siempre. ¿Es debido á los héroes germanos, altivos y fieramente independientes? Ménos aún; porque la antigüedad se modeló también por la acción y el influjo de héroes semejantes. La diferencia cardinal de los modernos tiempos y de la civilización moderna es debida á las ideas: es debida á que el mundo se ha *humanizado*: sí, la sociedad moderna es mucho más espiritual que las antiguas. ¿Y á qué ó á quién se debe, en primer término, esa obra lenta, pero constante y segura de humanización? ¿A quien es debido este espiritualismo que viene infiltrándose en la sociedad y que haciéndola cada vez más humana la caracteriza y la distingue tan profunda y esencialmente de la antigua? Se debe á la idea cristiana, á la doctrina espiritual del Cristo. Protesta y correctivo del materialismo en que se degradaba y se envilecía bestialmente la sociedad antigua, esa doctrina, emancipando la conciencia, salvó la humanidad y llegará á emancipar al hombre.

Que esa doctrina ha sido muchas veces mal interpretada: que se ha abusado de ella: que se ha pretendido y se pretende hacer de ella letra muerta: que han sido necesarios los esfuerzos de los creyentes y hasta los de los incrédulos,—sectas, protestas, luchas formidables, trabajos de crítica, ariete revolucionario,—para ir inoculando en la sociedad el espíritu de vida de aquella doctrina... ¿quién lo duda?... Pero ese espíritu es el que informa á las modernas sociedades, y el que se acentúa en ellas cada vez con más fuerza. ¿Queréis hacer colaboradores de esa obra secular á los filósofos? Enhorabuena; mas, ¿por qué no á los políticos? ¿Por qué no á los poetas, y á los novelistas, y á los críticos? ¿Por qué no á las artes, á la industria y al comercio? Todos han venido cooperando; y todos continúan por varios caminos la gran obra de humanización; pero todos al calor del ideal cristiano, al calor vital de esa espiritual doctrina de amor y de abnegación, que humillando enaltece, y que humanizando redime al hombre.

T. RODRIGUEZ PINILLA.

invocación á las fuerzas sobrenaturales en los sacrificios consagrados á Neptuno antes de zarpar; la fortuna, acorriendo al naufragio y salvándolo del naufragio, en Ino; las playas amigas y hospitalarias en Nausicaá; las playas bravías é inhospitalarias en Polifemo; los innumerables lazos tendidos por las ondas á los marinos en las seductoras sirenas, coronadas de algas y de espumas; los escollos de hermoso aspecto y de traidoras celadas en la mágica Circe; y el trabajo marítimo se heroseará en la poesía, como puede herosearse un verdadero ingenio todas nuestras invenciones; la reluctante punta de platino en comunicación con cadena, cuyos eslabones entierran en los abismos del planeta los rayos engendrados en los abismos del cielo, el globo aerostático ascendido á las alturas como para dar al hombre alas semejantes á las del águila y alzarlo donde no se alcanzan las más voladoras aves; la redomilla encantada, guardando líquido metal, sensible, á manera de aterciopelado pétalo, á los amorosos besos del calor; la fuerza contenida en las nieblas en los vapores levantados por la aurora entre las florestas y los valles, fuerza tan ténue á primera vista, capaz de vencer las olas y los huracanes, suprimiendo las distancias y arrastrando en pos de sí naves y carros, conducidos, como aquellos de las divinidades antiguas, por majestuosas nubes; la retorta, donde se encuentra algo vencedor del oro, llamas en el agua, esencias en el aire, elementos en los antiguos elementos; la chispa portadora de una virtud plástica, tal que esculpe como los cincelos de Fidias; el resplandor dotado de tal mágica pictórica que retrata como los pinceles de Velazquez; la corriente eléctrica condensada en caja mágica, despidiendo centellas que culebrean por nuestros nervios y penetran por los duros metales, y avivan á los muertos, y mueven lo inerte cual si tuviesen el don de los milagros; el gas que mantiene el rescoldo de la vida en lo infinito y pinta las hojas de la flor sobre sus tallos; el lente que penetra en lo invisible hasta descubrir los corpúsculos animados dentro de una gota de sangre y el espectro solar que, aprisionando la luz de Sirio, nos muestra, por los colores y los matices de su iris, la existencia allí de nuestros mismos elementos y la unidad cósmica de la materia creada correspondiente á la unidad divina del Criador.

La creación universal, no acaba, señores, al aparecer la más perfecta de las criaturas, el hombre. Entonces puede asegurarse que comienza, uniéndose las fuerzas de la naturaleza con las fuerzas del trabajo. Nacemos sujetos á dos combates; al combate con los seres inferiores y al combate con nuestros semejantes. Llamamos á éste guerra, y trabajo á aquél. Por una de esas contradicciones, en nuestra naturaleza frecuentes, la poesía ha cantado con preferencia al trabajo que vivifica la guerra que mata. Mayor fama cabe á Cain por sus crímenes que por sus siembras. Y las obras de arte inmortales deben su inmortalidad tanto al mérito que pone en ellas el artífice, como á la idea que pone el tiempo, pues individuales por su origen, también son por su carácter eminentemente colectivas y sociales. La Iliada contiene en sus hexámetros la primera guerra entre Asia y Grecia; la Eneida habla al pueblo romano de la fundación de Roma; la Divina Comedia compendia, compendiando los dogmas, la vida llena de remordimientos y de penas en los infiernos de su siglo. Las lusiadas repiten los cánticos divinos, inspirados por la alegría que embargaba al hombre en los albores de la historia moderna, al ver poblarse los mares de tierras aromadas y al sentir difundirse por sus venas la sávia exuberante de nueva vida, la cual, ingerta en nosotros, alejaba los recuerdos de la primera culpa y desvanecía los temores al eterno castigo. Si cada edad posee una epopeya, tocamos á nosotros la epopeya humana por excelencia, la epopeya del trabajo. El libro de los españoles será siempre el *Quijote*, y el libro de los ingleses el *Robinson*. Dos ingenios, desiguales en mérito, pero iguales en desdichas, los han escrito. El uno, como buen español, ha perdido su mano izquierda en las guerras religiosas, y el otro, como buen inglés, ha perdido su oreja derecha en las guerras políticas. Estudiante en Alcalá, sopista en Salamanca, doméstico de cardenales en Roma, soldado de tercios en Lombardía, héroe de esfuerzo en Lepanto, enfermo de gravedad en Mesina, combatiente en las costas de Africa y en las costas de Grecia, cautivo en las mazmorras de Argel, forzado en las galeras de Asan, oscuro vecino de Esquivias, proveedor de Sevilla, alcabalaro en Granada, pretendiente en Valladolid, ha conocido su España como Foe, periodista, mercader, industrial, aduanero, soldado de Monmouth, preso en Newgate, empleado en Escocia, satírico, historiador, economista, presbiteriano, plebeyo, conspirador y conjurado, puesto en el rollo, herido del verdugo, conoce su Inglaterra.

Sin duda por tal conocimiento, el gran escritor español y el discreto escritor inglés, nos han dado, cada cual con sus medios propios, sendos tipos de sus respectivas naciones. Recio de complexion, seco de carnes, enjuto de rostro, aguileño de nariz, largo de piernas, corto de genio, en su natural óptimo, en sus ensueños desatinado; el tipo español, es decir, el hidalgo de lanza en astillero, malbarataba hanegadas de sembradura por libros de caballería, dándose á leerlos en sus ratos de ocio, los mas del año, por tan extraña manía que, frisando ya en los cincuenta, pareciale necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su República, limpiar de mohos las arrinconadas armas, coser á morrion simple celadas de papel, apercibir huesoso rocín, escoger por dama de sus pensamientos á fornida moza de vecino lugar, y blandiendo al aire su lanza y embrazando al pecho su adarga, salir por la puerta falsa de un corral tras aventuras que le procurarán ocasiones de enderezar entuertos, desfacer agravios, desencantar dueñas, reñir con follones y mandrines, hender gigantes, sin más deseo que granjearse fama eterna en renombradas historias, ni más fin que servir al desgraciado en continuas hazañas; para todo lo cual se llevó consigo por escudero á socarrón labrador, de poca sal en la mollera y mucho apetito en el estómago, dispuesto á ganar en cualquier quitame allá esas pajas alguna ínsula donde le dejasen de gobernador: retratos parecidísimos á esta nación idealista, amiga de la guerra y enemiga del trabajo, enamorada de ideal ya extinguido en la conciencia humana, resuelta á resucitar la Edad Media en plena Edad Moderna, sufriendo toda suerte de desastres por sus empeños imposibles y sus combates fabulosos, á pesar de la

fortaleza de su brazo y de la energía de su ánimo, sin ventura, aunque merecedora de alcanzarla, cuyos caballeros tenían por descanso pelear, y cuyos campesinos, de mejor sentido y más sabedores y expertos en las artes de la vida, solo esperaban su medra, eternos pretendientes de la corte y del Gobierno; bien al revés de aquel Robinson, sin ningún ingenio y sin brillante palabra, sin los ardores de nuestra fantasía meridional ni los tesoros de nuestra riquísima elocuencia, lector de un solo libro, la Biblia, ojeadá tres veces al día; y que eterno navegante, como los sajones y los normandos, sus abuelos, boga sin descanso y naufraga sin remedio, salvándose por sus virtudes hereditarias, por la fuerza de voluntad, y acogiéndose solitario á isla desierta, donde, ayudado de su buen sentido y de su industria, contando solo consigo mismo, procurase todos los instrumentos necesarios á sujetar, como los exploradores de los Estados Unidos, como los puritanos de la flor de Mayo, como los navegantes de todas las zonas, como los mercaderes de todas las factorías, los horros del clima con los esfuerzos del albedrío; y de esta suerte deja en facturas prosáicas, en estadísticas llenas de números, en mostradores atestados de cuentas, el tipo más propio de nuestra edad, el trabajador libre y dominador de la materia bruta en la leyenda más digna de nuestro siglo, en la leyenda del trabajo. Pues si el gran escritor español y el discretísimo escritor inglés han dejado dos tipos; aquel de una edad que concluía en principios del siglo décimo-séptimo, y este de una edad que comenzaba á principios del siglo décimo-octavo, ¿por qué nuestro tiempo no tendrá la Iliada del trabajo, como otros siglos han tenido la Iliada de la guerra, cantando las victorias sobre las resistencias ciegas de la fuerza, como otros siglos han cantado la victoria del hombre sobre el hombre?

Esta poesía concluirá por dominar en cuanto amen los pueblos más á sus redentores que á sus tiranos. En las letras, emanadas de nuestras ideas, antes brillará el desasosiego de Pitágoras al interpretar las inscripciones grabadas por las estrellas en los espacios, que el anhelo de Aquiles al arrastrar el cuerpo de Héctor en los campos de Troya, y antes acudirán las imaginaciones, ansiosas de ideas, al banquete de los platónicos y á sus inmortales diálogos, que al banquete de los atridas y á sus repugnantes venganzas. Las batallas empeñadas por tantos guerreros en las toledanas vegas, no dejarán rastro cuando todavía busquen los ánimos elevados el paredón moruno, á cuya sombra se escribieron las tablas de Alfonso décimo y el prado y la fuente de cuyas esencias y de cuyos rumores brotaron las églogas de Garcilaso. Los guerreros más célebres del siglo décimo-tercio habrán desaparecido de la memoria universal, en tanto que la lira cantará las evocaciones de Lulio á las fuerzas ocultas de la razón humana. Como hoy se investiga por las ruinas del foro, entre el Coliseo y el Capitolio, la tierra donde cayera César envuelto en su sangrienta gloria, se buscará mañana el sitio donde puso Copérnico aquel anteojo, con cuyo auxilio observó el eclipse de luna que le condujera á inducir el movimiento de nuestro planeta. Por las piedras de la vía Apia, por las colinas de los patricios y los plebeyos, los sepulcros rotos han despedido de sí hasta las cenizas de los conquistadores que se creían eternos, en tanto que las estatuas talladas por los esclavos griegos todavía están de pié sobre sus aras sacras, recibiendo, si no el culto, la admiración de todas las generaciones.

Las luchas caballerescas de Carlos V y de Francisco I; las guerras religiosas entre Felipe II de España é Isabel I de Inglaterra; los combates entre las órdenes teutónicas y los emperadores de Alemania, no interesarán como los esfuerzos de Paracelso por extraer de la cábala y de la alquimia la medicina y sus luchas con los avicennistas; como las investigaciones de Kepler mostrando la armonía entre las matemáticas de nuestra mente y las matemáticas de las esferas armónicas por las cuales obedecían los mundos á sus concepciones, como obedecen los instrumentos músicos en sus cuerdas y en sus teclas á las notas del pentágono; el espíritu de Galileo, al ver cómo la majestuosa lámpara colgada del crucero de Pisa, enseña las leyes del péndulo; las correrías de Vesala por las horas de las ciudades en pos de los ahorcados, medio comidos de los cuervos, para estudiar el esqueleto y conocer la anatomía; la lamentación en piedra esculpida sobre el sepulcro de Florencia por la mano titánica de Miguel Angel, cuando al ver muertas la república y la libertad, se convence de que los colosos de mármol esculpidos en el sepulcro de Julio II y los titanes pintados en las bóvedas de la Sixtina, no eran de carne y hueso, sino sombras de un pensamiento, en el cual se condensaban las sombras caídas de la conquista, del despotismo y de la guerra, que traían con la muerte de toda libertad la muerte de toda inspiración, y con la muerte de toda inspiración la eterna noche sobre la infeliz Italia.

Como hay una ciencia moderna de la naturaleza, mayor que la antigua ciencia, habrá una poesía, mayor que la antigua poesía. Y como tenemos un concepto del trabajo superior al antiguo concepto, tendremos una leyenda ó una epopeya de los trabajadores, superior á las antiguas leyendas y á las antiguas epopeyas de las conquistas y de la guerra. Sectas opuestas y exclusivas han dicho que á poca ciencia corresponde mucha religión y mucha poesía, como á mucha ciencia poca religión y poca poesía. Pero una reflexión más profunda demuestra que así como nuestras facultades son eternas, también son eternas las satisfacciones á esas facultades; y que mientras exista el hombre, existirán y coexistirán con él eternamente la religión, la poesía y la ciencia. El espíritu es uno en su esencial sustancia, y las obras ó hechuras del espíritu, grados de su existencia en continuo desarrollo. Así el espíritu se eleva, por esta ley, desde el seno de la naturaleza al seno del Estado, un término superior en la serie lógica de sus manifestaciones diversas. ¿Creeis que no hay tanta vida en el mundo social como en el mundo natural? ¿Creeis que no es tan necesaria al hombre la tierra que lo nutre como la nación que lo educa? La idea del Estado se ha engrandecido en el espíritu moderno, como se ha engrandecido la idea de la creación. Y engrandeciéndose la idea del Estado, se ha engrandecido la poesía política, que podríamos llamar poesía de la libertad. ¿Creeis, si no, el privilegio más idóneo á la inspiración que el derecho y más hermosa la servidumbre que la igualdad natural?

Aquellas castas indícas, mantenidas por una religión oscura é incipiente; aquella monarquía persa, derivada de la guerra entre principios opuestos, ó mejor entre enemigos dioses; aquel Estado griego y romano eroides de que tenían aptitud para regular desde los trajes hasta las creencias; el endiosamiento de los emperadores, cuya voluntad se elevaba en las sentencias de los juriconsultos á fuente de las leyes; la soberanía feudal confundida con la noción de la propiedad y contando las cabezas de siervos como pudiera contar las cabezas de ganados; los conflictos entre las pretensiones excesivas del sacerdocio empeñado en volvernos al Asia y á la autoridad invasora del imperio empeñada en fundarse sobre ruinas de la Roma cesárea; los sofismas de aquel patriarcado que elevaban tristemente un mortal á imagen privilegiada de Dios mismo, no pueden prestarse al arte y á la poesía como se prestan leyes emanadas de la voluntad general; derechos arraigados en la esencia misma del hombre; Estados sometidos á la razón pública, y que léjos de disponer á su arbitrio del honor y de la fortuna y del hogar y de la vida de los ciudadanos, les asegura desde sus propiedades hasta su dignidad, como imagen viva que son de la justicia. Sé á ciencia cierta que muchos amadores de restauraciones literarias vuelven los ojos atrás, creyendo fácil resucitar por obra de imitación, afectos ya extinguidos.

Achacan á nuestro tiempo falta de arte por sobra de libertad. Pero yo os pregunto qué siglo de la historia conoció guerras y cruzadas movidas por la poesía, como este siglo tachado de prosáico. No le convenia, no, á Inglaterra, como nación, la libertad de Grecia, y la auxilió por atender al coro de poetas que la pedía en sus versos, sacrificando así á una idea estética, más que política, la razón de Estado. No le convenia á Francia, como Nación, la independencia y la libertad de Italia; pero se alzaban sombras tan augustas de sus campos y voces tan sublimes de sus sepulcros; se oían, derramadas por sus aires cadencias tales en los Misereres de Palestrina y en las plegarias de Rossini, se veían en sus cielos de arreboles tantas figuras hermosas surgidas de inagotable paleta y en sus piedras de mármoles tantos relieves trazados por creador cincel, que cada corazón sentía una emoción artística á su recuerdo; y todas estas emociones se juntaron á suscitar la cruzada que abrió el sepulcro donde yacía enterrada la madre de todas nuestras naciones. No le convenia, no, á la América del Norte arriesgar su admirada vida por los míseros esclavos de los Estados del Sur; pero la tribuna esonó con tales discursos, las iglesias con tales sermones, los hogares con tales páginas de novelas íntimas, la lira con tales acordes de libertad universal, que se formará como un apelo á la conciencia humana, engendrando aquel puritano, venido al Capitolio desde los grandes desiertos, como un profeta, á morir, después de expugnada y vencida la Babilonia de la esclavitud, cual santo mártir de su fe, por la redención y la libertad de los negros. ¿Y al siglo de cruzadas así le llamareis siglo de escasa poesía?

Yo creo, por lo contrario, que en ningún tiempo, la poesía lírica encontró acentos de tan subida entonación, como en ningún tiempo la libertad encontró cantores de tan vário estro. Al comenzar nuestra centuria, y con sus primeros años, la guerra por nuestra independencia; entre las ruinas de Zaragoza y de Gerona, entre las bombas clavadas en los muros de Cádiz, tintos en sangre nuestros rios, desolado por los incendios nuestro suelo; en aquella ocasión de sacrificios inmortales, que forjaron al fuego de la guerra nuevamente el alma nacional, y le dieron, si cabe, más acerado temple, oyóse hervir la inspiración volcánica de Quintana, dando á la nativa energía nuestra más vigor, y haciendo con estoica firmeza un crimen de toda vacilación en la esperanza; ardor rayano de demencia en aquel instante, á no tratarse del valor en la guerra y del ánimo para la muerte congénitos á nuestra heróica España. Al poco tiempo, el más melancólico de los poetas italianos, Leopardi, vagando á la sombra de los muros caídos y los arcos rotos, que el jaramago cubre con su sudario de amarillas flores y el buho entristece con sus quejidos de siniestros ecos, encontraba la lira heróica de Simónides, y le arrancaba estancias dignas de grabarse en los desfiladeros de las Termópilas y de resonar en las aguas de Salamina y en los campos de Marathon y de Platea.

Y, en seguida, un patricio inglés, de complexion inquieta, de familia normanda, de voluntad zozobrosa, de fantasía relampagueante: coronado con las espinas de sus dudas que le taldraban las sienas y consumido en la antorcha de su inspiración que le abrasaba las manos; después de haber corrido varia y luctuosa suerte en tantas tormentas y en tantas pasiones, llegó, henchido el corazón de amor entonces feliz, vibrantes los labios de cánticos ya inmortales, á Grecia, en la exaltación de su estro y en la flor de su juventud, á pedir muerte á la inmortalidad helénica y sepulcro á la cuna de los poetas y de los dioses. Y cuando tornaban nuestros desterrados del veintitres, la legión sublime que traía en las manos el Don Alvaro de Sevilla y en la mente el Don Félix de Salamanca, comenzaba su elegía en el destierro de un poeta eslavo, hijo predilecto de la infeliz Polonia, y tan rendido amante de su patria, por opresa y desgraciada, que la veía retratarse en el extraño hogar, donde chisporroteaba el tronco de Noche Buena, sosteniendo con las lanzas de sus soldados la cúpula de San Pedro, vacilante al empuje de tantas herejías; vision traída de los celajes pátrios mirados por última vez con los ojos enrojecidos que buscaban inútilmente los ángeles apocalípticos, apercebidos por la ira celeste al castigo, de aquellos tiranos, cuyos esbirros hirieron los sacerdotes al pié de sus altares para anudar en la garganta el rezo de la humana afición á la divina misericordia, y arrancaron á las tumbas los huesos de cien generaciones para desarraigar hasta las últimas raíces con que á la tierra se une la vida de un gran pueblo. Y á su vez los opresores de Polonia engendraron poetas y tuvieron que oprimirlos.

Aquel, por cuyo ingenio vivirá eternamente la lengua moscovita, según el general sentir europeo, vino al mundo con fantasía creadora, y los primeros arpegios de su fantasía, en la alborada de la vida, sobre las nacientes ilusiones, cuando los ojos sólo descubren mariposas y los oídos sólo perciben melodías, los primeros arpegios, iba diciendo, de su fantasía, consagróse á cantar la libertad. Mas este cántico le valió un destierro en sus mocedades; y este destierro una tristeza inextinguible en toda su existencia, la mitad de ella

dedicada á planer el dolor en la servidumbre y la otra mitad á rastrear la poesía en la historia, la poesía en las tradiciones. Y agitado por las chispas eléctricas de sus inspiraciones corrió desde la estepa al mar, desde el mar al Cáucaso, desde el Cáucaso al Danubio, y en todas partes, al par que respiraba el aire puro de las montañas y de los campos y de las ondas, recogía los gérmenes de una poética nacional, correspondiente á las tradiciones. Y su vida se arrastró recelosa entre esbirros y se extinguió triste en un duelo. Y el mejor de sus poemas *Oneguine* canta el hastío; y la mejor de sus estrofas planea un poeta joven que muere llevándose á la eternidad el misterio de su poesía. Mas, á pesar de todas estas contradicciones, si el despotismo le ha arrebatado sus derechos, nótese en todas sus obras que no ha perdido nunca el sentimiento de la libertad, revelado en cada una de sus estancias, como el ruiseñor cautivo, á quien los pastores de Thesalia arrancaban los ojos para que cantasen más, ponía en todas sus notas y escalas el amor á los bosques habitados y á los horizontes recorridos en más felices días.

(Continuará.)

LA BATALLA DE ALCÁZAR-QUIVIR.

Ancho campo, mucha gente,
sobre todo la agarena;
sol canicular y ardiente,
abrasador el ambiente
y sofocante la arena.

En polvoroso camino
el portugués avanzaba,
y, mar de flotante lino,
el ejército beduino
en los llanos acampaba.

El africano rugió
y sus tribus desplegó:
las distancias se estrecharon,
los ejércitos chocaron
y el espacio retumbó!

Una muchedumbre fiera
se desbordó en ancho río...
¡Como si el Africa entera
hacer alarde quisiera
de su inmenso poderío!

¡Ayes, golpes, gritaría,
campo de sangre cubierto,
horrenda carnicería,
y dominando el concierto
la espantosa artillería!

Al verse don Sebastian
bajo aquellas oleadas
que sepultándolo van,
así exclamó con afán
entre sus huesos mermadas:

«¡Antes muerto que vencido!
»Llano de Alcázar-Quivir,
»sepulcro á tu arena pido:
»¡Adios, Portugal querido!
»¡Caballeros, á morir!»

Dijo, y como una centella
hiende, derriba, atropella...
¡pero de pronto le alcanza
por el costado una lanza
y fin sangriento con ella!

¡Y en aquel aciago día,
y en territorio africano,
con don Sebastian se hundía
la mayor gloria que había
en el reino lusitano!

MÁRCOS ZAPATA.

SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE.

Se ha constituido en Huelva con el mismo nombre con que encabezamos estas líneas, una sociedad cuyo objeto es conmemorar el aniversario de la salida de Colon al descubrimiento de América. Según las bases que tenemos á la vista, el 3 Agosto de cada año celebrará una solemne función cívico-religiosa en el monasterio de la Rábida, y establecerá premios para poesías, obras de arte y disertaciones históricas sobre aquel suceso, Memorias sobre los medios de estrechar las relaciones entre Europa y América, acciones virtuosas de los patronos y marineros y estímulo de los estudios geográficos.

Además, realizará otros varios festejos para que la solemnidad tenga el carácter de fiesta nacional, proponiéndose desde luego que en la Rábida se verifique alguno de los Congresos de americanistas, se cree un monumento en honor del descubridor del Nuevo Mundo en la misma playa de donde salió la expedición y se funde en el monasterio una biblioteca colombina y un museo de objetos alusivos al grandioso hecho.

Hace años el Sr. Asquerino pensó también en la necesidad de conmemorar el aniversario de la salida del puerto de Palos del inmortal genovés, pensamiento que comunicó al general Pinzon y otros amigos de la provincia de Huelva cuyo entusiasmo por las glorias nacionales era proverbial. Calcúlese, pues, el júbilo de que se hallará poseído nuestro respetable director al ver iniciada una idea á cuya realización deseaba consagrarse enteramente. Honrado, además, por la sociedad con el nombramiento, que estima en mucho, de socio honorario de la misma, el Sr. Asquerino ofrece

desde luego la columna de *La América* para todo lo que contribuya al resultado del noble propósito en que se han inspirado los promovedores de la reunion verificada en Huelva, á donde no ha podido concurrir dicho señor por falta de salud.

Por último, volveremos á ocuparnos en este asunto cuyas ventajas para aquella provincia son incalculables, como lo demostraremos en uno de nuestros próximos números con más espacio del que podemos disponer en este momento.

DOLORES.

(Continuación.)

CCLXXX

Como comprenden nuestros lectores, la confesion de Dolores habia sido explícita. Por fortuna, el ministro de Dios que les habia escuchado, no era un hombre vulgar, ni de estos que toman el sacerdocio como una profesion, como un medio de vivir. Era un alma triste y melancólica, que habia llegado á la conversion por el camino de las pasiones, que habia pecado mucho por un exceso de vida, que habia producido involuntariamente desgracias supremas, dramas del género de esos que se quedan fermentando, rehirviendo en el fondo de su conciencia: la mayor parte de los santos han pasado por los pecados más enormes, aun por el crimen, como si Dios hubiese querido que los suyos estuviesen templados en todos los fuegos, para que los frutos de su conversion fuesen más ópimos, más grandes: aquel anciano se habia quedado sólo en el mundo, tenia un panteon en el alma, y le habia atraído un cementerio.

CCLXXXI

Su alma se habia sublimado, se habia depurado, habia idealizado su sensibilidad, habia dilatado su inteligencia, le habia colocado en un ascetismo ideal, que levantándole de las miserias de la vida, habia creado para él una manera de ser que le hacia muy semejante á un sér que sin haber perdido aún su forma de sér material hubiese llevado su espíritu á las regiones de lo puramente espiritual, de lo absoluto. Habia encontrado la paz, una paz triste y dulce, en la creencia de la inmortalidad del alma, sentía la consagracion suprema de su ministerio, y se habia resignado el peso de la carne, que de tiempo en tiempo, obedeciendo á su destino, perturbaba su espíritu, le sujetaba á una nueva prueba.

CCLXXXII

Conocía á Dolores desde cuatro años antes, desde el día en que, acompañada de Casquetillo, constituyendo con él y con Cármen, tras un pobre ataud el séquito exíguo, pero conmovedor, de un pobre entierro, fué á unir con su esposo en el lecho de la muerte á su desventurada señora. El dolor, el ansia del alma, todos los temores, por la suerte de Cármen, habian dado al lánguido semblante, á los magníficos ojos de la niña, encandescidos por el llanto, un poder, una fuerza sobrenatural, un encanto casi divino: la manifestacion de un alma de arcángel, un tesoro de poesia soñada y poética: un paraíso, el *sumun* de la belleza humana en que se transparenta la belleza divina, la belleza inmaterial, algo del Verbo increado, algo que manifiesta de una manera indudable el origen del alma del sér humano, que viene de lo infinito, que sufre en lo limitado, y que á lo infinito propende.

CCLXXXIII

El sacerdote continuó viendo con frecuencia á Dolores. Pasó en el fondo de su alma una lucha horrible, ignorada de todos, aún de la misma que la causaba. En él las propensiones del organismo se pusieron en lucha abierta con la fuerza del alma, purificada por el dolor y el remordimiento: un amor misterioso, infinito, habia fulgurado, habia resplandecido con todas sus tentaciones, con todos sus idealismos, con todos sus esquisitos perfumes, con todas las incandescencias de la vida, con todas sus virtualidades prolíficas, con todos los incentivos sublimados por la imaginacion de aquella alma solitaria, ansiosa de refundirse de otra alma en el *fiat* del amor, antes de difundirse en el alma universal, en el amor absoluto, en el sér indivisible.

CCLXXXIV

Triunfó la conciencia, el amor de la materia dejó entero su lugar al amor del espíritu, inmortal é inmaculado: la tentacion dejó de presentar como amante al sacerdote aquella interesante criatura, y quedó el padre; el amor de las entrañas del alma, lo ideal de lo puro, la esencia de lo sublime. Y tampoco Dolores pudo apercibirse de este amor. El anciano sacerdote la trataba con una gran lisura, con una gran sencillez, con una grande economía. La confesaba, la administraba la Eucaristía, alentaba en ella la virtud de que estaba enriquecida su alma, y partía con ella los cuidados de la tumba de los padres de Cármen. Se unia con Dolores en aquella solicitud, en aquel sentimiento de dolor. Al fin cesó lo acerbo de la lucha. El sacerdote encontró el premio de la victoria en la fruicion purísima del alma de Dolores, sentida por su alma. Estaba escrito que por donde quiera Dolores dejase tras sí profundas emociones.

CCLXXXV

Pero la fortísima alma de la joven habia ocultado al sacerdote su amor por Casquetillo. Aquel amor no era un pecado: la misma Dolores ignoraba su trascendencia. Casquetillo era una parte de su vida, que alentaba en ella de una manera natural y espontánea.

No habian llegado todavía los celos con su mordedura emponzoñada, con sus terrores. Dolores habia vivido entregada completamente á su amor sin conocerlo; como el lago se ilumina con la luz de la luna y es brillante por ella; como la flor se refrigera con el aura y la entrega su perfume; como la noche deja ver lánguidamente el fulgor de los luceros; como la sensitiva se dilata en un sentimiento de placer cuando la rozan suavemente las alas de la mariposa; como, en fin, los dulces sueños, los sueños de gloria descienden á las almas puras.

CCLXXXVI

No, Dolores no sentía en su amor el pecado: como Eva, antes de la insinuacion de la serpiente, vivía en el paraíso, y no revelaba esta situacion de su alma en sus confesiones.

CCLXXXVII

Pero llegó el momento terrible, la impresion de los celos, la señal del combate, y entónces se revelaron en Dolores sentimientos que la aterraron: llegó el beso frenético de la comocion de Casquetillo, y el grito de un dolor inefable partió del alma de la niña. Sintió la vida candente, conoció el amor en toda su intensidad: la alarmó la impureza, la aterró el pecado, ardió, gimió, comprendió la idolatría del sér por el sér, de la criatura por la criatura; se sintió esclava, predominada, arrastrada por una fuerza superior á su resistencia: la acometió el odio con todas sus ideas horribles, la mordió la envidia, haciéndola sentir todo su veneno; sintió heridas y como rotas sus entrañas: vió que una niebla impura empezaba á borrar para ella todo lo que no era Casquetillo, se sintió débil, y se arrojó de rodillas ante Dios para pedirle fuerzas.

CCLXXXVIII

Ya hemos visto las consecuencias.

—Cásate, le habia dicho el sacerdote: cástate y no provokes explicaciones que puedan hacer que se avergüence ante tí el hombre á quien amas, y que te ama, porque no puede menos de amarte: sé su sosten y su guia, sacrificate por él como te has sacrificado por la hija de tus señores: cumple la dolorosa mision que Dios te ha confiado.

Y el sacerdote se aconsejaba á sí mismo en estas últimas palabras, porque él también, al escuchar á Dolores, habia sentido la mordedura de los celos: habia llegado á las amargas heces de la copa de su sacrificio.

CCLXXXIX

Pero habia vencido en un solo movimiento de su voluntad. Su elocuencia, sencilla, dulce, sentida, poética, habia persuadido á Dolores: habia citado á Casquetillo al cementerio para obligarle ante Dios y ante la muerte á una explicacion, y habia renunciado á aquella explicacion.

CCXC

Casquetillo se habia reanimado: parecia que su espíritu bebía sustancia de vida en los ojos, por decirlo así, transfigurados de Dolores. Era aquel uno de esos raros momentos en la vida de dos séres en que un infinito misterioso, un universo desconocido los atrae, los envuelve, los refunde, los unifica. Y sin embargo, seguía apareciendo como un estigma lo sombrío en la frente de Casquetillo. El carruaje, entretanto, rodaba sordamente sobre el lodo del camino, el viento potentísimo sacudía los cristales, los azotaba la lluvia: parecia pasar el trueno rozando la imperial; la luz era opaca, fria, nebulosa; todo contribuía al tono de un cuadro excepcional.

CCCI

—¡Oh, bendita seas!—exclamó Casquetillo asiendo de una manera nerviosa las manos de Dolores,—¡tú me alientas, tú me consuelas!

—¿Alentarte para qué? ¿Consolarte de qué?—exclamó instintivamente Dolores.

—¡Ob, esa mujer, esa mujer maldita!—exclamó Casquetillo que tenia todas las apariencias de un sonámbulo.

La fatalidad continuaba envolviendo á Dolores: la explosion que en su experiencia, en su caridad habia querido evitar el sacerdote se producía por sí misma. El drama continuaba, se desarrollaba, se ennegrecía más y más.

—¡Ah, yo necesito toda tu alma, tu sér, todo tu amor, todo tu encanto, para olvidar, Dolores mia, esposa mia, luz de mi alma!

En Casquetillo habia algo de insensato: sus ojos estaban encendidos de un fuego que se reflejaba en los limpidos ojos de Dolores, que escuchaba anhelante, que agonizaba de amor y de terror. ¿Por qué Pedro sufría de aquella manera? ¿Por qué aquella expresion violenta que se manifestaba en él?

—Sí, sí; tú y esta pobrecita,—añadió inclinándose sobre Cármen y besándola,—todo en vosotras y por vosotras: una vida de amor.

—Pero tú sufres, Pedro,—exclamó Dolores con una ansiedad infinita.—Tú sufres una emocion horrible. ¿Qué ha pasado por tí?

—¡Esa mujer!—exclamó Casquetillo:—¡ese demonio! ¡Mis padres asesinados por ella! ¡Aquel hombre infame!

—¡Aquel hombre!—exclamó Dolores.

—¡Muerto como morirá ella!—exclamó con acento concentrado y rugiente Casquetillo.

Dolores sintió frio en el cuerpo y en el alma: sus ojos se extraviaron y palideció como una muerta: apretó con una fuerza extraña en ella las manos de Casquetillo, y exclamó con un acento en que se revelaban el pavor y la agonía:

—¡Muerto! ¡Muerto por tí!

Estas últimas palabras de Dolores fueron de una extension incalculable, de un efecto infinito.

—Muerto como por el rayo,—exclamó Casquetillo:—¡oh, y le veo, le veo; su horrible semblante está aquí... aquí...

Y Casquetillo se golpeaba la frente, y habia en él, en su mirada, en su convulsion, en el tono de su voz, en la acentuacion de sus palabras, algo de demencia.

—¡Oh! ¡no! ¡no!—exclamó Dolores:—¡no has sido tú!... ha sido Dios; Dios que enciende el rayo en la tempestad. ¡Tus pobres padres! ¡los infames! ¡sí! ¡sí! ¡Dios ha sido! ¡tú has sido la mano de la justicia de Dios! ¡pero, calla! ¡calla! ¡la justicia de los hombres es ciega! ¡la justicia de los hombres juzga los hechos y no llega á la profunda causa de las cosas! ¡Calla, por Dios, Pedro de mi alma! ¡y Dios no quiera que ya no tenga remedio!

Y se abrazó á Casquetillo, trémula, excitada, enardecida, y revolvió en torno suyo una mirada salvaje, una mirada de leona, como si hubiera temido que le arrebatasen al alma de su alma.

CCXCII

Era aquella una comocion horrible, una violencia sobre

la materia y sobre el espíritu, una dilatación terrible del sentimiento, una explosión de la pasión, una tormenta en un segundo, un desarrollo insostenible de fuerzas misteriosas, emanadas de una vida exuberante. Y tras la explosión vino el mareo, el vértigo, la postración, casi el aniquilamiento. Reclinó su cabeza sobre el pecho de Casquetillo y se estrechó contra él, jadeante, anhelante, transportada a una situación insostenible; luego la acometió una tos seca y sobrevino un vómito horrible, un vómito de sangre.

Casquetillo se aterró y el terror le rehizo. Sostuvo a Dolores, se avanzó al cristal y dijo al cochero:

—¡Pronto, á escape, á una botica!

El cochero, que al volverse vió á Dolores doblegada, arrojando sangre, arreó al jamego; entraban entonces por la puerta de Toledo: el carruaje se detuvo en la primera botica; una fuerte preparación sulfúrica cortó la emetisis: luego, vuelta Dolores al carruaje, éste, en paso lento, la condujo á su casa. Se llamó al médico, y Casquetillo lo olvidó todo para cuidar á Dolores, y reemplazarle mientras estuviese enferma en el cuidado de la niña.

CCXCIII

Apenas el señor Blas dejó solo á don Pedro, éste se puso sus mejores trapos; luego abrió su viejo baul y sacó un paquete de cartas, ya amarillentas por el tiempo; en el semblante del viejo había algo sórdido, algo voraz, algo infernal de una manera baja é infame, algo que parecía el índice de un arcano, en el cual se transparentaba un no sé qué monstruoso y repulsivo; y todo esto, unido á una expresión malévolá, siniestra, llena de amenazas, de infamias.

Don Pedro se había transformado. Se fué á la mesa, desató el paquete y repasó las cartas y los papeles con una delectación odiosa: pudo todo aquello en orden, incluso una historia en miniatura sin marco, y de una belleza infinita, el retrato de Matilde, y un pesado rizo de cabellos negros, en los cuales quedaba un resto de perfume: de ese perfume ineficaz que puede llamarse hábito de la belleza: cuando hubo ordenado todo esto, tomó su paraguas, salió de su chibritil, bajó la desvencijada escalera, lanzó una mirada siniestra á la puerta de la bohardilla de Dolores al pasar junto á ella y se lanzó por la prosecución de las escaleras, con más fuerza y más rapidez que la que parecían permitirle sus años.

Al salir á la calle se detuvo y exclamó:

—¡Ah, diablo! no me será tan fácil ver al señor conde de X., á mi adorable hijo: debo presentarme á él de una manera tal, que no pueda cerrarme la puerta; pero yo no vuelvo á subir: escribiré en el café: me beberé además un par de copas de ron: es necesario que yo me excite, que yo pierda el miedo: lo que voy á hacer es formidable: he sufrido lamiseria escusándome de ello... pero María... ¡ahl ¡no! ¡no! ¡yo no la pierdo! ¡he acariciado mucho tiempo este sueño que se ha hecho una necesidad de mi vida... ¡por ella todo!

CCXCIV

Se metió en un cafetín inmediato, pidió una copa de ron y recado de escribir: bebió la copa, pidió otra, y escribió lo siguiente:

«El que remite al conde de X. la adjunta carta, tiene en su poder otras muchas infinitamente más graves que se propone entregarle; por lo mismo no tiene duda de que será inmediatamente recibido.»

Y abriendo de nuevo el paquete, tomó de él una carta, la incluyó en la que había escrito y cerró: bebió otras dos copas de ron, y ya templado, capaz de todo por la virtud del alcohol, salió del café y se encaminó casa del conde de X.

CCXCV

A duras penas logró consintieran en dar la carta al señor. A pesar de lo que había cuidado su traje, don Pedro tenía facha de caballero pobre, como si dijéramos, del pobre más inadmisiblemente que puede darse. Pero con un aire tan decidido, tan á fondo y de una manera tan apremiante y tan imperativa exigió don Pedro que su carta fuese entregada, que lo fué, resultando que inmediatamente fué introducido don Pedro.

El criado que le precedía por una sucesión de ostentosas habitaciones, le trataba con el más profundo respeto. Como que el conde, al recibir la carta que le habían entregado, se había alterado y había mandado con el más vivo interés se hiciera pasar al que había llevado la carta. Este sugeto debía ser, pues, de grandes circunstancias para el señor.

CCXCVI

Don Pedro fué introducido en un gran gabinete de trabajo ó despacho, como mejor queramos, alegremente iluminado por dos grandes balcones que daban á un jardín. Estanterías, porcelanas, armas, cuadros, antigüedades, tapices, decoraban, amontonados, por decirlo así, apretados por falta de espacio, con el peor gusto posible y la más pesada confusión, el estenso gabinete: tanto se había querido ostentar en él. Hasta en el techo había objetos de arte pendientes de cordones ó de cadenas doradas: globos, alguno que otro modelo de buque antiguo; raros pájaros disecados en sus aros: un par de monos, que producían un extraño efecto, y varias lámparas antiguas. En el suelo la alfombra desaparecía casi por completo bajo una multitud de pieles de animales feroces, en las cuales se conservaba la cabeza: los muebles en desorden á la inglesa, y cada cual de su época y su estilo; una gran mesa de trabajo recargada de libros, periódicos y papeles, con un enorme tintero monumental; varios veladores, también arqueológicos, sosteniendo preciosidades artísticas, hé aquí lo que se veía amontonado, apelmazado, en aquel gabinete que revelaba á un hombre muy rico, pero que al mismo tiempo denunciaba en él el peor gusto posible.

CCXCVII

No había nadie: don Pedro culebreó entre aquel erizamiento de cosas, y fué á sentarse en un gran sillón de roble tallado de estilo Berruguete, junto á una chimenea Luis XV, bien cebada, que ardía de una manera brillante. Don Pedro había tenido el buen gusto de no quitarse el sombrero; y para qué? ¿Pues no era el él padre natural indudable del señor de aquella casa?

—El arpon se le ha clavado en medio de las entrañas,—

dijo don Pedro,—y ha tenido que armarse, que prepararse, que dominarse. No tardará.

En efecto, poco después, en un elegante traje de casa, entró por una puertecilla de servicio un hombre que parecía en la fuerza de su juventud, aunque bien podían atribuírsele cuarenta años, buen mozo, y aun pudiera decirse que hermoso, pero repulsivo, de expresión impudica y acre: no podía dudarse que era hijo de Matilde: tenía sus ojos, su boca, su entrecejo; pero tenía también la frente y la nariz de don Pedro, y el corte del semblante.

Llegó frío y agresivo hasta don Pedro. Traía la carta en la mano.

—Cuando se usa de estas armas,—dijo con el acento trémulo por una emoción colérica,—es sin duda por una causa muy grave.

—Te diré,—dijo don Pedro con una calma perfecta y con una acentuación incisiva.—A lo que parece, Dios existe, porque si Dios no existiese, ¿á qué nos habríamos de convertir? Y yo me he convertido, indudablemente me he convertido, y de tal manera, que siento unos vivísimos impulsos de denunciarme con mi cómplice á la justicia.

CCXCVIII

El conde lanzó una mirada inquieta y furiosa en torno suyo, como si hubiera temido hubiese allí alguno oculto tras los tapices.

—Dejémoslos de situaciones melo-dramáticas, señor mio,—dijo el conde:—vengamos á lo positivo, y concluyamos brevemente.

—Pues bien; acepto tal cual es la situación,—dijo con una osadía incalculable don Pedro:—entérmecete, conviértete y llámame padre: así nos entenderemos mejor.

Hay que advertir, que el conde de X no había conocido á su padre hasta entonces, ni sabía el vergonzoso misterio de su nacimiento.

—Las pruebas,—dijo de una manera concentrada, con una acentuación en que vivaban todas las amenazas.

—Perfectamente,—dijo don Pedro,—esto es muy natural y muy justo. Yo lo comprendía y he traído conmigo mis credenciales, mis títulos, como mejor quieras: toma, hártate, hijo mio, hártate: no tengo que darte más que estas cuatro cartas: los otros papeles los reservo para en el caso de que me obligues á una guerra horrible: porque, en fin, yo soy tu padre. ¿Qué tiene que ver contigo ese pobre diablo de conde de X?

Y don Pedro, que había sacado un paquete, dió cuatro cartas al conde.

CCXCIX

Este lo examinó, y á pesar de su cinismo, se alteró de tal manera que hubo de sentarse: miró con una expresión horrible á don Pedro, apoyó en su mano derecha crispada su cabeza y en un velador el brazo, y permaneció agobiado algún tiempo, como quien ha recibido un terrible golpe que le ha aturdido.

—Esto es ya indudable para tí,—dijo don Pedro:—que me debes el sér, y que, por lo tanto, todo lo que eres. Pretender sobreponerse á la fatalidad es una insensatez: así, pues, espero que nos entenderemos sin violencia: ni declamaciones de ninguna especie, y aun de muy buena voluntad.

—En fin,—dijo el conde, que había logrado reponerse,—¿qué desea usted?

—Que cumplas con tu deber: has tenido el buen juicio de no casarte; tienes la certidumbre de que mi interesante nieta Dolores, que es una santa, es tu hija: legítima, hazla tu heredera, preséntala á las gentes; todos te aplaudirán, todos verán en tí un hombre de honor.

—Menos palabras,—dijo bruscamente el conde.—¿Y si yo me niego á ese reconocimiento?

—Yo,—dijo irguiéndose don Pedro,—publicaré con pruebas irrecusables la historia de tu madre; sabrá todo el mundo, inclusa la gente de justicia, que aquel cuyo nombre ilegítimamente llevas, murió envenenado por mí, por sujeción de tu madre; podrá suceder que los tribunales llamen á sí esta historia, porque el crimen entre nosotros prescribe muy tarde: entonces resultaría palpablemente que tú eres hijo del amor (no quiero decir que del adulterio); que posees indebidamente tu nombre, tus títulos, tu fortuna.

—Usted no hará eso,—exclamó el conde de X. levantándose dose violentamente, flameándole los ojos y con los puños crispados,—usted no se atreverá.

—Yo me atrevo á todo,—respondió con una profunda calma don Pedro que se había sobrepujado á la situación,—tú, mal que te pese, eres mio, eres mi hijo, y yo tengo energía bastante para hacer que te subordinés á mí; como la tuve para emancipar á tu madre de aquel estúpido que se llamaba su marido.

—Y yo mataré!—exclamó en un desbordamiento de furor el conde.

—¿Por quién me tienes?—dijo don Pedro sin perder ni un punto de su aplomo:—¿crees tú que yo soy de esos que entran en una situación peligrosa sin haberse procurado la seguridad de la salida?

—Pero usted se perderá con nosotros,—dijo cambiando de tono el conde y como doblegado.

—Yo estoy en el colmo de la desesperación,—dijo don Pedro con un acento de todo punto tranquilo y reposado que determinaba un extraño contraste con el sentido de sus palabras,—para mí todo es igual: la prisión perpétua, el patíbulo; ¿qué más dá? accidentes de la vida; partes de un conjunto admirable de actividades que se llaman, espíritu social, alma social, ¿qué se yo? En fin, me impongo con toda la autoridad que me dá la fuerza, y dicto condiciones: estoy resuelto á todo: lo efectivo, lo positivo, lo tangible: hé aquí todo: la moral no es más que una convención ridícula: he dicho cuanto tenía que decir: ahora tú dirás.

—Cuanto usted quiera á cambio de ese reconocimiento que me contraría.

—Dolores, título, Dolores, rica, Dolores, grande de España,—dijo don Pedro.—Usa de toda la influencia que tienes y ten en cuenta que el reconocimiento de Dolores es una condición sin apelación de mi silencio.

—¡Lo reflexionaré!

—Bien, pero cuanto antes,—dijo don Pedro levantándose,—esta tarde.

—Bien, hasta la tarde,—dijo el conde.

—Una pequeña adición: dame algunos billetes de Banco.

—Con toda mi voluntad,—dijo el conde.

Y se fué á una rica papelería, la abrió, y tomando de ella, sin pensar en la suma, algunos billetes de Banco, les dió á don Pedro.

—Cuatro, ocho, doce, diez y seis, veinticuatro,—dijo don Pedro, sumando el total que representaba los seis billetes que el conde le había dado:—ya hay para entretenerse hasta la tarde: adios, hijo mio, yo no soy tan difícil para los reconocimientos como tú; yo te reconozco y te bendigo: hasta la tarde; espero encontrarte perfectamente preparado. ¡Pobrecilla Dolores! debes amarla como yo la amo. Ella es nuestro ángel: adios, hijo mio, adios.

Y don Pedro se fué dejando al conde de X abrumado por una situación terrible.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará).

CRÓNICA.

No podemos estar quejosos, porque el mal no es de ahora, sino de antiguo. Querer que el verano guarde todas las reglas del calendario, es querer que la juventud no pierda la paciencia ni el mar la calma. El verano no tiene más ley que su capricho, ni atiende á otra consideración que á satisfacer el ardiente deseo. Viaja de rigoroso incógnito, y á diferencia de los trenes siempre llega á Madrid antes de que el almanaque le anuncie, para burlarse de él y de nuestros cálculos. Un día nublado y frío nos hace pensar que no ha podido, como Atla las de los Alpes, pasar las nieves del Guadarrama, y al siguiente nos hace una visita de cortesía, permite á las sombrillas y á los abanicos demostrar que no son inútiles y se vá. Estos días calurosos parecen hulanos del estío. Pero ahora el grueso del ejército con sus pertrechos de siestas, trajes de dril, noches de hermosa luna, baños de sudor y sombreros de paja está cerca. Apresurémonos á abrirle las puertas y que entre. No somos traidores; nos vengamos de la eterna tiranía del invierno.

¡Verano! Epoca feliz en que la naturaleza luce con esplendor y magnificencia todas sus galas, pródiga hasta la exageración y afanosa por manifestar los misteriosos encantos que atesora, ocultados por el invierno, como el diamante por la tosca piedra: yo te saludo como la diosa del regocijo, cuya sonrisa basta para que el mundo se llene de frutos y los hombres de alegría, y aunque enemigos envidiosos de tu gloria pretendan eclipsarte suponiendo que eres demasiado ardorosa en tus afectos, y que, como el fuego, consumes todo aquello de que te enamoras, no temas, no, que tu fama no podrán empañarla rumores calumniosos, sin eco alguno entre las personas imparciales, y todas éstas á una voz ensalzan tus virtudes, y gozosas te aclaman como á la felicidad, que tan bien sabes pintar en los plácidos ensueños con que frecuentemente nos entretienes.

¡Verano, no lo niegues. Sé que inspirado por la corriente de la época, que incita á pregonar un absoluto excepcionismo en cuanto con la política se relaciona, vas á decirme, si te lo pregunto, que tú no tienes simpatías por ningún determinado partido político. Pero no lo creo. Tú, cuando abandonas la rigurosa etiqueta de las ciudades y vas al campo, te haces demócrata, pero con una democracia bien entendida, en la que tienen entrada y personalidad distinta, las flores, los pájaros, los árboles, el rocío, toda la variada serie de cuadros al fresco que se ven en ese *tutti mundi* de todos los tiempos, que se llama naturaleza.

Los pensamientos, verdaderos cómicos por la variedad de trajes con que saben presentarse en escena; los claveles, reventando de orgullo y contentos con derrochar aroma y colores; las rosas, encendidas como el rubor ó blancas como la inocencia; los geranios; la avara azucena, que hasta momentos antes de morir no quiere enseñarnos los hilillos de oro que encierra; los jacintos y la presumida dália, coqueta engañadora sin otro mérito que el de saber guardar las apariencias, forman un ejército numeroso que nos seduce por su fragancia y pronto nos vence. ¡Fácil victoria! Con sólo ver al enemigo, capitulamos. Las flores, como la música, son el libro de los recuerdos abierto por todas sus páginas.

Para los labradores, hombres prácticos que se cuidan poco de poemas y de idealidades, también tiene el verano su regalo; regalo espléndido: el oro de los vegetales; el hermoso trigo á cambio de grandes sacrificios obtenidos, esperanza de las familias, premio legítimo del trabajo. Por eso, esperan con ansiedad la llegada del verano; por eso, si el año ha sido bueno, los labradores hacen en Agosto el suyo con contentamiento universal.

¿Qué ruido es ese? Gorriones, jilgueros, ruiseñores, mirlos; ¡buenos músicos! Ocultos en las ramas de los árboles cantan sus amores. Más abajo, el grillo con su eterno *cri-cri* nos atruena los oídos. ¡Qué ve! Allí salta una chicharra... esas no son propiedad del verano ni del campo, las hay en las ciudades en todo tiempo...

Antes de que el balconaje de algunas calles se convirtiese en arco iris de percalina y seda, y de que los adoquines brotaran como por obra de conjuro ó encantamiento, espárragos inverosímiles ador-

nados con los colores nacionales como las muestras de los estancos, y saliera de los almacenes del municipio el cielo de lona que nuestro Ayuntamiento tiene para los días de gala con fagín, hemos visto por el Paseo de la Castellana, centenares de coches que por su lujo habría podido creerse formaban detrás del carro de guerra de un conquistador y por su andar parsimonioso y cachazudo que iban siguiendo á un carro fúnebre; y por las calles de Madrid numerosos grupos de forasteros de torpe andar y pintoresco traje.

Los carruajes volvían de las carreras de caballos; los forasteros iban á San Isidro á solazarse en la ancha pradera, á solemnizar el santo del patron madrileño, humilde y modestísimo, que así veía pasar el Manzanares á su mujer sobre un pañuelo estendido, como sacaba agua de una peña con sólo quererlo; que tenía por sustituto en el laboreo de la tierra á un ángel, y que ahora, así que el 15 de Mayo llega, vé contento, aunque algo ofendido en su modestia, que van tantos millares de personas á saludarle, que aquello, más que una romería, parece el juicio final con que soñó Quevedo, y del cual han de tomar gran enojo siempre que le lean dispenseros sisonos, mozas de cántaro, alguaciles pícaros y escribanos no tontos.

—Me parece que San Isidro no acabó su obra,—decía un *romero* á otro, parados ambos como se para un buque, balanceándose, frente al letrero de la milagrosa fuente que hay en la ermita.

En ese cartel dice que el que de esta agua bebiere

«Y calentura trujere
Volverá sin calentura»

y me parece muy bien. Pero debía haber otra fuente extraordinaria.

—¿Para qué?

—Para que el día de San Isidro todo el que bebiere del agua de ella, volviese á Madrid sin borrachera.

Por la pista del hipódromo corrieron los caballos con la velocidad con que los ladrones se escapan por las alcantarillas, y como esto de los jueces de salida y de los jueces de llegada y de los premios cuantiosos es un sistema apócrifo, más que para proteger la cría caballar, para permitir que se gane y se pierda dinero, hay quien ha recibido este descubrimiento trasnochado del hipódromo con más entusiasmo que si se tratara del fonógrafo. Este entusiasmo se explica sin embargo. Allí se lucen trenes y trajes; se pronuncian brindis entusiastas, pretexto para beber vino; se ganan apuestas... ¡y rueda la bola! La bola es el caballo que llega primero, y el *jockey* liliputiense que le monta.

Más coincidencias.
Se apuesta por los colores, y hay salidas en falso que valen más que un *pleno*.

Victima largo tiempo hace de falsos testimonios, para la discusión de presupuestos ha llegado, aunque tarde, el día de la redención. Tal vez porque al solo anuncio de un debate sobre ingresos y gastos quedábase desierto el salón de Sesiones del Congreso, desalojábanse las tribunas, enmudecía la campanilla y dormitaban los taquígrafos, dió en decirse, y ha corrido el tal dicho como verdad de á fólio, que la discusión de presupuestos era siempre monótona, vulgar, irresistible, y más que á la meditación, inclinada al aburrimiento ó al sueño. Buscar en ella discursos elocuentes, tarea inútil; encontrar acaloradas polémicas, fuego y pasión, imposible. Sucedia con esto como con las suegras en el teatro y los caseros en las letrillas; siempre tienen que ser aborrecibles.

Pero la discusión de presupuestos se ha vengado, mostrándose á los que la calumniaban verdaderamente transformada. Las nubes se habían ido concentrando poco á poco, ennegreciéndose el horizonte, y al llegar al presupuesto del ministerio de la Gobernación, descargó sobre el Gabinete que el Sr. Cánovas preside terrible tormenta. La sesión en que esto ocurrió fué borrascosa. Incidentes gravísimos que surgían de cada palabra, de cada actitud, agrandando el conflicto; agitación extraordinaria, los bancos llenos, las tribunas invadidas, la discusión ardiente, los apóstrofes violentos, la oposición ruda, la lucha tenaz. Más que al debate de un presupuesto, parecía que asistíamos á la acusación de un ministro.

Para llegar á este resultado, el Sr. Gamazo, juriscónsulto reputado, orador elocuente, de correctísima palabra, diestros en el argumentar, certero é implacable en el herir, había tenido que desdeñar por rutinaria é infructuosa esa anatomía que se satisface con conocer la superficie, para penetrar en el fondo buzeando incansable hasta descubrir las más ocultas fibras de la dañada administración pública; había tenido que prescindir de las cifras para denunciar abusos é injusticias. Atento observador y acostumbrado á encontrar la verdad entre el inmenso farrago de papeles de un pleito inacabable, el Sr. Gamazo no pudo pasar por el presupuesto del Ministerio de la Gobernación. sin que le salieran al paso la policía desorganizada y casi inútil; los establecimientos penales abandonados; el sistema electoral á merced del halago ó de la amenaza; la amistad ocupando el primer lugar de la nómina.

¿Por qué, pues, las censuras que mereció á algunos el discurso del Sr. Gamazo? ¿Por qué el incidente poco parlamentario á que dió lugar? Es este un defecto que ya hemos señalado distintas veces, pero que no lleva, á lo que parece, trazas de corregirse, antes bien va en aumento. Huyen-

do de la oposición violenta y ruda, poco propia de la santidad del Parlamento que unas veces hacía brillar el puñal asesino cerca de la tribuna y otras se desataba en groseros insultos, hemos ido á caer en el extremo contrario de tal modo, que hoy se hace del Parlamento muchas veces una sociedad de bombos mútuos, y se entiende por dorar la píldora, dar píldoras de papel dorado, y todo ataque sereno y digno sin mentidas protestas de adulación se traduce por un desacato. El pueblo en esto ha sido más sabio que los legisladores. Ha aprendido á dominar los impulsos de la ira y á considerar á los adversarios, pero no á adularlos. Su elocuencia es la de la ingenuidad. Despojada de otros atributos y siempre será sincera y arrebatadora.

En la parte más occidental del norte de Africa; rodeado por el desierto que nos habla del *simoun* y por el mar que nos recuerda la tempestad terrible; con un clima benéfico y un suelo pródigo hasta el derroche, está el imperio marroquí, conjunto de los antiguos reinos de Fez y de Marruecos, como una gran factoría de comercio que hacen inútil la rapacidad y la barbárie. Divididos en castas sus habitantes, aun es peor la condición de algunos de ellos que la de los párias de la India, con haber empezado allí el calvario del pueblo. El judío tiranizado y perseguido, vése obligado á ir por las calles con una caña en señal de ignominia; el moro carece de seguridad individual, y vive así como su fortuna sujeto á la voluntad ó al capricho de un amo; la mujer es esclava; la propiedad está desconocida; el comercio monopolizado; la administración en manos de gobernadores venales de cuyos ahorros se apodera el Sultan en último término. Todo acusa allí la desmoralización y la barbárie. A tal estado, ni nuevo, ni en vías de progreso y adelanto, responde, más que como un derecho, por más que así se llame, como un deber de humanidad el protectorado que tiene por principal objeto garantizar la independencia y la libertad de las transacciones comerciales, defender la seguridad individual de los marroquíes que de un modo ú otro se dedican á negociar con España y evitar que estén á disposición de las autoridades marroquíes, cuyo odio al nombre extranjeros tan grande como su codicia.

Que el Gobierno del Sultan pida la limitación de ese derecho á las naciones que le disfrutan, no ha de parecer á nadie extraño. Que en las conferencias diplomáticas que ahora se celebran en Madrid tenga el Gobierno de España el propósito y la tendencia de limitar y restringir aquel derecho, ha de parecer raro y absurdo á todo el mundo. Bueno que el embajador marroquí, persona de ilustración poco común, que solo habla en castellano para lo que le conviene, pida que se limite el derecho de protección según el sentido de los tratados de 1856 y 1861, celebrados con Inglaterra y España; que los súbditos del Sultan que hubiesen perdido su calidad de tales por haber permanecido en el extranjero para adquirir una nacionalidad, al regresar á Marruecos estén sometidos á las mismas leyes y tengan los mismos deberes que aquellos que nunca hubieren dejado de ser súbditos de Scherif, y que el derecho de protección no puede extenderse á los agentes comerciales.

Pero el Gobierno español no puede ni debe perder ni uno solo de sus derechos, y ménos hoy que los judíos le dirigen exposiciones demostrando que su condición en el Imperio marroquí es mil veces peor que la de los esclavos; hoy que, tratándose de Turquía, se adhiere á las demás potencias para conservar con toda su fuerza y vigor las capitulaciones; hoy que tiene dentro de España, en la tierra andaluza, de que un día fueron dominadores, á los jefes de las Kabilas, implorando, por misericordia, un albergue donde refugiarse y un pedazo de tierra á la que dar cultivo, sin quebrantar gravemente los intereses mercantiles de España, sin negarse á cumplir un deber de humanidad y de justicia, sin renunciar á uno de los primeros ideales políticos de nuestra patria.

No hay más solución acertada y posible que una: la de oponerse á toda restricción y á todo cercenamiento. Si un falso sentimentalismo inventa otras, la lógica y la justicia las destruyen.

Se cambiaron primero sonrisas, luego palabras y promesas despues; hubo consejos amistosos, cartas entusiastas y viajes repentinos; se habló mucho de si convendría resucitar al partido moderado por algunas horas, ó dejarle tranquilo en su sepulcro; se notó el desgaje de algunas ramas del árbol conservador-liberal, anuncio seguro de vendaval deshecho; hubo citación prévia, y en domingo, para que no pudiera dudarse de la festividad del día, halláronse reunidos, no al acaso, sino por unánime acuerdo, centralistas, campistas y constitucionales decididos á dar un disgusto al Gobierno en la primera ocasión que se presente, y á ser poder en cuanto puedan.

La curiosidad, avara de augurios y polémicas, podrá entretenerse en discutir si los fusionistas que eren encerrarse en una fórmula vaga, en cavilidades y sistemas, ó si redactarán un programa de gobierno, y profetizar, si bien le place, el día fijo en que la fusión se llamará Gobierno. Pero nosotros no entramos en profecías ni en debates. El campo de la crónica es más estrecho que el de la fantasía.

Reconociendo que el acto realizado por las opo-

siciones dinásticas no es una fusión, porque faltan un credo y un jefe; reconociendo que el partido conservador está llamado á morir en término muy breve, víctima de sus desaciertos y del ariete con que sus amigos de ayer, conocedores de sus puntos flacos, le golpean; reconociendo que la coalición es amenazadora; reconociendo que las oposiciones congregadas necesitan exponer su programa, formular sus aspiraciones, identificar sus miras y defender soluciones inspiradas en el criterio de la libertad, se debe, sin embargo, al discurso del Sr. Sagasta aplauso merecido. Es un grito de guerra y un acto político de verdadera importancia.

Si ese grito es estudiado y no tiende á otra cosa que á lograr una herencia en vano reclamada, sus ecos se apagarán bien pronto; si es el primer paso en el camino de una nueva política liberal y enérgica, repercutirá en muchas conciencias.

Cuentan que había en Sevilla un ciego tan hábil en conocer por el tacto la forma y naturaleza de los objetos, que lo de averiguar la hora poniendo la diestra mano sobre el cristal de un reloj de bolsillo, y lo de andar por las calles sin palo, el sexto sentido de los ciegos, era para él tortas y pan pintado como vulgarmente se dice.

Como oyera ponderar demasiado las excelencias del tal ciego, en un café de la capital de Andalucía, un cordobés que tenía los ojos grandes como platos y la lengua suelta como timbre eléctrico descompuesto, tomó la palabra sin pedirle y sostuvo que no había ciego que *viera* mejor todas las cosas que *El ciego de Córdoba*.

—Aquel sí que es un verdadero prodigio,—decía.—Hay que ver cómo se burla de las esquinas y cómo corre por las calles sin encontrar tropiezo. En fin; para que ustedes vean lo que es el ciego de Córdoba, bastará que les cuente una de sus muchas proezas. Apostó un día á que en una caballeriza cualquiera, con sólo pasar la mano por el lomo de los caballos conocía el color de estos. Fui en efecto á una caballeriza, y el ciego fué uno por uno poniendo la mano sobre todos los caballos y diciendo con una seguridad asombrosa: este es blanco, este es tordo, este es castaño, este es negro, etc., etc.

—¿Y acertó?—le preguntaron al cordobés sus contentulios.

—Nada de eso. Se equivocó en todos. Pero en eso está la gracia.

Lo mismo les ha pasado á los proteccionistas en la información naviera que acaba de concluir con un notabilísimo discurso del Sr. Figueroa. Han puesto mano en todas las cuestiones; pero no han acertado en ninguna. Soñaron con volver de Australia, y vuelven de Sedan.

Tres años hace las ferias vienen á visitarnos, así que el eco del último baile en la pradera de San Isidro, se apaga, y ya nos hemos olvidado de aquellas tradicionales ferias de Setiembre, que ven desde sus sillars de piedra, puestas en la escalinata del Museo Antropológico del director Velasco, Vallés (el divino, no el actor) y Servet, sin conmoverse y sin levantarse, y en las que nunca faltan ricos melocotones de Aragon, melones y sandías, acerolas, sables de palo y caballitos de carton. Hasta ahora la Estadística no se ha cuidado de averiguar si con las ferias de Mayo el comercio gana. Pero lo que está fuera de toda duda, es que la gente se divierte. Y eso que las que ahora se celebran tienen mucho de las ferias de provincias. La feria aristocrática está en el Prado. De día se esconde del sol, cuyo trato, demasiado brusco y llanote la incomoda. De noche, iluminada por millares de luces, enseña todos sus encantos, dá animación y vida á los pabellones del Círculo de la Union-Mercantil, del Ayuntamiento y de la Diputación provincial; y si perdió la luz eléctrica de que otras veces se valía para mostrarnos las mujeres bonitas como si un rayo de luna, lo mismo que á las reinas de teatro, las siguiera, no ha perdido la gratitud de la hermosura. ¡Cosa rara! Las ferias favorecen más que ningunos otros, los negocios de amor, y el amor es el único artículo de primera necesidad que no tiene precio.

De la Exposición de Flores, otro día hablaremos. Fuimos al Jardín del Buen Retiro presurosos, pero ya dentro del encantador refugio de la flores, camino de los claveles rojos, de las rosas de Alejandría, de las palomas mensajeras y de los jardines chinoscos, nos salieron al paso algunas sentencias que firman desde Ciceron hasta el duque de Calabria, y dejamos la floricultura por la filosofía moral. Aquello de que «el mayor enemigo de la sociedad es el ingrato» recordado con motivo de los jeranios y de las dalias, y más particularmente lo de que «la justicia estricta se debe hasta á los animales», tienen á muchos de igual manera que D. Quijote llegó á estar cuando leía aquellos requiebros y cartas de desafío, donde en muchas partes hallaba escrito, «la razon de la sinrazon, etcétera».

Un señor, amigo nuestro y jurado, que es gordo y se sofoca mucho, decía la otra tarde á su mujer, visitando la Exposición:

«En cuanto á las flores, lo mismo me dá votar por las flores de té que por las flores de Mayo... Pero en cuanto á las aves, estoy decidido... Daré mi voto al Ave-fria».

MIGUEL MOYA.

ANUNCIOS.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
 Paris, 10, Rue St. Georges
 Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
 Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
 Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
 DE
JULIAN MORENO
 CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
 DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
 Y
 ÚNICO CONSIGNATARIO (DE) LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
 MADRID.—ALCALÁ, 28.

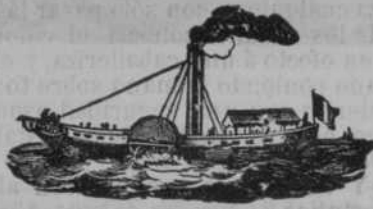
PALACIOS Y GOYOAGA
 SASTRES.
 3. PUERTA DEL SOL. PRAL. 3.

DIGESTIONES ARTIFICIALES
VINO
 DI-DIGESTIVO DE
CHASSAING
 PREPARADO CON
 PEPSINA Y DIASTASIS
 Agentes naturales é indispensables de la
 DIGESTION
12 años de éxito
 contra las
 DIGESTIONES DIFÍCILES O INCOMPLETAS
 NAUSEAS DEL ESTOMAGO,
 DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
 PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
 ENFLAJECIMIENTO, CONSUMCION,
 CONVALECENCIAS LENTAS,
 VÓMITOS—
 PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
 En provincia, en las principales boticas.

NUEVAS MAQUINAS DE COSER
 Los mejores para Familias, Costureras, Sastres, Zapateros
 Guanteros, etc., etc.
 La "UTIL" 50 fr. La "PRÉCIEUSE" 90 fr.
 La "NUEVA SILENCIOSA"
 verdadera "Expeditiva" completa de 40 guias
 accesorios. Garantía 10 años.
 MÁQUINAS HOWE, SINGER, etc.—MÁQUINAS PARA GUANTEROS
 MÁQUINAS PARA PLEGAR, CLAVETEAR, etc., etc.
Maison A. RICBOURG (S. S. G. D. G.)
 Delegado de los Mecánicos de la Villa de Paris en la Exposicion Universal de Londres de 1862.—Medalla
 de Honor en la Exposicion Universal Paris 1867 y 1878.—Miembro del Jurado en la Exposicion 1879.
 (Envío franco de
 precios y Catalogo)
20, Boulevard Sébastopol, 20 (Envío franco de
 precios y Catalogo)
 Tarifa reducida y condiciones excepcionales á los Agentes, Comerciantes y Exportadores.

AVIS.

MM. les annonceurs sont prevenus que les annonces et reclames qu'ils desireront faire passer a LA AMERICA doivent etre remis necessairement a l'Agence Perojo, 31, Boulevard Bonne Nouvelle, la seule agence a Paris fermiere et des annonces et des reclames.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.

Se expenden tambien billetes directos via de Cádiz, para

SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,
 con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guardia.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CABELLO y BARBA — COLOR NATURAL
 Proveedor de S. M. la Reina de Inglaterra
 y de S. M. el Emperador de Rusia.
 1 MEDALLA DE ORO Y 3 DE PLATA
REPARATEUR AU QUINQUINA
 Preparado por F. CRUCQ, Químico Privilegiado s. g. d. g.
PARIS — 11, RUE DE TRÉVISE, 11, — PARIS
 y en casa PINAUD, 37, boulev. de Strasbourg, Paris
 El unico producto que sin ser una tintura restituye progresivamente al Cabello y a la Barba su color primitivo.
PUEDA EMPLEARLE UNO MISMO — CURA LA CASPA
 Por Mayor: Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.
 Por Menor: En todas las Perfumerias y Peluqueras.

SIMILI-DIAMANTES.



Estas piedras, verdaderamente preciosas, de un agua muy pura, y de un fuego y brillo inmenso, sólo por medio de la prueba pueden distinguirse de los diamantes naturales. Expido libre de porte y de derechos:

- Un anillo, oro macizo, de 18 quilates, por 18 francos.
- Un par de zarcillos id. id. id. id.
- Botones para camisa id. id. la pieza 10 id.
- Fistoles para corbatas id. id. id. 16'50 id.

Además, expido por francos 0'75 mi álbum ilustrado, que, en 102 grabados, presenta los objetos de mi fabricacion, y puede satisfacerse este importe en sellos de correo.

Llamo la atencion, para precaverse de las imitaciones, pues sólo mis productos fueron premiados con dos medallas honorificas.

Se reciben las entregas, por mi cuenta, en casa de los señores Olano y Compañía, Cármen, 38, Madrid, y en Málaga, en casa de los señores Rieumont, Hermanos.

JULES LUTZÉ.

16 Boulevard Voltaire.—Paris.

OPRESIONES ASMA NEURALGIAS
 TOS, Catarrs, Constipados. CURADOS Por los Cigarrillos Espic.
 Aspirando el humo, penetra en el pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. (Reservar esta firma J. ESPIC.)
 Venta por Mayor J. ESPIC, 128, r. St-Lazare, Paris.
 En las principales farmacias de España: 21, la calle

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Sti boide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniese y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Ecia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

VIRUTAS DE ALQUITRAN
 del Doctor BRISSAUD, Privilegiadas.
 Producto natural, preserva y cura los Resfriados, Bronquitis, Pneumonias, Tisis, Catarros, etc., etc.
 Deposito general: LIEUTARD & C.ª, 88, Boulevard Sébastopol.
 Por mayor, Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.

LA PESTE

El mas seguro preservativo son los Polvos Ferray, desinfectante energético y sin olor, muy superior al Fenol, Sanea y conserva el aire puro en las habitaciones, evita la infeccion de los canalones, zanjas, retretes, etc.—Numerosas certificaciones. Su empleo es facil y económico. Pues la caja conteniendo la cantidad necesaria para 15 litros de agua desinfectante cuesta 1 fr 20 tomada en Paris.
E. FORCADE y C.ª, 17, rue Grange-Batelière, Paris.
 POR MAYOR, CENTRO DE IMPORTACION, PIZARRO, 15, MADRID.

BANCO DE ESPAÑA.

Los sorteos correspondientes al trimestre vencido en 1.º de Julio próximo de las obligaciones del Banco y Tesoro, series exterior é interior, y de las del Tesoro sobre productos de Aduanas, creadas por las leyes de 3 de Junio de 1876, 11 de Julio de 1877, y de los bonos del Tesoro emitidos en 1.º de Abril de 1879, conforme á la ley de 1.º de Enero del mismo año, se verificarán con las formalidades y en los dias del mes de Junio que á continuacion se expresan:

OBLIGACIONES DEL BANCO Y TESORO, SÉRIE EXTERIOR.

Sorteo 16, que se verificará el día 1.º

Ha de aplicarse la suma de pesetas 2.813.250, para los intereses de las 187.550.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando, para ésta, 4.686.750, que, en junto, hacen el total de 7.500.000 pesetas, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 375.100 obligaciones pendientes de amortizacion, se dividirán, para el acto del sorteo, en 3.751 lotes, de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas éstas, se extraerán del globo 94, en representacion de 9.400 obligaciones, por valor de pesetas 4.700.000, tomándose del fondo de amortizacion 13.250 pesetas, para completar el importe de una centena de obligaciones.

OBLIGACIONES DEL TESORO SOBRE EL PRODUCTO DE ADUANAS.

Sorteo 10, que se verificará el día 3.

Ha de aplicarse la suma de pesetas 2.057.250, para los intereses de las 137.150.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando, para ésta, 2.742.750, que, en junto, hacen el total de pesetas 4.800.000, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 274.300 obligaciones pendientes de amortizacion, se dividirán, para el acto del sorteo, en 2.743 lotes, de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas éstas, se extraerán del globo 55, en representacion de 5.500 obligaciones, por valor de pesetas 2.750.000, tomándose del fondo de amortizacion 7.250, para comple-

tar el importe de una centena de obligaciones.

OBLIGACIONES DEL BANCO Y TESORO, SÉRIE INTERIOR.

Sorteo 16, que se verificará el día 5.

Ha de aplicarse la suma de pesetas 3.687.750, para los intereses de las 245.850.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando, para ésta, 6.312.250, que, en junto, hacen el total de pesetas 10 millones, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 491.700 obligaciones pendientes de amortizacion, se dividirán, para el acto del sorteo, en 4.917 lotes, de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas éstas, se extraerán del globo 126, en representacion de 12.600 obligaciones, por valor de 6.300.000 pesetas, aplicándose al fondo de amortizacion 12.250, por no completar el importe de una centena de obligaciones.

BONOS DEL TESORO.

5.º sorteo, que se verificará el día 10.

Los 719.889 bonos que quedaron pendientes de amortizacion en virtud del sorteo celebrado en 10 de Marzo último, se dividirán, para dicho acto, en 7.199 lotes, de 100 bonos cada uno, representados por otras tantas bolas, excepto la última que sólo puede amortizar 89.

Encantaradas la 7.199 bolas ántes citadas, se extraerán del globo 95, representativas de 9.500 bonos, importantes pesetas 4.750.000, que corresponden á cada trimestre.

Los sorteos detallados se verificarán públicamente en el salon de Juntas generales del Banco, sito en la casa, calle de Atocha, número 32, en los dias que quedan expresados, á la una de la tarde, y los presidirá el gobernador, asistiendo, además, una comision del Consejo, el Secretario y el Interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público, para su examen, ántes de introducirse en el globo.

La Administracion del Banco publicará en los periódicos oficiales los números de las obligaciones y bonos á que haya correspondido la amortizacion, y dejará expuestas al público, para su comprobacion, las bolas que hayan salido en los sorteos.

Madrid 14 de Mayo de 1880.—El Secretario, Manuel Ciudad.

PIANOS BLONDEL

Paris, r. de l'Echiquier, 33
 Y en las principales Casas
 DE ESPAÑA Y AMÉRICA
 9 Medallas de Oro y Plata
FABRICACION ESPECIAL
 Pianos de Estudio y de Lujo

NEVERAS ARTIFICIALES
TOSELLI
 194, rue Lafayette, an Paris.

LA AMÉRICA

Año XXI

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscriptores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas, remitiéndose á este punto por el Istmo.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamaica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero y Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
 DE LOS SEÑORES M. P. MONTOVA Y C.ª
 Casas, 1.